

Bernardita Moena C

Cuentos



Derechos reservados 2016
Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin autorización de la autora
Inscripción Registro Intelectual: 262.724
ISBN: 978-956-362-457-1
Imagen de portada: publicdomainreview.com
bajo licencia de dominio público
Editado por www.escriitores.cl

Carta en una botella (primera parte)

Me encontraba aquel día gris paseando por la playa, y de pronto vi que las olas iban y venían arrastrando algo pequeño hacia la orilla. Me di cuenta que era una botella que estaba tapada, corrí a tomarla, no me importó mojarme. Me senté en la arena, la abrí. Tenía adentro una carta escrita para alguien que debió ser muy querido.

He aquí su contenido:

-Mi amado Cristóbal, tú sabes el inmenso amor que nos une, pero ya no puedo soportar que estés sufriendo tanto por mi cruel enfermedad, que nos está agotando a ambos. Debido a ella no te he podido dar hijos, por temor a que la hereden, y sé cómo tú los deseas. Eres para mí el primer y último amor de mi vida. Tus ojos me alegran la existencia, tus besos son gloria en mis sentidos, tus caricias me envuelven en un velo de pasión, me hacen olvidar todo. Pero últimamente te he notado muy triste después de aquella crisis en que caí, y de la cual tu padre me ayudó a salir; el mejor psiquiatra de la zona. Todo lo que hago en esos momentos de locura no lo recuerdo después, querido amor. Es la herencia de mi madre que terminó en un sanatorio para enfermos mentales. Por eso mi cariño, he decidido salir en el bote hoy que es un día no apto para navegar, para dejarte el camino abierto y puedas rehacer tu vida con

una mujer sana y fuerte, que te quiera como yo te quiero, que te dé los hijos que tanto esperas. Perdóname Cristóbal, sé que saldrás en la lancha a buscarme pero ya no me encontrarás. Espero que esta carta llegue a tus manos, pues el mar en esta zona lanza todo hacia la playa, como posiblemente lanzará mi cuerpo. No olvides que te amo, que todo esto lo hago por ti. Siempre tuya hasta en la muerte.

Rosario.

Puse la carta en la botella, la tiré nuevamente al mar, esperando que algún día Cristóbal la encontrara.

Carta en una botella (final)

A la mañana siguiente, muy temprano, paseando por la playa, decidí averiguar si Cristóbal era del lugar, ya que en la carta Rosario explicaba que el mar lo devolvía todo. Pensé que no era difícil, porque se trataba de una caleta de pescadores en que todos se conocían. Me acerqué a un grupo de mujeres que estaban arreglando unas redes. Ante mi pregunta, me señalaron una casa en la colina
-¡Ah, el pianista! -dijo una de ellas- viene a este lugar cada cierto tiempo, nació aquí, es el hijo del Dr. Phillips, que tiene su casa al otro lado del pueblo. No sabemos si está, en esta temporada no lo hemos escuchado tocar. Les di las gracias y caminé hasta su casa, era un poco cansador el camino, pues había que subir por las rocas. Toqué a la puerta y nadie contestó. De pronto apareció una mujer por el costado de la casa, dijo que era la

cuidadora, que don Cristóbal llegaba en dos días más. Regresé. Él mismo me abrió la puerta. Le dije la razón de mi visita y le expliqué que no se me ocurrió guardar la botella pensando que venía de lugares distantes. Pero no me recibió bien, así que me despedí de inmediato. Mientras bajaba le iba recordando; hermoso, de pelo rubio, ojos grises, más alto de lo habitual, su piel tostada por el aire del mar. Había una gran tristeza en sus ojos. Aún no acababa de descender cuando me habló -Perdone usted -me dijo- ¿Querría tomar un café conmigo? Subí y conversamos, me contó su pena, de cómo estuvo a punto de ahogarse buscando el bote en el mar enfurecido. Durante toda la noche luchó por encontrarla, sus lágrimas se confundían con el agua y el viento, pero todo fue imposible. Sus ojos enrojecieron, intenté irme respetando su pena, él me detuvo.

-Escuche -me dijo- debo tocar para calmarme.

Interpretó al piano una Sonata de Beethoven, la "Patética", en la que puso toda su emoción. Quedé maravillada de lo bien que lo hacía.

Desde entonces todos los días nos reuníamos en su casa e interpretaba hermosas melodías para mí. Así es como lo conocí, nunca más nos separamos. Tuvimos tres hermosos niños, dos varones y una niña. Pienso que estamos juntos gracias a su primera mujer, pues sucedió algo que aún me tiene intrigada.

Estábamos en la playa con los niños mientras él viajaba dando conciertos. Me tendí en la arena a tomar el sol y vigilarlos mientras se bañaban cuando divisé a Cristóbal, el mayor, con una botella en la mano.

-Mira, mamá, estaba entre las rocas -dijo.

Un estremecimiento me remeció el corazón. La botella estaba tapada y tenía una carta en su interior. La abrí, noté que era la misma letra de la vez anterior, y la leí: -"Gracias amiga, te quiere, Rosario".

La casita en el árbol

Corrían los años ochenta, otro verano en el campo del abuelo. Loreto de siete y Cristian de ocho, caminaban por el bosque. Tenían permiso de sus mamás, que eran hermanas, para recorrer el Fundo por todos sus rincones. Habían llegado el día anterior, venían desde siempre, todos los años.

El Tata les tenía una sorpresa, había hecho construir una casita en un frondoso roble con una escalera de sogas adosada al tronco, prácticamente oculta por las ramas, la que se podía enrollar al llegar arriba.

Los niños se llevaban a las mil maravillas. Ella era trigueña, hermosa, menudita; él alto para su edad, de ojos azules, rubio, risueño, lleno de ocurrencias para amenizar los juegos.

Aquella mañana iban a la casa en el árbol, era el segundo día de estadía. Llevaron una mochila con juguetes, bebidas y sándwiches, para permanecer un tiempo en ella.

Cristian buscó la escalera entre las ramas, ayudando a subir a su prima, luego trepó él. Una vez arriba recogió la soga. Inventaron mil juegos, encantados con el regalo del abuelo.

Notaron eso sí que el Tata estaba un poco desmemoriado, pues debió recurrir a Juan el capataz, su hombre de confianza, para que le ubicara la casita cuando se las mostró a sus nietos. No recordaba en qué árbol la construyeron.

Después de pasar un buen rato jugando, sintieron cerca a dos hombres que hablaban en alemán. Para ellos no era extraño, pues sabían que su abuelo había llegado de Alemania a esa zona del sur de Chile, después de la Segunda Guerra Mundial, haciéndose inmensamente rico en el lugar.

Era un hombre muy alto, fornido, bien constituido, tenía sesenta y ocho años, de pelo cano, ojos azules, inspiraba respeto, se llamaba Klauss. Casado con chilena, quedó viudo solo dos años atrás.

Lo que asustó bastante a los niños es que los hombres discutían, lo notaban por lo alterado de sus voces, además sabían algunas palabras en ese idioma, dado que sus mamás lo hablaban con el abuelo.

Cristian se asomó, reconoció a su Tata de espaldas a ellos, hablando acaloradamente con un desconocido, estaban a punto de irse a las manos, pero luego callaron, desapareciendo en el bosque.

Loreto recordó que sus madres los esperaban a la hora de almuerzo, ya debían volver. Un poco asustados tiraron la escalera, bajaron, luego la dejaron escondida entre las ramas.

Mientras almorzaban, se fijaron que el abuelo estaba como siempre, risueño, conversador, no denotaba en su rostro el haber pasado un mal rato.

Esa calurosa tarde Loreto y Cristian decidieron atravesar el bosque de eucaliptus para llegar a la costa. No dijeron donde iban, porque sabían que sus madres no les permitirían ir solos a bañarse en el mar.

Después de caminar bastante llegaron a la playa, se pusieron sus trajes de baño y se tiraron a las olas. El océano era bravo, frío en esta zona, por lo que no se adentraron, solo se quedaron cerca del rompe olas, y luego a la arena para secarse.

La vegetación estaba cercana a la costa. Después de un rato se vistieron y caminaron por la playa, iban con mucha confianza ya que todo aquello pertenecía a su abuelo. De improviso detrás de una tupida arboleda divisaron una cabaña, en la que acercándose, advirtieron que parecía estar cerrada. Se dejaba caer el atardecer y entonces decidieron que al día siguiente vendrían a inspeccionar. Volvieron rápidamente a casa, encontraron a sus madres en el camino muy angustiadas, llamándolos a viva voz. Se había hecho de noche.

Se ducharon, bajaron a cenar, sus madres los amonestaron y les prohibieron volver a la playa sin la compañía de un adulto.

Cuando preguntaron por la cabaña a orillas del mar, el abuelo cambió de color y les dijo que estaba totalmente vedado acercarse a ella, no quería tener que volver a repetirlo.

Los niños obedecieron, a pesar que les gustaba bañarse en el mar, pero preferían ir solos, pues las personas grandes eran tan fomes, siempre estaban diciendo: -cuidado, no hagas esto, no hagas lo otro...

Se dedicaron a jugar en la casita del árbol, a inspeccionar por otros lugares.

Una mañana que estaban jugando en la casita, volvieron a sentir voces airadas en el lugar, al asomarse divisaron al tata de espaldas a ellos, igual que la vez anterior, discutiendo con el mismo desconocido. El hombre había dejado un hacha en el suelo, de pronto el abuelo la tomó y echándose hacia atrás le pegó un hachazo en plena cabeza, dejándolo desvanecido, muerto. ¡La sangre saltó a borbotones! Loreto se orinó, quiso gritar, pero Cristian alcanzó a taponarle la boca, poniéndose por detrás de la niña; de improviso surgió otro hombre por la espesura

ayudando al tata a arrastrar al muerto perdiéndose entre las tupidas matas. Después de mucho tiempo paralizados, los niños vomitaron, lloraron abrazados calladamente, temiendo ser sorprendidos. Juraron no contar nada pues podrían ser asesinados.

Desde ese momento tuvieron una actitud extraña con su abuelo, cuando este quería acariciarlos, lo rehuían.

Estaban aterrados.

-Loreto -dijo Cristian- vamos a dar una vuelta por la cabaña ¿por qué se nos prohíbe ir? Algo raro sucede ahí.

-¡No!, nos pueden matar si nos sorprenden.

-No nos sorprenderán, lo haremos con cuidado.

Bajaron del árbol, se dirigieron a la playa, eran las cinco de la tarde, por lo tanto corrían velozmente.

Al llegar a orillas del mar, empezaron a buscar la cabaña, pues estaba muy bien escondida entre la vegetación, caminando entre las matas la divisaron y se acercaron cautelosamente. Esta vez tenía las ventanas abiertas, así que miraron:

Había un hombre con su abuelo, conversaban sentados a una mesa mientras jugaban a las cartas y bebían.

Desgraciadamente hablaban en alemán.

Loreto se apartó llorando, no podía creer que su tata fuera tan cruel, que estuviera tranquilo después de matar un hombre.

Los niños volvieron a la casita en el árbol, conversaron mucho rato sobre lo que harían. No seguirían aceptando aquello tan terrible. Comieron sus sándwiches, tomaron su leche y lloraron juntos. Sus padres les habían enseñado valores, no les quedaba más que avisar a la policía. Pero ¿cómo lo harían?

El teléfono estaba en la oficina del tata, él incluso dormía la siesta ahí.

Esa noche se desvelaron. Sus mamás tenían un dormitorio que comunicaba con el de ellos por una puerta, los amenazaron con separarlos si no callaban.

Se daban vueltas como asados en las camas, pensando cómo avisar a la policía. Al fin urdieron un plan.

Después de almuerzo, Loreto le pediría al abuelo que le regalara un perrito de los recién nacidos de Loba, una hermosa labradora negra, finísima, y que la acompañara a escogerlo. Mientras iba con el tata por el perro, Cristian entraría a la oficina a hablar por teléfono.

Todo sucedió como lo planearon, la niña y Klauss partieron a ver la camada y Cristian se dirigió sigilosamente a la oficina donde levantó el teléfono.

-¿Número? -preguntó la operadora, el niño solo atinó a decir

-Se ha cometido un crimen en el fundo “La Arboleda”, llame a la policía por favor. La operadora quedó atónita, y preguntó:

-¿Quién habla? -El niño repitió lo mismo y cortó, pues sintió pasos que iban a la oficina. Se escondió tras un sillón, vio a su abuelo feliz, tranquilo, revisando papeles. En ese momento entró Loreto quien dijo:

-Tata no te entendí bien cuál me diste, él se paró, siguiendo tras ella. Cristian se preparaba para arrancar, cuando sonó el teléfono, alcanzó a esconderse nuevamente. Klauss volvió, atendió, y su rostro se descompuso.

-¿Una mujer? -dijo- ¿una mujer hizo esa llamada? Imposible nadie ha entrado a esta oficina en este momento, está Ud. equivocada Irene. Averiguaré quién es el causante de esta broma.

El abuelo salió, Cristian con osadía volvió a llamar;

y se produjo la misma conversación anterior. El niño salió cautelosamente del escritorio, se dirigió corriendo al bosque de eucaliptus sin ser visto, iba con su perro Mocho un lindo quiltrito de pelo largo, ojos negros y chasquilla de color blanco y gris.

Cuando llegó, el tata estaba con Loreto, visiblemente alterado, sus respectivas mamás lo acompañaban. Su mamá, Cinthia, una rubia de ojos azules, le preguntó de dónde venía, él traía una pequeña pelota en las manos y dijo que estaba jugando con Mocho.

Samantha, la madre de Loreto, trigueña, de rostro agraciado y ojos color avellana estaba visiblemente angustiada, preguntando a Loreto si había utilizado el teléfono. De pronto Carmela la empleada de la casa llegó corriendo.

-Patrón lo llama el Capitán Reyes.

El tata acudió al llamado, tuvo una larga conversación en que repetía:

-Tres veces, y una voz de mujer, yo no he sabido que aquí pasara nada, es extraño, haré las investigaciones y te llamaré Ramiro.

Las hermanas dijeron a sus hijos que no se moverían de la casa, debido a los acontecimientos.

Pero a la mañana siguiente después del desayuno, se escaparon al árbol. Cuando iban llegando al lugar, pararon en seco alcanzando a esconderse. El abuelo que recién había desayunado con ellos estaba allí con un empleado del fundo, Alberto. Hablaban en castellano, el tata dijo:

-Alguien nos ha visto, debemos eliminarlo.

Los niños volvieron a la casa y durante todo el día

pensaron en cómo desenmascarar al abuelo, pero nada se les ocurrió. Esa noche Cristian fue de nuevo a la oficina a llamar por teléfono. Había terminado de hacerlo, esta vez acusándolo del crimen, solo con la luz del escritorio prendida, cuando entró este, que venía de dar una vuelta esa noche un poco fría, con una casaca de cuero negra. Dirigiéndose a su nieto, dijo:

-¿De qué me culpas Cristian? yo no he hecho nada, el niño quedó paralizado, pues en ese mismo momento, con una chaqueta semejante, entró un hombre que era la copia de Klauss, su tata.

-¡Tú, Hans, como siempre! -dijo Klauss- te di asilo y estás haciendo tus maldades.

Klauss explicó al niño que Hans era su hermano gemelo, que vivía en Argentina, donde era perseguido por la policía. Aún no había terminado de hablar cuando el otro se fue sobre el abuelo pillándolo desprevenido y lo empezó a estrangular, se daban vueltas y vueltas en el suelo. El nieto entonces tomó una pesada estatuilla de bronce y golpeó fuertemente en la cabeza a Hans. El abuelo se paró, abrazó al niño, llegaron todos al escritorio y llamaron a la policía, a Hans lo llevaron al hospital. Quedó como un vegetal, tenía poco tiempo de vida.

A la mañana siguiente, después del desayuno, los niños fueron con sus respectivas mascotas a la casita en el árbol.

De pronto escucharon a su abuelo, que los llamaba convidándolos a la playa.

Bajaron, Mocho no cesaba de ladrar.

-Mira -dijo Cristian- está celoso de Lobita.

-Sí -deberé tener cuidado- dijo Loreto.

Ambos se tomaron de la mano de su abuelo y al

llegar a la orilla del mar, él, con un profundo suspiro y una voz cruelmente maligna, dijo:

-“Al fin conseguí lo que quería, ahora todo esto es mío, se mantendrán callados durante toda su vida, mis queridos sobrinos nietos, si no quieren perderla Uds. o sus mamás”. Los niños sintieron que un frío intenso les recorrió la columna vertebral y que una mano de hierro sostenía sus manitos. Mocho no cesaba de ladrar.

La madre

Rosita, de ocho años, durmió muy mal aquella noche. Hacía días que la buena de la Madre Mercedes, trabajaba haciendo maravillas con unos toscos géneros, para confeccionarles vestidos a tres niñas que vendrían a ver parejas interesadas en adoptar. Se esmeró bordándoles unas florcitas de rococó, en especial en el de Rosita, porque era la mayor, ya que se le estaba pasando el tiempo, para optar a una familia.

Esa mañana, la monja le hizo unas trenzas especiales con su abundante cabello. La niña se puso su vestido blanco y sus zapatillas de lona recién lavadas. Rosita era una niña de pueblo, morenita, su gracia era su pelo y sus ojos oscuros de largas pestañas, pero hasta entonces, nadie la había querido como hija.

Llegó al Hogar a los cuatro años, cuando sus padres drogadictos, murieron por una sobredosis dejándola sola. La monja fue una bendición para la pequeña.

Lo malo era que solo dos parejas adoptaban y eran cuatro niñas las que postulaban: una beba, dos de 3 y 4 años y Rosita de 8.

La monja las llevó a tomar desayuno. Sor Inés, otra de las hermanas, se preocupaba de la bebita de nueve meses.

Irían a jugar al patio de entrada, cuando llegaran los futuros papás con los funcionarios del Estado, para que las vieran a través de los ventanales.

Rosita llevó a su muñeca de trapo Mumú, y las otras chicas pelotas y cordel. Estas eran demasiado pequeñas, para darse muy bien cuenta, de lo que sucedía y jugaban distraídas. Pero ella sentía su pequeño corazón latir con fuerza ¡Cómo deseaba una mamá! Prácticamente nunca la tuvo, solo recibió malos tratos, jamás la sonrisa, las dulces palabras de una madre, nunca su amor. Cuando estaba enferma quedaba botada a un lado sin que nadie se diera cuenta, si no hubiera sido por sus vecinas, no sabía qué le habría ocurrido. Muchas veces le dieron de comer.

Cuando murieron sus padres estuvo con ellos dos días, creía que estaban durmiendo. La señora Esther que vivía al frente de su casa, vino a verla y dio cuenta a Carabineros. La llevaron a aquel Hogar, allí estaba la Madre Mercedes que la cuidó como una hija. Le enseñó a lavarse, hablar, leer, escribir, todo lo aprendió con ella.

Ahora se había afanado tanto en hacerle el vestido, porque temía que algún día las cambiaran de Hogar a cualquiera de las dos y las separaran. Las monjas tenían prohibido encariñarse con las niñas, pero en este caso nada había sido posible, el sentimiento era más fuerte que ella, pues la había recibido como un animalito, transformándola en una agradable personita.

Les dio el desayuno y las mandó a jugar al patio.

La bebita, la mostrarían en la oficina de la madre superiora.

Los “posibles padres”, llevaban ya muchas entrevistas con la monja y los funcionarios estatales.

Les mostraron a la chiquita, la pareja de edad menor, quiso quedarse con ella. Los de más edad, se acercaron a la ventana a mirar a las niñas. Las dos más pequeñas jugaban entre ellas, mientras Rosita con su muñeca en los brazos se escondía detrás de un pilar del columpio.

-Me quedaría con la chiquita de cuatro -dijo la señora, de rostro bondadoso, de unos cuarenta y cinco años.

-¿Qué te parece Gustavo?

-Como tú quieras amor -contestó él, muy gentil.

Le trajeron a Juanita y la Madre Mercedes vio como Rosita se derrumbó, ni siquiera se fijaron en ella. Cuando Juanita llegó, la señora le dio un abrazo, acariciándola, radiante de felicidad.

-Tenía la idea de una mayor -comentó él. Entonces la Madre Mercedes le señaló a Rosita, que estaba oculta por el pilar del columpio.

-Ella tiene ocho años -dijo- y es encantadora.

La Superiora la miró con dureza, ellos no podían influir en la decisión de los futuros padres. Sor Mercedes agachó la cabeza.

-¿Podría verla por favor? Nosotros postulamos a dos.

-Sí dijo la Superiora, pueden venir a buscarlas en quince días más, llevarlas un mes y si están conformes,

se inicia toda la gestión administrativa, la que duraría más o menos hasta fin de año.

Rosita llegó a la oficina y la señora la acarició.

A los quince días estaba con un hermoso vestido rosado, regalo de su futura mamá y zapatos nuevos, al igual que Juanita, sumamente nerviosa, esperando que la vinieran a buscar. Pero pasó la hora y nadie apareció, solo la pareja que adoptaría a la pequeñita.

Rosita cayó en una terrible depresión, Juanita, de únicamente cuatro años, se olvidó pronto, pero ella estuvo muy enferma, toda su felicidad se le escapaba sin misericordia.

De pronto un día apareció la señora, venía pálida, muy delgada, vestida de negro. Estuvo mucho rato conversando en la oficina con la Superiora, traía varios papeles en sus manos. La madre Mercedes arregló a las dos niñas y las llevó a la oficina principal. Rosita se sintió revivir.

La señora se levantó de la silla, la niña ya no pudo más se abrazó a ella gritándole: -¡mamá!, ¡mamá! -Entonces, inexplicablemente, esta la apartó diciéndole:

-Lo siento pequeña, he quedado sola, por eso puedo llevarme solamente a una, prefiero a Juanita, pues me será más fácil amoldarla a mí, debido a su edad. Perdóname querida.

La chica sollozando, salió corriendo de la sala.

El terceto

Cristóbal camina por la calle sin saber que aquel día su tranquilidad se irá para siempre.

Es un joven ingeniero recién recibido y recién casado. A su esposa la conoce desde el primer día de Universidad y recuerda que luchó por conquistarla, pues Andrés su amigo del alma, compañero de curso, también la pretendía.

Les decían “el terceto” por lo inseparables.

Al fin Carolina se decide por él, pero siguen siendo tan amigos como antes con Andrés. Precisamente esa noche va a cenar con ellos, como lo hace habitualmente.

De pronto siente que alguien le habla y lo detiene, reconoce a Simón, con el cual nunca tuvo empatía mientras fueron estudiantes. Después de los saludos correspondientes, Simón comenta:

-Así que Andrés te la ganó, ¿la Carola lo prefirió a él?

-¿Por qué dices eso? -contesta Cristóbal.

-Bueno, lo deduje porque como los he visto a veces en el Café de Providencia y supe que Carolina se había casado...

Cristóbal dice unas palabras que no se entienden y se despide rápidamente de Simón.

El tormento agita su corazón y los celos lo invaden sin dejarlo pensar. Llega a la casa, esperando que su mujer le cuente algo sobre sus citas con Andrés, pero ella no dice nada al respecto, sólo recuerda que Andrés viene a cenar con ellos, esa noche.

En la mente de Cristóbal hay un remolino de emociones ¡Cómo se lo sacará de encima! ¿Una amistad de hermanos y ahora sus conocidos riéndose de él?

De pronto se le ocurre una idea, ambos irán a esquiar ese sábado, allí tendrá la oportunidad de librarse para siempre de Andrés.

Esa noche cenan juntos y Cristóbal finge que nada pasa, pero observa atentamente y todo le huele a engaño, hay miradas cómplices entre ellos, risitas furtivas, algo extraño se nota en el ambiente. Esto lo decide más aun, a deshacerse de este amigo traidor.

Llega el sábado y parten a esquiar, Carolina no va, pues no practica ese deporte.

Cuando están en el campo de ski, Cristóbal le propone a Andrés que salgan de allí pues hay mucha gente, muchos principiantes que no los dejarán disfrutar plenamente, que él conoce un lugar mejor.

Cristóbal recuerda la zona del barranco, sin decir nada a su amigo. Éste lo sigue confiadamente, ambos se deslizan por la nieve junto al enorme abismo y entonces en un arrebató de celos y rabia, Cristóbal

empuja con todas sus fuerzas al desprevenido Andrés hacia el precipicio. Antes de caer, el joven lo mira angustiado, como preguntando ¿¡por qué!? y se hunde en la inmensidad de las grietas.

Se produce un gran revuelo, se toma por un accidente, Cristóbal finge descaradamente que lo es.

Cuando todo ha terminado y se encuentran en casa con Carolina, después del funeral, ella llora sin parar, aumentando la satisfacción de Cristóbal por lo que ha hecho. De pronto su esposa lo toma de la mano y lo lleva al dormitorio.

Se acerca al closet, lo abre y muestra a su marido un equipo de ski completo con traje y todos sus componentes, diciendo:

-Nos juntamos con Andrés dos veces para comprarte este equipo, pues el tuyo está muy usado, es una sorpresa que te teníamos para tu cumpleaños, él mismo lo escogió y abrazándose a Cristóbal, continuó llorando.

El arriendo

María Cecilia era una hermosa niña de una familia de la alta sociedad. Estudiaba primer año de Medicina en una de las mejores universidades de la capital. Alegre, sociable, muy querida por sus compañeros, cuando aparecía en grupo, inmediatamente atraía la atención de todos. Nadie podía brillar cuando estaba ella, era de esos seres que Dios ha dotado de inteligencia, atracción, simpatía, carisma, todas las cualidades que se necesitan para ser queridos.

Cuando faltaba a clases, lo que no sucedía muy a menudo, se notaba su ausencia, hasta sus profesores la echaban de menos. Su personalidad era encantadora.

Un día que se encontraba en una lección práctica de Anatomía, se sintió mal, desmayándose ahí mismo. Andrés y Gustavo, sus mejores amigos, corrieron a atenderla, ya que eran inseparables.

Sus padres se preocuparon mucho, porque siempre había mostrado una salud de fierro. Le hicieron todos los exámenes correspondientes. Resultado: normales. Tenía 17 años. Se atribuyó a cansancio, porque como era buena alumna, muy responsable, por lo general casi no dormía preparando sus lecciones.

Transcurrió el tiempo, pasaron dos meses. Estando tranquilamente en una reunión familiar, volvió a desmayarse. La ingresaron en la mejor Clínica, para hacerle un estudio a fondo.

Al final se llegó a la conclusión que María Cecilia tenía una enfermedad al corazón absolutamente extraña, de la cual se conocía muy poco, por lo que optaron por llamar un cardiólogo al extranjero. Este, después de estudiar su caso, una vez que le llegaron todos los antecedentes, se interesó por verla, acudió con otros médicos, con el fin de estudiarla, intercambiar opiniones, examinarla. Después de varias reuniones clínicas determinaron que para la enfermedad de la joven, en este órgano esencial para la vida, no había tratamiento, la única solución era un trasplante, lo más pronto posible.

Ni siquiera en los países desarrollados se logra esto fácilmente. La colocaron primero en la lista de espera, e inmediatamente sus padres, hermanos, amigos y compañeros iniciaron una campaña en los diarios, la TV, la radio, la prensa en general, para encontrar un donante.

Hasta que un día, después de mucha angustia, llegó ese corazón tan esperado. Un joven delincuente que huía de un “lanzazo” fue atropellado por un bus y la familia del muchacho donó el órgano a María Cecilia.

La operación tuvo un éxito rotundo, el especialista la siguió controlando por algunos días, después quedó en manos de médicos chilenos, que se mantenían en contacto con él.

Con el tiempo, la joven volvió a ser la misma personita agradable y carismática de antes.

Siguió sus estudios, se recibió de médico con honores, casándose con Andrés, con el que tuvo un hermoso bebé. Gustavo seguía siendo un amigo inseparable.

Un día, que María Cecilia salía de un turno en la Clínica en que trabajaba, divisó a un tipo rubio de muy buena presencia apoyado en su auto, en actitud de espera. Al

llegar ella, él siguió en la misma postura, sin moverse un ápice, diciéndole en forma prepotente:

-¿Tú sabes quién soy yo?

-No -contestó ella asustada.

-Soy hermano de Braian Pérez, el que te dio su corazón, te vengo a decir que de ahora en adelante, pienso cobrarte arriendo por la víscera, que llevas de él en tu cuerpo.

Ella intentó entrar al auto, pero el hombre la tomó de un brazo.

-Te hablo en serio -dijo- no estoy jugando.

-Déjame, mi esposo llegará de un momento a otro.

-Convéncete que tendrás que pagar todos los meses por el órgano de mi hermano. Desde ya te advierto que si cuentas a alguien este trato entre nosotros, tu marido y tu hijo morirán. Toma, en este papel va la cantidad, a fines de cada mes deberás responder, aquí mismo, cuando salgas de turno te estaré esperando los días treinta. Recuerda, si valoras la vida de los tuyos no dirás nada.

Andrés empezó a notar que María Cecilia ya no era la persona alegre que irradiaba luz donde llegaba, ahora estaba triste, poco sociable. Se veía cansada. Le sugirió un control médico.

-Ya me lo hice -contestó ella. Todo salió bien, incluso me suprimieron algunas drogas.

-Entonces ¿Qué te pasa mi linda?

-No lo sé, mi amor, perdóname, no lo sé.

Todos los meses, la joven pagaba al chantajista. Con cualquier mentira se las arreglaba para no irse con Andrés los fines de mes.

Su mejor amigo Gustavo, quien era Psiquiatra y trabajaba en la misma Clínica, también lo había notado. Tanto le preguntó qué le pasaba, que ella llorando se lo contó todo.

-Esto hay que arreglarlo -dijo él.

-Debemos pensar qué hacer -contestó ella- pero por favor, no se lo digas a Andrés.

Andrés estaba desolado, no lo había comentado con nadie, pero pensó conversarlo con Gustavo al día siguiente, porque esa tarde iría a buscar a María Cecilia, sin que ella lo supiera.

Estaba bajando del auto en el estacionamiento subterráneo cuando vio a un tipo apoyado en el coche de su esposa. Decidió esperar.

Cuando ella llegó, le entregó algo al hombre, este le hablaba golpeado y ella lloraba. Andrés se contuvo para no intervenir ¡Debía saber ahora, lo que pasaba! La joven subió al coche y se fue, pero el hombre quedó allí en actitud de espera. Entre las filas de automóviles, otro hombre apareció. El primero le pasó algo mientras conversaron amistosamente. Andrés se acercó más para escuchar y ver mejor.

-¿Ah sí? -dijo el que recién llegaba -¡qué bien! desde este otro mes tendremos más dinero, con eso supliré lo mala que está la consulta privada últimamente.

Ambos rieron a carcajadas.

Andrés se paralizó, el recién llegado ¡era Gustavo!

La trampa

Gabriel sintió el ruido del último cerrojo a sus espaldas. Se acercó a un mesón, detrás del cual había un guardia al que entregó sus objetos personales. No podía creerlo, él, un importante pintor conocido en todo el mundo, cayó en la cárcel como cualquier delincuente, acusado nada menos de narcotraficante, lo que significaba una condena de ocho años.

Su linda esposa Marian no lloró al escuchar la sentencia, ambos se miraron y acariciaron con los ojos. Era una mujer hermosísima, de cabello largo, castaño y crespo, ojos café claros, piel blanca, alta, esbelta, muy bien proporcionada, sin una gota de silicona en su cuerpo, totalmente natural. Le contó que se enamoró de él por su estatura de un metro noventa, su pelo negro, su piel morena, sus ojos verdes.

En realidad Gabriel tenía también muy buena presencia, formaban una linda pareja.

Gabriel no podía creer que hubiera perdido el caso en el Ministerio Público, con el mejor abogado del momento, ya que no tenía pruebas.

Lo llevaron a una celda separada en la Cárcel de Alta Seguridad, como si fuera un delincuente peligroso. Cuando sintió cerrar la puerta con llave, se tiró en el camastro quedándose dormido de inmediato, tanta era la tensión.

Los hechos fueron los siguientes: aquella mañana Gabriel llegó muy temprano al Aeropuerto, se sentó a

leer el diario esperando la salida de su vuelo, dejando su bolso al lado. Era un bolso café con su nombre escrito en uno de los costados. De pronto un hombre alto y delgado se ubicó junto a él, también a leer el diario, después de un momento este se paró, perdiéndose entre la gente.

Cuando llamaron a los pasajeros de su vuelo, Gabriel tomó su bolso dejando el diario en el asiento. Al pasar por Aduanas le tocó revisión; él viajaba a dictar un curso en una Universidad de Madrid y como hacía constantemente viajes a diferentes partes del mundo, llamó la atención.

Cuando el funcionario de Aduanas abrió el bolso ¡Oh sorpresa! ¡Había dentro toda clase de drogas duras: Cocaína, Heroína, Pasta base, Morfina, etc.! Fue inmediatamente detenido. Aunque él alegaba que ése no era su bolso, pues el suyo tenía su nombre. Empezó "El vía crucis": en todos los diarios y medios de comunicación se decía que Gabriel Francini el famoso pintor conocido en el mundo entero, estaba en la cárcel por tráfico de estupefacientes.

Luego Marian visitándolo, buscando abogado, y más tarde, el Juicio. Por más que alegó inocencia, fue declarado culpable porque no tenía pruebas para demostrar lo contrario. Lo único que podía decir, era que un hombre se sentó a su lado cambiándole el bolso en el Aeropuerto, pero no pudo describirlo, porque ni siquiera lo miró.

A la mañana siguiente del veredicto, ella, moviendo sus contactos logró visitarlo, pero con la presencia de un guardia.

-Gabriel -dijo ella- no te preocupes, Gastón y Roberto nuestros amigos detectives nos ayudarán a solucionar

este problema. Ellos ya han localizado al desgraciado que cambió el bolso y saben quién es su jefe. Un tipo que ni te lo figurarías, de las más altas esferas.

-Será más difícil entonces -dijo él.

-Levanta el ánimo amor, nosotros también tenemos amigos influyentes -contestó Marian.

Ella, con sus contactos rápidamente buscó trabajo en el Pub más elegante de la ciudad, donde sus amigos detectives le contaron que acudía el mafioso número uno. Bailaría en el caño. El Jefe del recinto, le cantó la cartilla de inmediato.

-Cincuenta y cincuenta y que no te sorprenda tratando de engañarme. Lo que hagas fuera de aquí no me interesa.

Su corazón estaba muy agitado la noche cuando debía presentarse, sus amigos Gastón y Roberto la acompañaban a la distancia, pero el pudor se apoderó de ella sin compasión cuando vio a tantos hombres reunidos junto al caño.

Mientras estaba en el camarín conoció a sus compañeras de baile. Todas hermosas, llenas de silicona por todos lados, con unos pechos enormes y un trasero descomunal, pero delgadísimas. La miraron con cierto recelo; Gisela una morena de ojos verdes, fue la que se mostró más receptiva.

-Ve y observa primero -dijo- luego te subes a bailar, para que aprendas a sacarles dinero a estos degenerados.

Aquella noche Marian ganó mucho dinero, se lo dejaban en su colaless, pero no se quitó el corpiño.

El Jefe la amonestó. Ella le hizo ver que había ganado más que nadie con su treta pues les gritaba:

-Me lo saco con dos de los grandes, después con tres, etc.- Y así los hombres bebidos, gritaban y reían dándole más y más dinero.

-Bueno -dijo él- solo por unos días.

A la tercera noche de ese tremendo sacrificio, mientras bailaba, Marian lo vio con su guardaespaldas y otros hombres. Instintivamente se llevó la mano al colgante que tenía en el cuello, donde llevaba un narcótico que le había proporcionado su amigo José, un Químico e Investigador de la Universidad.

Recurrió a la misma táctica de todas las noches, al final el hombre le dio tanto dinero que ella dijo:

-Me lo sacaré solo para ti, espera. Entregó el dinero a Anselmo y se fue a vestir. Al salir del camarín se encontró con el guardaespaldas. Marian fingió estar feliz, aunque temblaba de miedo. Sus amigos la acompañaban a distancia.

Subió al auto del hombre, llegaron a un lujoso departamento que se componía de oficinas y un dormitorio.

-Antes que nada -dijo ella- necesito tomar un trago, no se nos permite mientras trabajamos. El mafioso sirvió vodka y para suerte de la joven se dirigió al baño. Rápidamente ella vació el narcótico en el vaso.

-Salud -dijo él al volver- y hasta el fondo. Dejó el vaso, abalanzándose sobre ella. Empezó a quitarle la ropa, manoseándola, besándola, la muchacha estaba asqueada.

Era un hombre bajo, gordo, moreno, de bigotes. De pronto lo sintió desfallecer y poco a poco se quedó dormido sobre la cama.

Buscó por todas partes, el dormitorio, las oficinas. El bolso no estaba. Revisó papeles, nada importante.

Algo iluminó su mente ¡El computador! ¡En la oficina del mafioso había un computador que estaba abierto! Lo había visto al entrar. Rápidamente, encontró un

archivo que decía operación bolso, lo abrió, solo se refería a que el maletín lo botaron en el río Mapocho. Mandó el archivo a su correo, borrando toda señal de envío, dejó el computador tal cual lo encontró.

Por el celular avisó a sus amigos que había dos guardaespaldas en la puerta. Éstos subieron y sorprendieron a los matones a los que redujeron fácilmente. En casa de Marian abrieron el archivo “Habían seguido a Gabriel, porque viajaba mucho, eso les convenía”, se hizo el cambio de bolso en el Aeropuerto, pero la operación falló y el maletín fue tirado al río en la parte baja de la ciudad”.

Marian sollozaba, no podría demostrar la inocencia de su esposo sin esa prueba, pero Gastón un hombre robusto de rostro simpático, dijo que ellos recorrerían la ribera buscándolo.

Después de varios días no lograron encontrarlo.

Llegó la Apelación, antes de salir, Marian fue a la habitación de su hijito Rodrigo a buscar su reloj. El niño siempre se lo pedía para jugar. Era un hermoso pequeño parecido a su madre, de cuatro años. La joven apresurada, revolvía y revolvía entre los juguetes, no lo encontraba en ninguna parte. Se dirigió a los closets y en uno de ellos divisó un paquete de regalo bastante grande. Debió dejarlo Gabriel pensó, siempre oculta los regalos hasta que se los da al Rorro.

Lo abrió y ¡oh sorpresa, era el bolso de cuero de Gabriel con su nombre grabado!

-¡Rorro, Rorro! -llamó Marian, el niño acudió asustado.

-¿Qué es esto?

-Es un regalo que le tengo al papá para Navidad.

-¿De dónde lo sacaste?

-Un día que fui con mi nana a la feria, se lo compré a un niño con mis ahorros, para regalárselo en Navidad.

El pequeño debió declarar en la apelación, lo hizo maravillosamente bien.

Esa Navidad Gabriel, Marian y Rodrigo abrieron sus regalos junto a sus amigos que fueron a saludarlos con sus respectivas familias.

El lugar de honor lo ocupaba el bolso de cuero café un poquito deteriorado, mas para Gabriel el más hermoso regalo que le daría su hijo en toda su vida.

A la mañana siguiente Marian se levantó temprano para limpiar el living, por el cual estaban desparramados todos los papeles de regalo.

Tomó el maletín con amor y al tocar el lugar en el que estaba el nombre, notó algo extraño, un pequeño bulto por dentro, lo miró, descosió el forro que era impermeable y vio que tenía un bolsillito en el cual había un papel doblado en cuatro.

Decía, "Mira Cara de Maceta, si no me pagas lo que me debes, no te llevo más mercadería, esta es la cuarta vez, recuérdalo, Gabriel, alias El Brocha".

Locura de amor

¡Cómo lo amaba!, siempre pensó que el amor significaba felicidad, pero ella tenía sentimientos encontrados. En momentos predominaba la alegría, la seguridad de tenerlo junto a sí, pero en otros instantes dolía tanto el amor, que desgarraba su corazón.

Y eso que él no le daba motivos, pero el solo pensamiento que podía perderlo, su terrible inseguridad, la mantenía alerta, lo que creaba incomprensión y desesperanza. Hacía dos meses que se veían y ya llenaba su vida por completo.

Lo conoció en la Empresa en que trabajaba como secretaria del Gerente. Este se lo presentó y le pidió como favor, que repasara el inglés de su amigo dueño de otra Empresa. Sintió atracción por él desde el primer instante, a pesar que no era un Adonis, pero tenía algo que le gustaba en su actuar. Moreno, ojos oscuros, ya presentaba una incipiente calvicie a pesar de no tener más de 35 años, alto y delgado. Ella de 24, porte mediano, cabello castaño, ojos cafés, delgada, bonitas piernas, en ese tiempo no se usaban los pantalones y estas se lucían mucho con tacos altos.

Margot tenía todos sus hermanos casados, era la menor. Debo decir que transcurrían los años sesenta en que la mujer se iba de la casa de sus padres, cuando se casaba.

Después de varias sesiones y de conversaciones en que demostraron tener gustos afines, él la convidó a almorzar, el sábado al medio día.

Lo pasaron magníficamente bien y así transcurrió aquel romance que era un pololeo de besos apasionados en discotecas y en cines, mientras ella se defendía de un avance mayor.

Dos meses no eran suficientes para saber si era sincero. Lo que más la afectaba era que no todos los fines de semana se veían, pues el aducía que debía ir al extranjero por viajes de negocios.

Cada vez que estaban juntos, él quería más y ya se estaba volviendo insoportable resistir, pero aún desconfiaba, pues nunca habló de conocer a sus padres, o ir a su casa, y el dolor de aquello la consumía.

Un día en que Margot se encontraba con su jefe, trabajando ambos en la redacción de unos oficios en inglés, este le preguntó que cómo iban las clases de Ricardo, y ella sin querer se ruborizó.

-Cuidado -dijo Joaquín- no te entusiasmes con él, mira que es casado.

Ella se sobresaltó y él se dio cuenta que el aviso podía llegar con atraso. Para desilusionarla más le contó que ese fin de semana Ricardo y su esposa con sus tres niños participaron en un asado en su casa, al que fueron otros amigos también. Margot insistió que no tenía nada con él, pero se sintió desfallecer. ¡Cómo era posible que se riera así! y recordó sus intensas palabras de amor y cómo insistía en poseerla. Cambió

como pudo la conversación y el resto del día trabajó como una autómeta.

Esa tarde lo vería, iría a sus clases en la pequeña oficina que Margot había arrendado en el centro, donde hacía traducciones, tenía una secretaria y un junior. Trabajaba allí después que salía de la Empresa.

Llegó el momento que tanto esperó, cuando él estuvo sentado, ella pidió a su auxiliar que saliera a comprar unos materiales y a su secretaria que preparara café, y lo encaró. Él no contestó, no se disculpó, solamente sonrió y tomando del escritorio una foto de sus padres enmarcada, se levantó del sillón y le dijo: -Te espero a las 9 donde siempre.

Ese día luchó con su conciencia y sus valores, no supo cómo pudo atender a todos sus clientes. Llegó la hora en que debía verlo. Ella se dijo, pierdo la foto pero no mi honor, dejó pasar la hora pero a las 21,30 ya no pudo más y corrió por la calle en su busca, temiendo que ya se hubiera ido.

Triunfante, la vio llegar y entró con ella a la discoteca o boite como se llamaban en esa época, empezó a dar explicaciones a media luz. Estaba de acuerdo con su mujer que el matrimonio se había roto, solo esperaba el momento preciso para irse, pues Nora su esposa se encontraba enferma. Cuando mejorara dejaría su hogar, porque a ella no quería perderla, pues la amaba intensamente.

Margot le dijo que no sería la causa de la ruptura de su matrimonio, que no debía haberle mentado. Pero él con besos y hermosas palabras la convenció al fin,

pues se engañó a sí misma y quiso creerle, por lo que continuó con él.

Pero ahora incluso le entregó todo, su pasión por él era desenfundada, su conciencia le decía que debía dejarlo, pero sus sentimientos no, eran demasiado intensos y cuando intentaba hacerlo, él le suplicaba que lo esperara. Margot sabía que no podía basar su felicidad en la desgracia de otros, cerraba los ojos a todo lo que la razón le decía, a las enseñanzas de sus padres, sus convicciones. Estaba embrujada por ese amor.

Un día Ricardo le contó que abrirían una nueva sucursal de su Empresa en Puerto Montt y ella le sugirió que aprovechara esa oportunidad para que se fueran juntos allá, pero él insistía que no había nada con su mujer y si no se iba, era porque seguía enferma y no podía dejarla así.

Al fin Ricardo aceptó y esa mañana Margot después de escribir a sus padres, cerrar su oficina y embalar sus cosas se fue a la Estación para juntarse con él.

Sentía los latidos de su corazón, que se hicieron más intensos aún cuando no lo vio en el andén.

¡Qué tonta!, se dijo ¿Por qué habré llegado tan temprano?

Se paseaba de un lado a otro, temiendo que algún conocido la viera dando vueltas como una loca.

De pronto apareció un niño corriendo, aún faltaban 30 minutos para que partiera el tren, se acercó a ella y le preguntó su nombre, luego le entregó un sobre.

Margot estuvo a punto de desmayarse, tiritaba de la cabeza a los pies. Abrió la carta, y en ella Ricardo le comunicaba que se había ido en el tren anterior con toda su familia, que después de un tiempo la vendría a buscar.

¡Aún seguía burlándose! Margot sintió que la vista se le nublaba, en los pequeños instantes que pudo pensar decidió que la vida no tenía sentido sin él.

Todo su mundo se derrumbó, se olvidó de sus padres, de su familia, de su trabajo que tanto le gustaba, no había lugar en este mundo para ella sin Ricardo. No lo pensó dos veces corrió hacia la línea del tren bajó hasta ella y se fue caminando directo sin mirar hacia atrás, nadie se dio cuenta de lo que hizo, pues justo a la salida de la estación, la línea hacía una curva, anduvo muy ligero, como 25 minutos. Cuando el tren ya llevaba velocidad el maquinista la divisó, piteó tres veces, pero ella siguió avanzando con el rostro surcado de lágrimas, la vida ya no tenía sentido, seguía por el medio saltando entre los durmientes, como hipnotizada, como si fuera tras él. El maquinista volvió a dar tres pitazos, pero le fue imposible frenar.

Venganza

Francisca estaba en el antejardín ese día sábado por la mañana arreglando las macetas de flores y cambiándoles la tierra. Su pequeño hijo Nicolás, de cuatro años, la acompañaba corriendo de un lado a otro. Adentro se encontraba Estela, su nana.

Su esposo estaba de viaje de negocios en Europa, no era la primera vez que salía.

Francisca era una prestigiosa abogada y actualmente se desempeñaba como fiscal en el nuevo sistema de justicia. Su inteligencia destacada le había permitido ganar este cargo.

Era una mujer interesante, rubia, alta, de rostro agradable, pero que demostraba su firmeza de carácter. Su niño, un pequeñito rubio como ella y con los ojos azules de su padre era su adoración.

De pronto se dio cuenta que Nicolás no estaba junto a ella y lo sintió conversar, rápidamente dio la vuelta y vio al niño con un hermoso volantín en la mano y a un hombre tras la cerca. Era un desconocido. Al verla, el extraño sonrió y le explicó que se había venido a vivir dos casas más allá, por lo tanto pertenecía al vecindario. Era un hombre alto, bien parecido, de cabello castaño y ojos cafés, pero a ella le produjo cierta distancia.

-Nicolás -dijo Francisca- devuelve el volantín al señor.

Nicolás puso cara de llanto y el hombre pidió disculpas y rogó que el niño se quedara con el regalo. Se presentó como Gastón Yáñez y dijo que vivía solo, en la casa recién alquilada. Después de una conversación sin importancia se marchó, alabando la hermosura del niño.

En cuanto se hubo ido, Francisca recordó a Nicolás que nunca debía recibir regalos, dulces o dinero de un desconocido y menos entablar conversación con él.

-Pero yo lo he visto muchas veces mamá -dijo Nicolás- él es mi amigo.

-¿Cuándo? -preguntó Francisca.

-Cuando vamos al parque en las tardes con mi nana -dijo el niño.

Después de aclarar las cosas con Estela, prohibiendo hacer amistad con cualquier persona en la calle, Francisca se olvidó del incidente.

Llegó el lunes y empezó a correr la máquina de la semana; trabajo, colegio, colegio, trabajo, casa. Esa era la rutina diaria, ella debía volver al trabajo en las tardes después de ir a buscar al pequeño al Jardín.

Siempre que se atrasaba lo encontraba en un pequeño taller junto con los otros chicos que esperaban a sus padres dibujando o haciendo tareas, cuidados por una parvularia. Aquel día había sido de locos, se presentó un caso de última hora que reclamó su intervención, y llamó al colegio para avisar que se atrasaría.

Bajó corriendo del auto, hacia la sala en que siempre encontraba a Nicolás y ya no había nadie. Pensó que lo tendrían en otra parte, pero el lugar estaba desierto, solo ubicó al portero y le preguntó por el niño, este dijo que se habían retirado todos ya. El corazón de Francisca se le escapaba, se fue al libro de salidas y al lado del nombre de su hijo había una nota de la parvularia que decía “Retirado por su tío”.

Francisca estaba desesperada. Llamó a la casa y Estela contestó que Nicolás no había llegado.

Se dirigió corriendo a su auto y empezó a llamar a la casa de los amiguitos de Nicolás, pero nadie sabía nada.

Lo veía como un mal sueño, una pesadilla; de pronto apareció en su mente la imagen del hombre que había estado conversando con su hijo tras la cerca y recordó que le había parecido cara conocida. Se sintió helada, cuando lo relacionó con un hombre que gracias a su excelente intervención, muy alabada por la prensa de aquellos años, ella había logrado enviar a la cárcel por siete años, pues violó a dos mujeres y tenía un nutrido prontuario anterior.

Francisca lloraba dentro del auto sin saber qué hacer, era una mujer fuerte y sin embargo las lágrimas no la dejaban manejar. Agotó la pila del celular, llamando a todos los conocidos que tenían niños en el colegio de Nicolás.

Se le hizo de noche buscándolo y se dirigió a su casa sin ninguna esperanza. Siempre pensando que su hijo estaba en manos de ese hombre que ya cumplía

precisamente los siete años de condena. Al bajar del auto tiritaba de la cabeza a los pies. El terror de perder a su hijo la descontrolaba. Sintió tras ella un crujido de hojas en la hierba seca, como si alguien la siguiera, pero no divisó a nadie.

Se dirigió a la reja, la abrió y en la semioscuridad distinguió algo que la estremeció, vio colgando del magnolio los zapatitos de su hijo y su abrigo de lana, entonces lanzó un grito desgarrador y cayó de rodillas en medio del pasto húmedo, presa de un ataque de histeria ¡Muerto! Su pequeño y querido niño. ¡Muerto! Sollozaba sin oír ni ver nada, estaba loca de dolor.

De pronto se encendió la luz de la entrada, apareció Estela, detrás un hombre rubio y muy parecido a ella y después de él ¡oh milagro! su dulce Nicolás, que llamándola corrió a abrazarla.

-Señora -dijo Estela- no pude comunicarme con su celular. Don Gustavo, su hermano, llegó de visita de España y fue a retirar al niño para darle una sorpresa. Luego se pusieron a jugar mientras usted llegaba y vistieron al oso de peluche con la ropita del Nicolás, pero se les quedó atascado en el árbol. Yo intenté muchas veces llamarla, no sé qué pasaba con su teléfono.

Francisca apretaba a su hijo como si quisiera volver a llevarlo en su seno, para así protegerlo de toda maldad.

Milagros de la cirugía plástica

Nunca creí que llegaría a pasarme algo por el estilo. Cuando llegué a sospechar lo que ocurría ya era demasiado tarde para volver atrás.

Uno ignora como las cosas se van desarrollando en secreto, creciendo en forma soterrada, silenciosa, hasta aparecer de repente con tanta fuerza que no se las puede evitar. Entonces te dan un golpe tan duro que son capaces de derribarte y desestabilizar tu existencia.

Aquel día yo iba saliendo de mi trabajo y pasé con una amiga a tomarme un café para tener una pequeña charla con ella, pues debía continuar en la consulta del centro. Había venido a buscarme a la oficina para conversar sobre un estudio que haríamos juntas sobre nuestra especialidad.

Nos encontrábamos en eso, cuando repentinamente divisé a mi marido con una hermosa mujer joven y bien vestida con la que entró del brazo a la cafetería. Mi amiga Cecilia notó el cambio en mi semblante, me puse pálida de la impresión, comunicándole lo que sucedía.

Él se sentó con la mujer en una mesa cercana, le tomó la mano hablándole al oído, ella sonreía encantada. Estuvieron conversando mucho rato, ella no paraba de hablar y reír, le mostraba unas fotografías, sonriendo se acercó más a él y le dio un beso en la mejilla. Nosotras

observábamos, hasta que se pararon y se fueron. Debo dejar en claro que mi esposo es veinticinco años mayor que yo, mi edad es la mitad de la suya, llevamos dos años casados. Llegó como profesor a la Universidad, allí nos enamoramos, rápidamente llegamos al matrimonio. Nos flechamos como se dice. Él es español, no conozco a nadie de su familia. Solo sé que es divorciado y tiene un hijo de mi edad.

Pagamos y los seguimos, entraron a un hotel y ya no supe de él. No seguí trabajando, regresé a casa sola, a pesar de los ofrecimientos de Cecilia por acompañarme.

Fui al closet de Esteban y saqué dos de sus maletas en las cuales dejé su ropa, abrí la puerta de calle, las dejé en el antejardín.

Nunca se atrasa, es muy puntual para llegar, pues donde trabaja tiene una hora de salida, no como yo que debo atender consulta, pero esta vez llegó a las tres de la mañana, yo había dejado la llave puesta en la cerradura.

Mi pena, mi dolor eran incomparables, se me derrumbó el mundo cuando lo vi engañándome, pero por dignidad no podía perdonarlo. Empezó a forzar la puerta, sin poder abrirla, hasta que escuché su voz:

-¡Beatriz abre! ¿Qué le pasa a esta puerta?

Empujaba, empujaba, entonces para que no se armara un escándalo, le abrí.

-¡Pero, qué es esto! Es la primera vez que llego a esta hora y tú reaccionas de esta manera, no pude avisarte,

habría parecido un tonto interrumpiendo una importante reunión para llamarte por celular -dijo cínicamente.

-Sí, ¿Y con quién era la reunión?

-Con unos chinos que vinieron a la empresa y nos avisaron a última hora.

-No creo tus mentiras Esteban, tus maletas están en el antejardín y no quiero saber más de ti, nos comunicaremos con abogado.

-Pero, dime por qué.

-Tú lo sabes, te vi en aquel café pololeando con una mujer, luego entraste con ella a un hotel, eso yo no lo perdono.

-Pero Beatriz aquella mujer, es mi primera esposa.

Beatriz enmudeció, ella sabía que Tatiana era una mujer madura, de la misma edad que Esteban y ahora este quería engañarla como a una tonta.

-Mira Esteban, Tatiana tiene tu edad, tú estabas con una mujer joven en el café.

-Son los adelantos de la ciencia Betty, recuerda que vive en Alemania y es una mujer muy vanidosa. Te conté que fue eso lo que me cansó. Trabajaba para internarse en centros de belleza y últimamente se hizo un tratamiento completo de rejuvenecimiento que incluyó rostro y cuerpo. Ha sido milagroso como ha quedado.

-Ah, sí, ¿te gusta nuevamente que la has ocultado y no la has traído a casa? Ni siquiera me has comunicado que estaba en Chile.

-Está con mi hijo, ambos llegaron a mi oficina y fue tanta la alegría de verlo, que te ruego me perdones, me olvidé de llamarte.

Después de mucho conversar, prometió que al día siguiente me presentaría a su ex mujer y a su hijo. Iríamos a almorzar con ellos a la salida del trabajo al mediodía.

Cuando llegó con ella, sentí una puntada en el corazón, me encontré insignificante ante aquella hermosa mujer. Alta, delgada, con un cuerpo de gacela, cabello largo y suelto color chocolate de un brillo juvenil, ojos verdes, muy bien vestida y terriblemente simpática.

No comprendía cómo Esteban me había reemplazado por esa belleza. Era española igual que él y se trataban como buenos amigos. Yo me sentí sobrando durante un momento, pero cuando llegó el hijo de ambos quedé impactada. Era un hermoso varón de mi misma edad y de inmediato simpatizamos. Dijo que le gustaban las mujeres chilenas porque eran bonitas y simpáticas y de ahí no paramos de hablar hasta que terminó el almuerzo.

Nos juntamos a la noche para ir a bailar, lo que hice toda la noche con Martín, y Esteban con Tatiana.

Cosas del destino, recuerdo todo esto ahora que ya han pasado cinco años y Martín y yo estamos casados en España, con dos hijos.

¿Y qué fue de Esteban? Se quedó en Chile con Tatiana, no se casaron pero viven felices juntos

¡Qué cosas tiene la vida! ¿No?

El trasplante

Todo sucedió en Inglaterra en el año 2009. Herbert Wilson, de cuarenta y cinco años, tenía una linda familia. Era un hombre amigable, simpático, generoso, rubio de ojos azules, como el común de los ingleses. Estaba casado con una mujer bastante dominante, pero buena esposa, de su misma edad. Rubia, bastante delgada, más bien flaca, llamada Dorothy. Sus hijos de quince y de trece, eran John y Elizabeth o Lizzy, como la llamaban.

Aquella mañana iban en su automóvil, por una carretera rural, entre los árboles, a visitar a tío Harry, hermano de Dorothy. Los había convidado a pasar el día en su granja, cercana a Londres. El camino era estrecho pero Herbert tenía la costumbre de manejar a mucha velocidad. De pronto en una curva vio un enorme camión viniendo por su misma pista, en sentido contrario. Desde ese momento no supo más, hasta que se encontró en una cama de hospital con innumerables hematomas y el brazo derecho enteramente vendado. El médico que lo atendía le explicó que había perdido la mano, ya que fue imposible sacarla entre los fierros retorcidos. Que había tenido la suerte que cuando lo llevaban a pabellón, murió un hombre que le donó el miembro.

Ocultó su pena preguntando por su familia. El doctor dijo que los niños tenían pequeños rasguños, pero su

esposa estaba aún inconsciente, se temía que quedara parapléjica.

Pronto fue visitado por sus hijos, que se iban a casa del tío Harry, se abrazaron llorando.

Herbert era un hombre bastante acomodado, tenía una exitosa empresa, en la que tenía un ejecutivo de confianza, por lo que no se preocupó tanto por su trabajo.

Cuando pudo visitar a su mujer, esta ya estaba consciente, le enrostró su manía de manejar a alta velocidad. Él pidió perdón, pero ya era muy tarde para ello.

La mano prendió maravillosamente, era de piel morena, grande, tosca. La suya en cambio era la mano de un intelectual: pálida, de dedos largos y delgados. Nunca quiso saber de quién era, le producía escalofríos llevar una parte de un muerto en su cuerpo, sobre todo algo tan visible. Al fin volvieron todos al hogar, para continuar su vida normal. Los esperaba el personal de servicio: el mayordomo, la cocinera, la mucama.

Cuando Herbert miraba su mano sentía que se manejaba sola ¿quién habría sido su dueño? Era agresiva, siempre con ansias de hacer daño. Ahora solo podía acariciar con la izquierda, pues esta otra se negaba a hacerlo. Era muy notorio que tenía vida propia, muchas veces intentó golpear a su mujer o sus hijos por cualquier motivo, haciéndolo sentir una atracción enfermiza, cuando veía objetos lacerantes.

Una vez entró a la cocina, lo que nunca hizo antes, sin saber por qué. Rossie y Melanie lo miraron asombradas.

La mano tomó un enorme cuchillo de cortar carne, sin que se lo propusiera su cabeza. Al ver la mirada de miedo de las mujeres, con todas las fuerzas de su mente, dejó el acero en el mesón, saliendo precipitadamente del lugar.

Le temía a ese miembro, le tenía horror. En las noches, gracias a Dios, ya no dormía con su mujer. No sabía lo que ese miembro extraño, sería capaz de hacer.

Una mañana subió a su auto, dirigiéndose a la campiña, al llegar allí, la mano empezó a tomar piedras tirándolas contra un rebaño de cabras, matando unas cuantas que estaban lejos de su pastor. Luego se acercó a una que estaba herida. La apretó por el cuello hasta darle muerte.

Herbert estaba enloquecido, fue a ver al doctor que le hizo el trasplante contándole que no podía dominarla. Lo envió al psiquiatra. Pero cada vez que iba a marcar el teléfono, esta se negaba a hacerlo, por lo que empezó a intentar con la izquierda, aunque era tan torpe que cuando quería actuar con ella, la otra intervenía de inmediato.

Se sentía poseído por ese ser con vida propia.

Una noche, que la familia estaba reunida alrededor de la chimenea, Dorothy en su silla de ruedas tejiendo, sus hijos tirados en la alfombra haciendo sus tareas, él leyendo un libro que escogió de su biblioteca, "La mano", un libro de asesinatos y horrores, los cuales él detestaba, pero ahora habían empezado a gustarle cada vez más, sin darse cuenta, se enderezó tomando el atizador, golpeando con furia los leños que se quemaban, con el rostro crispado.

Dorothy se puso a gritar junto con Lizzy, su hijo John lo llamó al orden.

-Papá, papá, no asustes a las mujeres. Entonces él despertó como si estuviera sufriendo una pesadilla.

Una tormenta con rayos y truenos arreciaba. Se fueron a sus habitaciones más temprano que de costumbre, porque se cortó la luz. Debieron acudir al uso de lámparas en cada pieza. Los criados dieron las buenas noches, retirándose.

Él estaba muy ansioso, algo lo tenía terriblemente exaltado. A las dos de la madrugada se levantó a la cocina con la lámpara en su mano izquierda, no tenía noción de lo que hacía, era como si la mano trasplantada pensara por sí misma, como si lo fuera guiando.

En la casa todos dormían, su perro, un hermoso labrador, gimió al verlo, como si no lo conociera, escondiéndose debajo de la mesa. Herbert o mejor dicho "la mano", escogió el cuchillo más grande. Dirigiéndose a los dormitorios de los criados, entró de golpe donde dormían las mujeres, masacrándolas a cuchilladas. El mayordomo acudió a ver qué sucedía, corriendo la misma suerte.

La mano tenía una fuerza brutal, lo obligaba a buscar a quién matar. Estaba enloquecido, no era él, se sentía cada vez más impulsado a derramar sangre. Partió donde Dorothy, al verlo con un arma ensangrentada, dio un chillido de espanto, siendo acuchillada hasta morir. Los niños corrieron a la habitación de su madre, también acabó con ellos.

Volvió a su cama como un zombi, quedándose dormido. Como una hora después despertó, recordando lo que había hecho. Lloró desconsoladamente, pero le pareció que la mano, se burlaba de él. Esta se movía intensamente, lo volvía loco de desesperación. De pronto ya no pudo más, puso la mano sobre el velador, tomó el cuchillo y la cortó de un solo golpe. Se desmayó del dolor sangrando profusamente. Cuando volvió en sí, sintió un ruido a los pies de la cama ¡algo estaba subiendo por el cobertor! los ojos casi se le salieron de las órbitas, ¡era la mano!, ¡estaba trepando y arrastrándose hacia él! Quedó paralizado por el terror.

Se deslizó lentamente sobre su cuerpo, dirigiéndose directamente a la garganta. De un salto agarró su cuello, empezando a apretarlo sin compasión, hasta que dejó de respirar. De fondo se escuchaba una risa de ultratumba.

Pasaron algunos días. Los vecinos dieron cuenta que no había señales de vida en aquella casa. Cuando la policía llegó, quedó espantada de la terrible masacre.

En la morgue, el médico al leer la ficha de Herbert descubrió, que había sido trasplantado con una mano, que perteneció a uno de los peores asesinos que existieron en Londres en esos tiempos, que fue ejecutado ese mismo día del accidente. Pero esta no se encontró en ninguna parte.

Mientras efectuaba la autopsia, entró una corriente de aire por la ventana. Estaba seguro que la había cerrado, era extraño, pues se encontraba solo en el lugar. La aseguró con el pestillo, volviendo al mesón de trabajo. Absorto en el cadáver, sintió un ruido en el riñón en

que tenía su instrumental, que estaba en una mesa a sus espaldas, se volvió, no alcanzando ni siquiera a pedir ayuda ¡una mano le saltó al cuello con un bisturí! lo degolló de oreja a oreja, nadie se explicó lo sucedido.

Ah ¿pero saben Uds.? Durante mucho tiempo, se encontraron cadáveres en los barrios más oscuros de la ciudad, totalmente destrozados.

¡Nunca! ¡Nunca! se encontró al asesino.

¡Tremenda burocracia!

Corrían los años ochenta y Carmen manejaba hacia su trabajo mientras iba recordando los últimos acontecimientos que estremecieron su vida. Hacía siete meses que perdió a su marido Antonio, en un accidente laboral, quedando con dos hijos pequeños. Fue un golpe terrible que cambió su existencia de un día a otro. Él era Jefe de obras en la construcción. Ella, trabajaba como secretaria, en una empresa dedicada a la compra-venta de automóviles.

Era de porte mediano, pelo oscuro, corto, ojos cafés, tez mate, más bien gordita. Tenía treinta y cinco años.

Poco antes que Antonio muriera, compraron un automóvil usado, a crédito, en la Empresa en que se desempeñaba.

En la tarde de ese día, a las 14 horas, salió a hacer trámites para regularizar los documentos de los vehículos que se vendían o compraban en su lugar de trabajo, al centro de la ciudad. Estacionó subiendo a la oficina de Margot, que ya la estaba esperando.

Demoró más o menos una hora, al volver fue grande su sorpresa, ¡su auto no estaba! Buscó por toda la cuadra, ¡no podía creerlo!

Un lustrabotas que estaba instalado en el lugar le preguntó:

-¿Busca su auto señorita? La grúa se llevó tres hace un rato.

Tenía la cantidad exacta de dinero, para hablar por

teléfono y tomar un microbús. Llamó desde la oficina de Margot. Se comunicó con Grúas, atendían hasta las 6 PM.

Llegó a un lugar en el cual había una cantidad enorme de gente haciendo cola frente a distintas ventanillas. Se dirigió a Informaciones, donde había una larga fila, mientras la hora pasaba. Cuando al fin llegó su turno, la respuesta fue que su auto posiblemente estaba allí. Para saber cuánto tenía que pagar, debía ir a otra oficina. La hora avanzaba, había una enorme cantidad de personas en esta nueva cola, pero la gente apenas circulaba. La rubia teñida que atendía era lenta, coqueta, mantenía conversación con los hombres. Eran las 4,30 PM. Carmen desesperó. Por fin a las 4,45 quedaba una sola persona antes, un hombre joven, conversador; en ese momento sonó el teléfono, la rubia habló por lo menos 10 minutos. Cuando terminó, el hombre inició un coqueteo con ella, dieron las 5,5 PM.

Al fin llegó su turno, la cantidad que debía pagar era enorme para su presupuesto, si no lo retiraba hoy, mañana se doblaría, así sucesivamente.

Con sus últimas monedas tomó un bus a su oficina.

Su jefe estaba en reunión, eran las 5,30. A las 5,35 la atendió, le pidió un adelanto de sueldo. En la oficina de contabilidad después de todos los trámites, por fin llegó el dinero a sus manos. Volvió a Grúas. Felizmente aún estaba la rubia, coqueteando con el primero de la fila otra vez, quedaban tres personas.

Eran la 5,55. La rubia, reía con el hombre. Por último hizo hora para terminar con este, cuando la siguiente se acercaba, le cerró la ventanilla en las narices. La mujer se enfureció, empezó a golpearle el vidrio, pero perdió

su tiempo. Cuando todos se hubieron ido, Carmen se acercó, explicando su situación. A un comienzo, la muchacha se mostró totalmente indiferente, pero luego la escuchó, le recibió el pago entregándole el recibo, aún más, la acompañó a los corrales, donde el encargado. Pero este ya se había ido, trabajaba hasta las 6 PM.

-No te puedo asegurar, si mañana te lo entregarán, si no pagas el nuevo día, pero ven a hablar conmigo primero.

Volvió a su casa a pie, no tenía ningún centavo en su bolso.

Esa noche casi no durmió de la preocupación. ¿Cómo solucionaría esto si el hombre no quería entregar el auto?

Al llegar al otro día, la rubia no estaba. Preguntó por ella, le respondieron que se encontraba con licencia, todos empezaron a gritar que hiciera la cola. Allí quedó esperando el lento movimiento de la fila. Cuando llegó su turno, mostró el recibo a la mujer que atendía. Al escuchar su historia, esta le dijo que ahí no se hacía concesiones a nadie, que debía pagar por ese día también.

Para suerte de Carmen, apareció el encargado a hablar con la funcionaria, alcanzando a escuchar la conversación.

-Sra. Hilda dijo, ayer me tuve que ir dos minutos antes, por eso no le entregué el auto a la señorita.

-Bueno -dijo la mujer, entrégaselo ahora.

La joven partió feliz detrás del hombre, pero se llevó una terrible sorpresa, ¡su auto no estaba en ninguna parte! Recorrieron los corrales, y no lo encontraron.

Paradojalmente Carmen dio cuenta a Carabineros, volvió a su trabajo con una tristeza profunda, la mala suerte la golpeaba sin piedad.

Como las 2 de la tarde sonó el teléfono.

Contestó, era Margot, esta le dijo -¿Estás ahí? ¡Qué bueno que te entregaron el auto! ¿Lo dejaste en el centro otra vez?

Te llamé por si acaso, creí que andabas por aquí. Se encuentra estacionado a una cuadra de donde lo pones siempre, bajé a comprarme una bebida y lo divisé.

-Gracias, dijo ella, gracias querida amiga.

¡Su auto siempre había estado ahí, pero su cabeza estaba con Antonio!

La confesión

El sacerdote se extrañó que la viuda no comulgara, el día anterior había acudido a su casa a confesarla, pues la conocía de niña, incluso la había bautizado, era sumamente creyente. Pero en aquella ocasión mandó a su criada a decirle que la perdonara, porque se sentía muy mal. Tenía apenas diecinueve años y su padre la casó con un hombre de sesenta.

Este, Joaquín Irrarázabal, el hombre más rico e influyente del lugar era un español que llegó a la región hacía dos años. En este pueblo de provincia nadie sabía nada de él, salvo que tenía una inmensa fortuna, con la que había comprado varios campos en la zona. Era un hombre muy atractivo aún, un caballero. Moreno como el típico español de ojos oscuros, una incipiente calva ligeramente cana, barba tupida, y de porte mediano.

Corrían los primeros años del siglo XVIII y Joaquín se hizo muy amigo del Co-regidor del lugar, Gastón Uriarte. Era el padre de Maya, la futura esposa de Joaquín. Una bella muchacha, de cabello oscuro y ojos cafés, más bien bajita. Cuando la conoció quedó prendado de la niña, pero su padre le dijo que debía esperar un año para desposarla. Se hizo como lo determinó el padre, y luego se casaron.

Durante el matrimonio la joven fue medianamente feliz, porque como todos sabemos no resulta muy agradable casarse con un hombre que podría ser su padre. Su marido se emborrachaba todas las noches de

modo que Maya seguía siendo virgen, pues cuando él se iba a la cama, no sabía ni cómo se llamaba.

Un fin de semana de invierno, en que llovía a chuzos y la servidumbre estaba de permiso, golpearon fuertemente a la puerta.

-Joaquín, dijo la joven, están golpeando, ve a ver quién es. Pero el hombre roncaba como un enajenado. Temiendo que algo le sucediera a su padre, la joven se puso la bata y se levantó a abrir.

Un hombre de unos veinticinco años se encontraba en la puerta estilando agua por todos lados, mientras el viento rugía con furia.

Maya sintió miedo.

-¿Me deja Ud. entrar? dijo el joven. Soy hijo de Joaquín Irarrázabal.

Un salto en el corazón golpeó el pecho de ella.

Lo dejó pasar, este colgó su sombrero y paraguas en el perchero y entró al salón.

-Perdone Ud. Sra., dijo, pero la demora en llegar fue por esta lluvia.

-No tenía la menor idea que Joaquín tenía hijos, dijo Maya.

-Pues sí, mi nombre es Javier, soy su único hijo.

-¿Sabía él que Ud. vendría?

-No, no tenía la menor idea.

-Le serviré una bebida caliente.

-Gracias.

Luego lo llevó a la pieza de alojados que siempre estaba lista para los amigos de Joaquín y volvió a su dormitorio.

Mil dudas rondaron por la cabeza de la joven, su marido no le dijo nunca que fue casado, menos que tenía un hijo ¿por qué lo callaría?

Suponía que la primera esposa estaba muerta, o sea era

viudo, pasó toda la noche haciéndose mil preguntas.

A la mañana siguiente en cuanto Joaquín despertó le contó lo sucedido, este se enfureció, le dijo que no lo debió dejar entrar.

Maya tenía su carácter y le exigió explicaciones. Dijo que en España había vivido con una mujer con la que había tenido un hijo, al que nunca reconoció, ya que siempre fue un problema para él y su madre.

Vivía en francachelas y tomateras. Por más que trató de ayudarlo con dinero para que surgiera, se educara, se lo gastaba en el juego. Estuvo a punto de dejarlo en la calle en una ocasión, ya que apostó hasta el dinero de su padre con sus amigos. Su madre murió del corazón de tanto que la hizo sufrir, por eso antes de partir a Chile, le dejó un campo para que lo trabajara.

-Seguramente lo perdió en el juego, dijo Joaquín, por eso anda detrás de mi.

-Debió Ud. haberme hablado de su existencia, lo mismo que a mi padre, dijo ella.

-Pensé que no lo vería más.

Maya se arregló, partió a ver a su padre que vivía dos casas más allá. Sabía que no debía ir sola, pero ni su criada, ni el cochero habían llegado porque era muy temprano.

Cuando se lo contó a su padre, este se enfureció, lanzó mil improperios contra Joaquín por no decir la verdad.

Había quedado solo desde el casamiento de su hija, pues era viudo y ella era su único tesoro. Para tenerla cerca le había regalado la casa en la cual vivía con Joaquín. Inmediatamente fue a hablar con su yerno, tendría que dar una muy buena explicación.

Cuando Maya y su padre llegaron, los dos hombres estaban discutiendo en el salón.

Enmudecieron al ver a Germán, luego hubo un tremendo griterío, voces van y vienen, preguntas, insultos, amenazas. Joaquín dio a Germán la misma explicación que anteriormente dio a Maya.

-Dale dinero, devuélvelo a España, dijo Uriarte.

-No puedo dijo Joaquín, me acaba de contar que en nuestra Patria lo buscan por deudas de juego. Permíteme tenerlo en casa, escribiré a un juez influyente que es mi amigo y viaja a España para que pague su deuda, le daré el dinero.

-¿Y qué pasará después? preguntó Germán. No quiero que nadie se entere de su existencia, por el honor de mi hija.

-Lo mandaré a Argentina cuando sus papeles estén limpios, dijo Joaquín, por el momento deberá permanecer en esta casa.

-Los criados divulgarán todo, están por llegar.

-Diremos que es un sobrino.

-No deberá salir de la casa, fingirá estar convaleciente de una enfermedad.

A todo esto el muchacho estaba callado con una cara de víctima, de pesadumbre, que cualquiera se la creería.

Pasaron los días, Javier como se llamaba el visitante, pasaba constantemente en su habitación.

Lo que pareció muy extraño a Maya, fue que Joaquín ya no se emborrachaba en las noches, se tomaba un solo trago, y luego después de la cena se iba a acostar, aduciendo haber tenido mucho trabajo durante el día. Según le comunicó a su esposa había mandado el dinero con su amigo el Juez, a España, para que arreglara los papeles de Javier.

La joven no tenía madre, hermana, nadie a quién

preguntar, por qué su marido no tenía ninguna relación con ella. Como sabemos en aquella época se las educaba absolutamente ignorantes en el aspecto sexual, pero le parecía extraño que su esposo no la tocara, no la besara, sentía que la repudiaba.

Maya tenía la costumbre de tomar un vaso de leche antes de dormir, su abuela decía que ayudaba a combatir el insomnio y se había acostumbrado a ello.

Una noche en que despertó repentinamente, vio que su marido no estaba a su lado. Se asomó por la puerta de la habitación, era de madrugada, divisó a Joaquín saliendo sigilosamente del cuarto de Javier. Ella corrió a la cama haciéndose la dormida, pero este se quedó con la idea de que lo había visto.

Desde esa noche el hombre puso unas gotas de narcótico en la leche de Maya, quien en pocos minutos caía en un sueño profundo.

Empezó a sentirse mal, todo el día andaba soñolienta, sin deseos de comer, sin ánimos de nada. Su nana Melania estaba muy preocupada de verla adelgazar, creyó que estaba embarazada y se lo preguntó. Maya enrojeció, llorando le contó la verdad. Esta quedó horrorizada, dijo que debía poner al tanto a su padre. Como mujer experimentada le aconsejó que fingiera tomar el vaso de leche. La joven empezó a sentir terror de su marido y vaciaba el vaso en su bacinica que era de mucho uso en esos tiempos.

Así descubrió que Joaquín, cuando la creía dormida, iba al cuarto de Javier, volviendo siempre de madrugada.

Como seis meses o más debería estar el muchacho en esa casa, ya los vecinos se habían dado cuenta de su presencia, hasta que un día salió sin permiso de nadie. Esa noche al llegar, su marido supo de la escapada de

Javier, lo esperó en pie, rogándole a su esposa que se fuera a dormir.

Cuando el joven regresó, Joaquín había bebido bastante esperándolo, empezó a insultarlo, a decirle que le debía obediencia. Este le contestó que estaba cansado de él, que no era capaz de demostrar su verdadero amor, que ocultaba a quién más lo quería.

Maya escuchaba esos gritos destemplados, sumamente asustada. De pronto Joaquín le gritó al muchacho que tomara sus cosas, que se fuera de inmediato de allí. Entonces sintió que se fueron a las manos, alguien rodó por la escalera.

La joven salió de la habitación, alcanzó a ver cómo caía su esposo golpeándose la cabeza en el piso. Antes que acudiera la servidumbre, Javier la tomó de los brazos, la sacudió, la amenazó de muerte si contaba lo que había visto. Diría que Joaquín se cayó de la escalera debido a su borrachera, si no la mataría.

Estaba aterrorizada en manos de ese loco; cuando llegaron los criados, Maya llorando envió a Melania a buscar a su padre. Cuando este llegó, se abrazó a él sollozando.

Javier contó lo sucedido:

Joaquín borracho, bajó la escalera cayó y se mató.

-Ambos lo vimos, porque salimos corriendo de nuestros aposentos alcanzamos a presenciar la caída.

Estaban en la Misa de muertos, el sacerdote seguía preguntándose por qué Maya no se confesó, ni comulgó. Estaba muy intrigado, confundido conociendo tanto a la joven.

Después que todo pasó ella no se atrevió a conversar

con su padre, era tan inocente. Volvió a la casa paterna. Javier desapareció, sin despedirse.

Maya ya no daba más con su conciencia, decidiendo contarle al sacerdote lo sucedido, partió con Melania a La Iglesia.

Aconteció que ese mismo día el Juez Hormazábal fue a visitar a Germán. En un momento cualquiera la conversación cayó en Javier.

Germán le preguntó al Juez si le había arreglado los papeles en España al hijo de Joaquín.

-¿A quién? dijo el Juez.

-Al hijo de Joaquín.

-No ¿por qué? Si apenas lo conocí, ni siquiera sabía que tenía un hijo. Además acabo de llegar de la Península. Pero allá me enteré de algo terrible Germán, en realidad ese es el motivo de mi visita.

-¿Qué sucede Juez?

-Que Joaquín era homosexual, Javier no era su hijo, era su amante. Su pobre hija ha sido víctima de un engaño, ese muchacho aún se encuentra en el pueblo.

Germán estuvo a punto de sufrir un infarto. Cuando la joven volvió a casa le contó toda la verdad de lo sucedido. Ella a su vez cuando su padre le preguntó directamente si era virgen, enrojando dijo que sí, recordando las noches en que Joaquín acudía al lecho de Javier.

Padre e hija fueron a la policía acompañados del sacerdote que al fin comprendía por lo que había pasado la pobre Maya. Javier fue devuelto a España para ser juzgado.

Pasó rápidamente el tiempo. Un día llegó a la casa del Corregidor un joven que venía de parte del Juez

Hormazábal a pedir una plaza en la oficina de don Germán. Después de conversar con él y leer sus papeles de presentación este lo aceptó. Decía llamarse Francisco Vera, venía de la Península.

Maya sin pensarlo se enamoró perdidamente de él, siendo correspondida. Tanto rogó a su padre que esta vez la dejara escoger marido, que este accedió.

Se casaron con una gran fiesta, pues el matrimonio anterior se consideró nulo por no haberse consumado. Al fin la joven conoció la felicidad de sentirse querida, deseada.

Todo era alegría en ese hogar, hasta que una noche de invierno tocaron tarde a la puerta, Francisco salió a abrir con el criado. Era su hermana Manuela que venía de la Península, pues había quedado sola, según contaba, porque su marido había muerto. No se parecía en nada a su hermano. Francisco la condujo al cuarto de visitas. Y ¿saben Uds. lo que sucedió? El vaso de leche volvió a tener narcótico todas las noches.

¿Cómo se repiten las cosas, no?

Maya, la pobrecita, no estaba destinada a ser feliz.

La cartonera

Eran las cinco de la mañana, Isabel abrió los ojos recordando su realidad, debía levantarse para recolectar cartones porque tenía que alimentar a sus tres pequeños hijos. Se quedaban durmiendo mientras ella trabajaba para volver corriendo a las diez de la mañana a atenderlos, pues su vecina Herminia se hacía cargo de la venta trayéndole el dinero. Mientras se despertaba, pensó en su desgraciada vida. Nació en la pobreza, solo recordaba maltratos, soñaba con tener lo que nunca tendría. Un miedo terrible de enfrentar su miseria la envolvía al despertar. En sus momentos de más desesperación acudía a Dios, pero nunca la escuchaba. Su recuerdo, un submundo del que no podía salir, solo pensar en comer, para eso tenía que trabajar, cuando había trabajado.

Estaba sola con sus hijos, su primer compañero se fue con otra mujer antes que naciera su segundo niño, aludió que no quería más problemas, ni obligaciones; el padre del tercero, un bebé de tres meses, se lanzó a la droga, no supo más de él.

Salieron en el triciclo de Herminia, aún era de noche, hacía mucho frío, la ciudad estaba solitaria con las luces encendidas todavía, los demás dormían calientitos en sus hogares, pero ella debía sufrir todas las mañanas sin ninguna esperanza de cambiar su vida. Empezó a escarbar en la basura en la calle que a ella le correspondía, el cansancio la dominaba, se le cerraban los ojos de

sueño. Esa noche casi no durmió pues el pequeñito tosió tanto que tuvo que dedicarse por completo a él. Recién se quedaron dormidos cuando sonó el reloj.

Estaba de lo mejor en su trabajo y vio brillar en el fondo de la basura una hermosa cajita con forma de joyero. La tomó con cuidado, quiso abrirla pero estaba con llave, tanto le dio, le dio hasta que pudo hacerlo ;Tenía todo tipo de joyas! collares, anillos, pulseras, aros ¡y dinero! ¿Quién la dejaría ahí? Parecía estar escondida.

Pensó en cuánto sufría en una pieza que tenía una cama para los cuatro, ni siquiera podía ducharse, era joven, solo veintiún años, aunque aparentaba mucho más edad de la que tenía. Su cabello lo llevaba en un moño como una vieja, sus ojos cafés tenían el encanto, el brillo de la juventud. Estaba gorda de tanto comer comida chatarra, por lo barata. Su ropa era fea, remendada. ¿Qué podía hacer? Por sus hijos, se quedaría con el dinero, buscaría cómo vender las joyas, para poner un pequeño negocio de comida. Eso lo haría para arreglar la vida de sus niños, no quería que fueran tan pobres como ella, que nunca aspiraran a nada. Pero ¿cómo lo haría?

¡Herminia! Su ángel de la guarda, siempre la ayudaba, conocía mucha gente en el medio en que se movía.

Todo le resultó a las mil maravillas, después de muchos trámites puso su pequeño establecimiento para dar de comer a los trabajadores a la hora de almuerzo. A sus hijitos más grandes los inscribió en un colegio cercano. Al menor en una sala cuna.

Isabel estaba feliz, nunca habría arreglado su vida de otra manera, incluso había notado que uno de los obreros que almorzaban allí, no faltaba ningún día, mirándola con ojos de enamorado. Averiguó sobre él,

se trataba de un joven de su edad que vivía con sus padres, y era soltero. Le gustaba mucho, nunca lo vio bebido, siempre fue amable con ella. En su ignorancia daba gracias a Dios por haberla ayudado de esta forma, a pesar que era dinero mal habido.

Herminia ayudó en todo, siempre estaba a su lado. Los pobres se apoyan mucho entre ellos. Era una mujer obesa como la mayoría de las pobladoras, que vivía sola pues sus hijos, casados, hacían poco caso de su madre. Se acercó a Chabela por falta de cariño, donde la vio tan desvalida se dio cuenta que esta también la necesitaba, entonces hizo el papel de madrina de la muchacha y los niños.

En un momento en que Isabel se encontraba sirviendo un plato de comida a Juan, el objeto de su futuro amor, sintió la voz de Herminia que la llamaba. Ella tembló, aún no se sentía muy segura pues temía que la policía se apareciera a saber de dónde sacó el dinero para poner ese comedor, que era bastante bueno, pero Herminia la volvió a llamar y esta vez a remecer mientras le decía. -Ya po Chabela, te quedaste dormía de nuevo, despierta, por eso ganamos tan poco con los cartones po.

Abrió los ojos, el mundo se le cayó encima a la pobre muchacha después de su hermoso sueño, se subió al triciclo, ambas mujeres se perdieron por las calles aún iluminadas de la ciudad.

Encuentro en el metro

Como todas las mañanas Felipe salió rápido de la cama, directo a la ducha. Luego fue a prepararse un desayuno consistente en tostadas con mantequilla y café. El espejo lo detenía varios minutos, pues su apariencia era importante para él. Médico de profesión, durante dos años iba a un hospital en las mañanas y a una clínica en las tardes.

Viajaba en el Metro porque así no tenía que preocuparse por estacionamiento.

Con 29 años de edad, trigueño, ojos café claro, de porte mediano, más bien robusto que delgado, irradiaba simpatía por todos los poros.

Al entrar al tren se encontró como siempre con una multitud. Tuvo que apoyarse cerca de la puerta. Alguien lo miraba.

Una hermosa mujer de cabello rubio natural, lindos ojos grises, pálida, tomada del pasamanos le sonreía. Devolvió la sonrisa, pero no obtuvo respuesta, ella seguía estática asida del fierro.

Cuando Felipe bajó, la joven también lo hizo. Le fue imposible seguirla pues casi volaba por las escaleras. Al llegar arriba la vio desaparecer por el otro lado de la estación. Esto sucedió toda la semana, cuando trataba

de alcanzarla no era posible, tanto, que se preguntó si su estado físico estaría muy malo decidiendo continuar sus ejercicios, los que no hacía por un tiempo, porque sus turnos de noche lo agotaban.

Al lunes siguiente cuando subió al Metro allí estaba la joven tomada del pasamanos y sonriéndole. Nuevamente no pudo llegar hasta ella, parecía tener alas en los pies al subir los peldaños.

Lo tenía muy intrigado, se estaba obsesionando con ella. Durante todo el día la recordaba, era imposible sacarla de su mente. Decidió pedir sus días de permiso para abordarla.

Así lo hizo y aquella mañana al llegar a la estación de bajada, salió antes que ella del tren. Al volverse no pudo verla, pero al mirar hacia arriba, iba llegando a los últimos tramos de la escalera. Felipe echó a correr, estaba en ese momento en el Rodoviario comprando en la boletería y ella se perdió entre la gente. El joven preguntó al boleterero el destino del viaje de la muchacha, pero este no recordaba nada.

Felipe se molestó porque -¡Cómo no sabía si recién le vendió los pasajes! El hombre lo miró extrañado como si estuviera alucinando.

No quiso perder más tiempo y caminó entre el gentío en dirección a los buses. Salía en ese momento el que iba con destino a Viña del Mar. No la divisó adentro, pero en la boletería en que ella compraba, se vendían pasajes con destino a Viña.

Decidió esperar para preguntar a todos los choferes de la línea.

El día entero transcurrió sin que sacara nada en limpio, los hombres decían no conocerla. Ya estaba a punto de irse cuando un muchacho se acercó, era el auxiliar del bus que recién había llegado. -Señor dijo ¿Usted. pregunta por una joven inglesa que estaba turisteando y tuvo un accidente al llegar a Quintay? y se la describió.

Le contó que la muchacha estaba grave en el Hospital de Viña, que al bajar del bus, un auto la atropelló, de esto hacía como nueve días.

Felipe se puso pálido, no podía aceptar que la joven estuviera en ambas partes, jamás creyó en situaciones paranormales ¿Por qué habría recurrido a él? ¿Pero sería ella? Sintió un escalofrío por la espalda y palideció de miedo.

Llegó de noche a Viña y en el Hospital no lo dejaron verla, mas cuando mostró su credencial de médico se le abrieron las puertas. Estaba en la UTI inconsciente, muy grave. La reconoció de inmediato. Se emocionó tanto que se echó a llorar. La enfermera le preguntó si era pariente o su novia, dijo que su mejor amiga para justificarse, porque:

¿Quién le creería si contaba una historia tan rara que ni él la aceptaba aún?

Le dieron su dirección y teléfonos en Londres pero no contestaban, tal como le refirieron las enfermeras.

Era muy extraño que nadie se preocupara por ella. Él todavía creía que soñaba.

Dedicó sus días de permiso a cuidarla y a tratar de comunicarse con Londres, incluso acudió a la Embajada. Allí tampoco sabían nada.

Debió retornar a su trabajo, pero todas las tardes acudía a su lado, hasta que un día recuperó la conciencia y le sonrió, como si lo hubiera conocido de siempre.

-Caroline, dijo Felipe, ¿cómo te sientes? Muy mal dijo ella, pero feliz de tenerte a mi lado. En un castellano muy mal pronunciado.

-Pero si no me conoces.

-Te he soñado todo este tiempo, te indiqué el camino, dijo ella.

-¿No tienes familia?

-Sí, pero solo una hermana y está viajando por Europa, ambas acordamos apagar nuestros celulares en un relajo total, mis padres están muertos, pero nos dejaron en muy buena situación y podemos darnos muchos gustos. No sé cómo pasó, pero en mis sueños te buscaba porque sabía que tú me ayudarías y así fue.

Pasaron los días, Felipe estaba feliz con Caroline, visitándola aún en el Hospital. Una tarde que la joven dormía sonó su celular, Felipe atendió, saliendo fuera de la habitación.

-Hola tengo muchos llamados de allá, dijo una voz de mujer en inglés.

-Caroline hablará contigo, contestó Felipe.

-¿Quién?

-Caroline, repitió él.

-Imposible dijo la voz, Caroline falleció con mis padres en un accidente aéreo hace tres años. Yo soy su hermana Constance.

-¿Cómo?, dijo él.

La voz debió explicarlo nuevamente.

Felipe entró y la cama estaba vacía. No había nadie, buscó por toda la pieza y el baño, nadie; temblaba de pies a cabeza, el terror casi le hizo perder el sentido, no comprendía qué quería Caroline. Se produjo un revuelo en el Hospital, pues él explicó que se había quedado dormido y al despertar ya no estaba la muchacha. Si contaba la verdad lo tomarían por loco o lo culparían de su desaparición. Estuvo muy deprimido por mucho tiempo, se preguntaba por qué le sucedería eso tan espeluznante. Había momentos en que se le ponían los pelos de punta cuando recordaba su aventura: “por eso siempre vestía igual y haciendo los mismos movimientos”, estaba tan ciego, se dijo que no reparó en ello, se sentía enfermo cuando pensaba en Caroline, “su palidez excesiva”, un escalofrío le recorría la espalda.

Constance lo siguió llamando igualmente afectada.

Desde entonces inició una comunicación por Internet con ella con un poco de temor y desconfianza, pero después de un tiempo vino a verlo. Era muy parecida a su hermana.

Conversaron toda esa noche tratando de entender la situación e iniciaron una amistad que luego se transformó en romance que los unió para siempre.

Felipe llegó a vivir con Constance a Londres, esta le dijo: Caroline se condolió de mi soledad porque nos queríamos mucho, por eso buscó un buen hombre para mí, ahora descansará en paz.

Sonrió, mientras colocaba hermosas flores en la tumba de Caroline y besaba a Felipe.

El error de San Pedro

Han pasado muchos años desde que viví en la tierra. Recuerdo que mi alma se fue volando por un pasillo junto con otras, que no veía, pero sí percibía, hacia una luz en el fondo del corredor.

Allí estaba sentado frente a un escritorio, un anciano de larga barba blanca, con un hábito también blanco, delante de un computador. No hablaba, pero se entendía todo lo que transmitía con la mente. Me detuve ante él, me miró y accionó el aparato, lo estudió y me envió al purgatorio. Mis ojos se llenaron de lágrimas, en ese mismo momento apareció de la nada una hermosísima mujer con un halo luminoso. Escuché que le dijo:

-“Estás muy exigente, Pedro”.

Él sonrió ordenándome que me dirigiera al purgatorio. Allí tuve que ponerme en una cola de almas y lo que más me asustó fue que las vi. Estaba esperando, cuando de pronto sentí sobre mí un rosario como una cuerda, alguien me llamaba, miré a los lados y nadie de los que estaban en la cola se dio cuenta de esto, una dulce voz me dijo:

-“Trepá por el rosario”.

Era la hermosa mujer que había estado con el anciano.

Cuando llegué arriba una voz más melodiosa aún que la anterior, me hizo caer de rodillas y dijo:

-“Mamá, siempre haciéndole bromas a San Pedro”. Ambos rieron. El cielo se iluminó, ella posó su mano en mi cabeza y me bendijo:

-“Ve a gozar de la paz y el amor que te mereces”.

Le besé las manos y aquí estoy gozando de esa paz y amor.

El tiempo en este lugar no se nota, así que no sabría decir cuánto transcurrió, si meses, años, siglos, lo que sé, es que un día San Pedro me llamó. Lo encontré revisando mi ficha en el computador, con la mirada me dijo:

-“Ya es tiempo que vuelvas a la tierra”.

-“Te ruego que no, por favor, lo único que recuerdo de allá, es que se sufre mucho”.

-“Pero es el destino del ser humano -dijo- poblar la tierra. No tendrás una mala vida”.

Revisó todos mis papeles los encontró en regla y concluyó:

-“Ve de inmediato”.

Salí volando del útero de mi madre, una buena mujer en un hogar bien constituido. Era hija única y mis padres se amaban, mi niñez fue muy feliz. Había miles de adelantos científicos y tecnológicos. El ser humano había derrotado a las bacterias y virus. Solo morían de enfermedades degenerativas y accidentes.

La televisión tenía una sala especial, pues se le ordenaba el programa que deseabas ver y por ejemplo si era un concierto, los músicos salían de la pantalla virtualmente y lo tocaban como si lo estuvieras viendo en vivo. Los teléfonos eran pequeñísimos y se llevaban como anillos, eran pequeños computadores. Los autos más modernos volaban, algunos aún corrían por las calles. Los libros de papel continuaban existiendo.

Los alimentos seguían vendiéndose en los supermercados que se encontraban en inmensos malls.

Yo había hecho mi nueva vida en esta maravilla de civilización, tenía dieciocho años y era feliz.

No recordaba nada de mi vida anterior. Aquel día iba caminando en dirección a un enorme “mall” cuando tropecé con un hombre joven.

-“Perdone” dije yo, él me sujetó para que no cayera, nos miramos y nos reconocimos, ¡era mi querido hermano mayor en la otra vida! ¡Gritamos! ¡Nos abrazamos! ¡Ambos nos reconocimos! Todos nos miraban como bichos raros, la gente era muy fría, no exteriorizaba sus sentimientos. Nosotros estuvimos a punto de perder el sentido de felicidad.

Pero allá arriba hubo una verdadera explosión, si se quiere un terremoto. Dios se puso furioso con San Pedro:

-“Estás demasiado viejo –le dijo- has cometido un terrible error, has mandado dos personas de una misma generación, de una misma sangre, hermanos, a la tierra y ni siquiera te has dado cuenta, puesto que se han

encontrado y peor aun reconocido, debes arreglarlo de inmediato”.

-“Perdona Dios -dijo San Pedro- es que el computador está saliendo cada vez más complicado, deberé tomar clases para no volver a equivocarme.

-“Arregla de inmediato este asunto antes que los periodistas se enteren”, dijo Dios, y cambia tus anteojos.

Los hermanos caminaban felices, abrazados, recordando su otra vida sin poder creer lo que les sucedía, atravesaron la calle y un auto los atropelló y los mató. Ambos se fueron derecho al cielo.

Aquí Jesús nos explicó todo lo que había pasado, pero nos dijo que no lo contáramos a nadie.

En tanto, Dios pensaba si Pedro estaría bien aún para el cargo que le había designado.

Así les cuento que los seres humanos estuvieron a punto de saber lo que sucedía después de la muerte, por un error de San Pedro.

El Inquisidor

Fray Sebastián había decidido visitar la siguiente aldea lo más pronto posible. Estaba haciendo un recorrido por toda la zona. Debía dar cuenta al Santo Oficio de sus actividades con los herejes del lugar.

Era un hombre impresionante, alto, de un metro noventa más o menos, delgado, de rostro aguileño, ojos pequeños y crueles, de un intenso color verde. Ya estaba medio calvo, su pelo encanecido cubría apenas su cabeza. Su hábito negro le daba a su figura un aire aterrador. Llegó acompañado de seis soldados y su escribano. Los aldeanos estaban asustadísimos, sabían que por donde él pasaba siempre dejaba la muerte. Reunió al pequeño pueblo en la plaza. Les habló amenazante del amor a Dios, de los pecados que se cometían contra Él, les instó a decir ahí mismo las faltas y herejías en que habían caído contra “Nuestro Señor Jesucristo”. Nadie se movió, todos estaban con la frente inclinada casi sin respirar, para no ser notados por el inquisidor. Como callaran, Fray Sebastián les dio tres días para acercarse a él y su escribano, en la casa de piedra en la que tenía su escritorio. Debían acudir a contar sus pecados o los de otros, de lo contrario, si no lo hacían, escogería algunos de ellos y les daría un castigo ejemplar. Era imposible que no se hubiese atentado con sus actos, contra la Santa Iglesia. Durante esos días en la aldea casi nadie se miraba,

todos temían por sus vidas, porque ¿quién no había pecado alguna vez? ¿quién no había blasfemado? Se veían constantes colas frente a la casa de piedra, mañana y tarde, acusando al vecino, al amigo, a algún familiar, todo era anotado por el escribano; ya había algunos presos. En la tarde del tercer día, se encontraba al final de la fila una hermosa mujer de cabello negro, largo, crespo, enormes ojos castaños, tez pálida y tersa, rondaba los treinta años. Era alta, esbelta, de linda figura, su vestido era pobre pero lo llevaba con gracia. El inquisidor la miró:

-Acércate mujer, ¿qué tienes que decir? -le espetó.

Ella, altanera, contestó:

-Quiero que me devuelvas a mi hijo, ayer lo dejaste en prisión, lo acusaron de trabajar en domingo y debemos hacerlo, pues el pedazo de tierra que tenemos nos da apenas para comer y pagar los impuestos

-¡Estás loca mujer en domingo no se trabaja, es el día de Nuestro Señor!

-Pues debes devolvérmelo de inmediato, dijo ella enloquecida, e intentó lanzarse sobre el hombre para golpearlo, siendo reducida por los guardias. Lloraba, gritando con desesperación.

-¡Entrégamelo es lo único que tengo! Cuando se dio cuenta que nada sacaría con gritar, se volvió al inquisidor y con ojos llameantes, le dijo:

-Está bien, entonces te diré la verdad ¿Te acuerdas cuando dieciséis años atrás pasaste por esta misma aldea y me violaste siendo yo una niña? pues Martín

es tu hijo y yo soy Isabela, a la que sometiste a mil vejaciones. Fruto de ellas es mi querido hijo Martín. ¡Devuélvemelo de inmediato!, sollozó ella desesperada. Fray Sebastián se enfureció.

-¡No es verdad, no te creo nada mujer!

-¡Pues tráelo aquí y te probaré que es tu hijo! Para evitar el escándalo que se estaba formando, el inquisidor hizo traer al muchacho. Verdaderamente su parecido era increíble, los mismos ojos verdes pero más dulces, su rostro aguileño, solo su cabello era como el de su madre. Entonces Isabela tomó su mano derecha y se la mostró al cura, quien quedó impresionado, allí estaba la misma mancha exactamente igual a la que él poseía en el dorso de la mano. La dejó ir con su hijo, sin mostrar el menor interés en el joven. Aquella noche como todas las anteriores hubo arrestos, gritos y llantos, los soldados del Santo Oficio tuvieron mucho trabajo, porque además de preparar el patíbulo y anunciar que las ejecuciones se harían antes de salir el sol, se obligaba a los aldeanos a acudir y llevar una antorcha a la plaza. Cuando todo hubo terminado, el dolor cubrió a toda la aldea, asomaron los primeros rayos del sol, a lo lejos se vio al inquisidor y su comitiva subiendo el cerro arriba de su mula, iba muy satisfecho de haber cumplido con su cometido. Pero abajo, en la plaza, lo más impresionante que mostró la mañana fue a los diez ahorcados. Entre ellos a una mujer de pelo negro crespo con sus ojos castaños muy abiertos y a un muchacho con una mancha en su mano derecha balanceándose ambos en las sogas del patíbulo.

Aventura en el Barrio Alto

Chorizo estaba cansado de vivir en la tierra, los piedrazos, los malos tratos. Nadie lo quería. Algunas vecinas de buen corazón le daban a veces las sobras de sus pobres almuerzos, pero no siempre lo hacían. Andaba siempre muerto de hambre. Era un perro vago. Pero tenía un amigo, el Pichanga, al que le pusieron ese nombre, porque era un quiltro tan mezclado, que tenía de todo un poco. Más que perro, parecía ratón o conejo. A Chorizo lo llamaban así, porque era largo y sumamente flaco.

Un día conversando decidieron ir a probar suerte al Barrio Alto, a ver si alguien se compadecía y los adoptaba.

Se subieron a un bus del Transantiago, por atrás, pero de un solo chute los sacaron volando.

-Mira, dijo Chorizo, podríamos subirnos cuando vaya más lleno, así no nos verán.

-Pero ¿qué más lleno? argumentó Pichanga, si ya parece un saco de papas a reventar.

-Debemos irnos temprano en la mañana a la hora "picss"-dijo todo fruncido Chorizo.

Tal cual lo hicieron, cuando de pronto un veterano,

pegó un terrible chillido, porque sintió que miles de insectos le subían por las nalgas. -¡Mierda, dijo, quién tiene piojos que me los pegó!- y se agarró a combos con un gallo muy mal agestado que iba al lado suyo.

-¡Chis! no la huevís conmigo agüelo, ¿no vis que tengo la cabeza como tuna de pelá?

-¡Sí, dijo el viejo, pero también hay piojos de cuerpo!

Los quiltros se escabulleron como pudieron, entre la gente, que terminaba rascándose como si estuviera tocando la guitarra en las costillas. Empezaron a gritarle al chofer que era un flojo de porquería, que desinfectara la máquina, hasta cuándo tendrían que sufrir ellos con el Transantiago, lo huevearon de lo lindo.

Cuando bajaron del Bus los quiltros se subieron a otro, porque este era de acercamiento. Una vieja cascarrabias le pegó con el taco al Chorizo, pero este se puso furioso y le mostró los dientes, la vieja salió arrancando, a esconderse al fondo del vehículo.

De pronto vieron un hermoso parque. Cachando que habían llegado, bajaron, dejando a todos los pasajeros rascándose hasta el cogote.

Caminaban asombrados, nunca habían visto tantos árboles, pastos, flores. Tomaron agua en los jardines, porque los estaban regando. Estaban muertos de hambre, llegaron a una plaza, unos niños que jugaban les dieron dulces. Las nanas los corrieron de inmediato del lado de los críos.

-Chinas arribistas, dijo el Chorizo, no se acuerdan de

los de su clase, ya se creen pitucas las huevonas, cuando en cualquier momento les dan una patá en el potó y las mandan cambiar, estos ricachones creídos.

Caminaban asombrados, las calles estaban desiertas, silenciosas, no como en la “pobla”, donde los cabros chicos, los flytes en las esquinas cantando o “volando”, comprando o vendiendo droga, las mujeres peleando a gritos o comadreando, los quiltros ladrando, hacían un ruido infernal.

De pronto se detuvieron en una especie de placita, en un banco estaban sentadas dos nanas de uniforme, más allá cerca de unas matas, había unas perritas preciosas conversando. Eran tres. Una grande con una melena fabulosa, dorada, con un collar azul, era una afgana; otra pequeñita de cabeza rubia, también con un hermoso collar, una yorkshire, encantadora, lindísima; una poodle mediana intensamente negra, con su pelito crespo y sus pompones, con un collar rojo con incrustaciones de piedrecitas brillantes. Inmediatamente Chorizo se sintió atraído por ella.

-¡Qué hermosas son Pichanga! -dijo Chorizo- este no podía hablar, tenía los ojos y el hocico abiertos, se le caía la baba, nunca había visto algo así. Chorizo le pegó un empujón para volverlo a la realidad. Se escondieron entre las matas para escuchar.

-Si pues linda, dijo la afgana que se llamaba Cookie, me tiró tan fuerte la melena esa rota ordinaria cuando mi ama le dijo que me cepillara, que le mostré mi hermosa dentadura recién lavada para que aprendiera, me dijo -¡perra de mierda! -¿Cachai que si no es por mí no tendría trabajo esta mugrienta?

-Y yo -contó la yorkshire llamada Luly, que se caracterizaba por su mal genio, le pegué un mordisco a la Meche, cuando me lavó el traste anoche- porque se puso idiota conmigo, me dijo, -¡perra cagona!

La dulce negrita las miró comentando -no seas mala linda, la Meche tú sabes que sufre mucho, porque tiene sus hijos en Perú, la pobrecita.

-Ah claro, dijo Luly, es que a ti Amadea, te adora, porque dice que tú eres una perrita buena, pero no sabes que estas nunca la quieren a una, en cuanto pueden dan vuelta la cola y se van.

-Pero Luly, dijo Amadea ¿no preferirías tú a tus hijos?

En ese momento Cookie arrugó la nariz -¡Uf que mal olor!, huele como a quiltro de pobla, cochino y lleno de pulgas.

-Sí, es verdad, dijeron al unísono, Luly y Amadea, mirando hacia las matas, donde vieron a los dos quiltros escondidos, muertos de hambre y admiración.

Cookie, pegó un grito -¡ladrones!, dijo, y quiso arrancar. La Luly ladró furiosa.

Pero Amadea se acercó a ellos, saludándolos -Holy dijo, ¿cómo están perritos, tienen hambre? A la tarde volveremos, les traeré algo de comer.

-¡Amadea!, gritaron sus amigas, ¿no te das cuenta que pueden ser ladrones o asesinos?

-Gracias, princesita -dijo Chorizo.

-¿Cómo te llamas? Preguntó Amadea.

-Me llamo Braian -dijo Chorizo todo pituco, -¿Y tú?-
le dijo al otro quiltro. -Pichanga, contestó este.

Todas rieron con ganas.

-¡Qué nombres más divertidos! Dijeron.

Se acercaron a las matas y las pulgas saltaron, bailando la salsa, a tan hermosos pelos. En eso Pichanga paró la pata poniéndose a hacer pipí.

-Qué horror, son unos rotos mal educados, unos flytes, no saben comportarse delante de unas señoritas, dijo la Afgana.

-Córtala, Pichanga -dijo Chorizo.

-Bah, ¿que acaso aquí hay W.C para perros?

-No, dijo Cookie, pero debes aprender a respetar a unas damas.

Pararon la cola, la poca que tenían, se fueron, pero Amadea le dijo a Chorizo que volvería con comida en la tarde.

-Espera aquí mismo lindo, te traeré algo rico de comer.
-¡Amadea! Gritaron sus amigas. Se fueron rascándose como locas.

Durmieron bajo los árboles ya que hacía mucho calor.

Al atardecer, llegaron niños y perros con sus nanas, también venían las perritas. Se escondieron entre las

matas, escuchando las instrucciones que les daban a sus amigas: -Cuidado con acercarse a ningún peliento, porque después tenemos que sacarnos la mugre, lavándolas y peinándolas.

Pero ellas llevaban comida en sus hocicos, se las entregaron a los pelusas.

-Mira -dijo Cookie, ahí viene ese viejujo, con ese monstruo enorme y creído del "Calígula".

-Ay dijo la negrita, no me deja tranquila. -Chorizo dijo, sin pensarlo, si viene a echar jugo lo patearé. Pero cuando vio al manso elefante que se acercaba, le dieron ganas de "echarse el pollo" como dicen en su jerga. El dueño del gigante se sentó con las nanas, pues era un viejo verde pasado para la punta, estas se olvidaron del mundo, conversando con él.

-Esta es la mía -pensó Calígula, acercándose a molestar a Amadea, entonces se encontró con los dientes amarillos, sin lavar y el aliento de acequia de Chorizo.

-Corre tu hocico podrido enano, dijo el gigante. Chorizo le seguía mostrando los dientes y cuando el grandote le volvió el traste para abusar de la morocha, le fue a morder la cola, pero no se la encontró, porque a casi todos los perros ABC se las cortan, entonces no halló mejor cosa que morderle el poto, sin compasión. El monstruo, que era un Gran Danés, se dio vuelta emputecido, pero no contaba con Pichanga que salió en defensa de su amigo. Entre los dos le sacaron la cresta al perrazo, ya que eran los reyes de las peleas en la población, salvando así a la hermosa poodle.

Mercedes corrió, mientras Amadeíta lloraba y el elefante se iba todo rasguñado y avergonzado.

Entonces Meche los convidó a la casa, entre los refunfuños de Luly, que no quería saber nada con rotos de mierda en su hogar porque se llenarían de pulgas.

La señora se espantó cuando vio a su nana con dos quiltros inmundos, pero después que escuchó lo que Meche le contó, los envió con el chofer a la peluquería para que los bañaran, los desinfectaran y les cortaran el pelo, a ver qué resultaba de todo aquello.

Cuando volvieron, resultó que Chorizo era un hermoso terrier de pelo duro mediano y Pichanga un lindo quiltrito chileno, común, del cual se enamoró perdidamente la Luly, él también.

Se quedaron en esa casa con sus respectivas parejas. Los amos le pusieron Potoco al Chorizo y Ban ban a Pichanga.

Amadea y Potoco eran inseparables al igual que los otros dos.

Lo único que les hizo falta a ambos perros, lo único, fueron las pulgas.

Ah, me olvidaba, la Cookie se quedó con el mastodonte de Calígula.

-Holy, ¿qué te parece?, esto te lo contó la más hermosa de las perritas, una poodle-toy copuchenta, copuchenta, querida Mimi, pero no seas huevona, no se lo contís a nadie porque el Calígula que ya es amigo de los quiltros, se puede enojar y sacarme la cresta.

Chau linda

PD: Córdete las uñas para la próxima vez que nos veamos y lávate el traste, porque estabas harto hediondita cuando nos juntamos el otro día.

Tu yunta

Porota.

La Silicona

Tenía veinte años pero representaba mucho menos, vivía en una población en las afueras de Santiago, carita de niña y hermosas piernas, pero un “pecho de tabla” como decía ella lo mismo que su “trasero”, ninguna curva, y puchas que le gustaba el Jonathan.

Desde que se conocían, de cabros chicos, eran amigos inseparables, pero él pololeó muchas veces con otras y le contaba sus alegrías y penas de amores, porque a ella siempre la miró como una amiga. Ninguno de los otros cabros se fijaba en ella, les gustaban con tetas grandes y traste parado y ella no tenía nada, ni por delante, ni por detrás.

Pero ahora estaba feliz y preocupada al mismo tiempo, resulta que el Jonathan de pronto se dio cuenta de su existencia y le pidió pololeo. Ella le respondió de inmediato que sí, pero se angustió mucho porque su mayor complejo era su cuerpo.

Sabía que llegaría el momento en que él le diría que hicieran el amor y ella se moriría de vergüenza. Además se desilusionaría porque si algo se le notaba vestida, sin ropa era puro hueso, seguramente la dejaría por otra más bonita, mejor formada, más rellenita.

Estaba recién trabajando en el negocio de su papá, que era un mecánico de autos bastante conocido. Ella era la contadora.

Habló con su mamá y entre las dos decidieron que debía ponerse mamas y trasero. Para eso necesitaban plata y la mamá habló seriamente con su marido. Cinthia era hija única, por lo tanto el padre temía que tuviera problemas con esa operación que él no consideraba necesaria.

Al fin Cinthia y su madre fueron donde un conocido cirujano plástico que la operó y la dejó hermosísima.

Antes de operarse la joven le dijo a Jonathan que debía irse al campo, a cuidar a su tía Julia que estaba enferma.

Cinthia pasó la convalecencia donde su tía, estuvo allí dos meses, para reponerse y para acostumbrarse a su nuevo cuerpo, lo mismo que por el miedo y la vergüenza que sentía que su pololo la viera así. En las noches soñaba con él, sueños casi verdaderos.

En algunos sueños él la convidaba a un motel, empezaba a quitarle la ropa y a besarla; Cinthia veía mariposas de todos colores que flotaban alrededor, dejando el perfume de las flores que habían libado aquel día. La luz de la luna penetraba por la ventana y mostraba su hermoso cuerpo a medio vestir, en calzones y tacón alto, lo que la hacía más atractiva. El deseo la envolvía por completo cuando las manos de él tomaban sus senos y apretaban sus pezones besándolos y succionándolos, mordiéndolos. La llenaba de gozo ver su rostro excitado, apegando su cuerpo al suyo y notar la enorme diferencia que había entre los dos. Cada vez se convencía más que estaba bien lo que había hecho. Se sentía culpable por tener sueños tan eróticos que la hacían llegar al clímax, pero pensaba que los tenía con su amor, por eso no debía sentir culpa.

A veces él era rudo, otras inmensamente suave y romántico, besaba cada parte de su piel encendiéndola con caricias imposibles de describir. Otras, la penetraba bruscamente haciéndola gritar, entonces se sentía totalmente dominada por él, y sus fluidos lo hacían a Jonathan tan feliz que le decía que su amor era único, pues el cielo nunca sería tan hermoso como ese momento en que ella estaba en éxtasis.

Mientras esperaba volver, llegó a la casa de la tía un joven de la ciudad, que venía a trabajar por un tiempo en el fundo de doña Julia, pues era ingeniero agrónomo y la señora había decidido dejar una inmensa cantidad de terreno para plantar árboles. Este profesional se encargaría de estudiar el suelo, los árboles que más convenían y dirigir a los trabajadores en el momento de la plantación.

Se fueron conociendo con Cinthia y esta fue atrasando cada vez más la vuelta a casa, hasta que debió volver, llevando en la retina al joven agrónomo que había quedado encantado con ella.

Aquella tarde ya en su hogar, se encontraba bastante confundida, se vería con Jonathan. Su madre y su padre la habían hallado muy hermosa. Ella no se había dejado ver nada más que por ellos, por nadie más, ni por sus amigas, quería que fuese Jonathan el que la viera primero. Este la llamó por teléfono, convidándola a tomar una cerveza y un completo al Club. Ella aceptó.

La estaba esperando en la puerta, Cinthia iba con abrigo pues hacía mucho frío. Se sentaron, él pidió lo que se servirían, luego la invitó, besándola apasionadamente, a que fueran a un motel. La joven dudó, mas luego ante

la insistencia de él, decidió que iría, que debía darle esa felicidad a su amor.

-Quítate el abrigo -dijo Jonathan, mientras él también lo hacía. Cuando la muchacha se puso de pie y se quitó el abrigo, todos los hombres miraron y silbaron de admiración. Cinthia se sentó rápidamente, Jonathan sonrió, no había reparado en nada.

Le preguntó por su tía, ella por su trabajo, mientras los nervios se la comían.

Terminaron su completo y se fueron al motel, al salir, los hombres volvieron a silbar, pero ella ya estaba cubierta por el abrigo.

Ya en el motel, al quitárselo, Jonathan la miró. Cinthia solo sonrió, y entonces él se enfureció, le dijo que no quería nada con ella, que la amaba tal cual era, que nunca le habían gustado las mentiras, ni las mujeres de silicona, y saliendo de la pieza dio un fuerte portazo, mientras Cinthia lloraba desconsolada.

Al día siguiente después de hablar con sus padres, éstos le dijeron que fuera a pasar la pena donde tía Julia.

Ella le contó a su tía lo sucedido y esta le dijo: -los hombres son como niños m'hijita, ya se le pasará.

-Se le pasará tía, pero a mí no -dijo la joven.

Cuando Cinthia ya estaba calmada, pensando volver, llegó Gustavo el Ingeniero agrónomo, volvía a la tarea de plantar los árboles.

Le pidió que no se fuera aún, que estuviera con él un tiempo, para que viera lo linda que era la naturaleza, que la conocería con él.

Así Cinthia cumplió sus sueños eróticos con Gustavo, a quien no le importaba que tuviera silicona en su cuerpo, porque la amaba de cualquier manera y entre el erotismo y la naturaleza vivieron felices y comieron perdices.

El clon

Corría el año 2200. La Ciencia y la Tecnología estaban muy avanzadas, tanto que cuando nacía un bebé, lo clonaban de inmediato. Pero solo lo hacían los que tenían dinero, porque siempre existían enormes diferencias sociales. Había que pagar muy caro para producirlo, después para mantenerlo durante el resto de la vida del ser verdadero.

Estos clones estaban en un lugar habilitado para ello, con un ambiente especial, totalmente aséptico, para que no se infectaran, ni sufrieran enfermedades. Claro que cuando el “gemelo” llamémosle así, tenía un mal difícil de descubrir, eran sometidos a cientos de estudios, para encontrar la causa de la enfermedad que lo atacaba. Se alimentaban de productos sintéticos, reducidos a pastillas y grageas, como vitaminas, minerales, proteínas, albúminas, etc. No hablaban, porque como sabemos el idioma se aprende por imitación y ellos vivían en unas salas oscuras, sin que nadie les dirigiera la palabra, vestidos con un delantal blanco con el nombre de su mellizo.

Algunas horas del día se encendían luces que imitaban al sol, para tener los rayos necesarios para la vida.

Muchos de ellos se encontraban mutilados, cubiertos de parches, carentes de brazos, piernas u ojos, otros

habían tenido la suerte de que aún no los requirieran sus gemelos, los importantes, los que vivían una vida normal, que eran queridos, que se comunicaban, reían, lloraban, comían, en fin, los que tenían una existencia como Dios manda.

En esta época los infantes eran precoces, a los 6 meses hablaban, caminaban, pero lo más importante, razonaban.

Se les mantenía oculto lo más que se podía la existencia del clon, pero generalmente se enteraban por los otros niños, o en su primera enfermedad o accidente grave. En todo caso más los movía la curiosidad que los sentimientos, porque entre ellos predominaba el egoísmo, la maldad, la indiferencia por el prójimo.

En la tarde de aquel día del futuro, nació en el seno de una familia riquísima una hermosa niña, que fue clonada de inmediato. Le pusieron por nombre Varinia. Su padre, Peruggio, era un hombre cruel, odiado por todos, no tenía piedad por nadie, desempeñaba un alto cargo en el gobierno, a consecuencia de lo cual ejercía mucho poder. Cuando la gente acudía a él pidiéndole favores, debido a su extrema pobreza, no los recibía, pero si lo hacía era para humillarlos.

Varinia era su única hija, pues Petronia no quiso tener más niños, su carácter era muy parecido a su marido. La niña significaba para ellos su mayor tesoro.

Peruggio consciente de sus muchos enemigos, no recordaba que tenía uno implacable, que lo odiaba con todo su corazón. Este era Marcel, el cuidador jefe del "Clonario".

La esposa de Marcel había dado a luz un hijo, antes que naciera Varinia, entonces este acudió a Peruggio, para que lo ayudara por medio del Estado, para clonar al niño. El cruel hombre le contestó riendo:

-¿Cómo lo mantendrías?

-Ese es el favor que te pido, tú no tienes hijos, pero si luego los tuvieras nada te costaría mantenerme un clon.

-¡Vete estúpido! -gritó Peruggio, ¡esto te costará caro!

Pero aunque se olvidó del asunto, cuando nació Varinia, Marcel lo tuvo muy presente.

Cuando la niña cumplió un año, Marcel le pidió a un robot amigo, especialista en cerraduras, que raptara a Varinia para cambiarla por su clon.

No se notó la suplantación porque el cuidador jefe del "Clonario" le había enseñado a hablar, mostrándole videos de los futuros padres que tendría. La vida familiar siguió como siempre. Varinia chilló, gritando desesperadamente que ella era la verdadera, cuando llegó junto a los demás desgraciados compañeros de encierro, de penurias, pero nadie le hizo caso porque estaban en manos de guardias mudos. Solo Marcel se comunicaba con los clones, llamándolos cuando eran queridos por sus respectivos gemelos.

Un día que el clon Varinia estaba con su nodriza robot, jugando en el jardín con su perro Doggie, que tampoco notó el cambio, porque los clones son idénticos, con el

mismo olor, el animal saltó sobre ella golpeándole un ojo con su pata, hiriéndola gravemente. El robot empezó a sonar, apareció la madre llamando al oftalmólogo, quien después de múltiples exámenes y reuniones clínicas con otros colegas, llegó a la conclusión que el ojo estaba perdido, por lo tanto había que acudir al clon.

Cuando los niños eran muy pequeños se evitaba en lo posible, tomar determinaciones tan drásticas, porque podrían ocurrir situaciones graves a lo largo de la vida, pero no se encontró otra solución, debieron acudir al “Clonario” a buscar a Varinia 1. Todos los clones corrieron llorando, cuando vieron aparecer a Marcel con los médicos, pues no sabían cuál de ellos sería mutilado.

Varinia 1 se defendió desesperadamente, gritando que ella era la verdadera, pero igual se la puso en la mesa de operaciones, extirpando su ojo para ponérselo a su hermana, el clon. Los médicos quedaron extrañados, nunca un clon había hablado tan claramente, contando una historia que culpaba a Marcel.

Cuando se lo dijeron a Peruggio, este entró a verla, entonces ella le dijo:

-Padre, lo que hacéis está contra los designios de Dios, vosotros todos sois unos malvados, Marcel me cambió al año, ya tengo cinco, me dejásteis sin un ojo cuando yo también soy tu hija, el clonar a las personas es inhumano. Lo que tenéis en casa es mi clon, pero eso no quita que sufre, que ya que le disteis la vida, igual que a todos estos clones, no podéis mutilarlos, ni dañarlos, porque tienen los mismos derechos y necesidades que tenemos nosotros.

Peruggio la tomó en brazos llevándola a su hogar, pero no pudo deshacerse del clon porque la amaba, como amaba a esta niña tan sabia, que era su verdadera hija.

Tomando una superpistola subió al automóvil manejado por un robot chofer, dirigiéndose al “Clonario”, dispuesto a matar a Marcel, al verlo todos los clones le tendieron los brazos llorando, pues Varinia 1 los había transformado en verdaderos seres racionales. Entonces, allí mismo, como no podía ir contra el orden establecido, se disparó un balazo en la sien, pues su hija lo había sensibilizado.

Inmediatamente los carceleros, ubicaron a su clon, que huía aterrorizado, dándole muerte.

La villana

Gwendoline era una villana, vivía con su padre, en las tierras de su señor, el Conde de Landry. Este no la había visto nunca, pues Walter la mantenía oculta porque siendo tan hermosa como un rayo de sol, pelo rubio, ojos de un azul intenso, tez blanca, habría caído ya en los brazos del amo. Entonces su querida niña, de quince años, no estaría con él. Su mujer murió al darla a luz, siendo criada por la tía Ada. Todos creían que la muchacha era fea o deforme, porque nunca salía de su pobre rancho, por la prohibición del padre. Este decidió casarla pronto para que no fuera objeto de la lascivia de los señores. Ada le hizo un vestido blanco, de un tosco género de saco, adornó su cabello con flores silvestres, abrigando sus pies con la piel del cordero más albo que encontró. Con esos simples atavíos, parecía una reina, siendo inocente como una niña. Tiritaba de miedo, mientras llevaba en las manos unas margaritas recién cortadas.

Toda la villa se preparó para la fiesta, a pesar que Walter quiso mantenerlo en el mayor secreto, pero no fue posible, por los anuncios en la Capilla del lugar.

Sir Landry se había ausentado por varios meses, por eso el padre de Gwendoline escogió aquel instante para llevar a efecto la boda de su hija con su mejor amigo, Wilfredo. Un hombre de cuarenta y cinco años,

considerado un viejo en esos tiempos. No era feo. Estaba arruinado por el duro trabajo, por las miserias que sufrían los pobres en aquella época, porque casi todo lo que producían debían entregarlo al señor. Tenía sus dientes podridos como todas las personas de su edad, incluso más jóvenes y se destacaba por su bondad.

Los músicos del lugar trajeron sus rústicos instrumentos, Walter mató dos corderos, los demás aportaron tres toneles de vino.

El cura se presentó al mediodía para casarlos, todos estaban expectantes ya que las escasas veces que la divisaron, se cubría con un manto negro. Solo Wilfredo y el sacerdote sabían la verdad, porque este último la confesaba, dándole la comunión.

Al iniciarse la ceremonia a campo abierto, apareció la joven del brazo de su padre, con un velo blanco, hecho de saco harinero, desgastado por las mujeres de la villa, cubriéndole el rostro. Alta, delgada, con una gracia innata al caminar, al llegar al pequeño altar, donde se encontraba el sacerdote, tendió su mano para ser recibida por el novio.

Una vez casados, Wilfredo le quitó el velo, quedando prendado de su hermosura. El cabello ondulado de un rubio brillante le llegaba a la cintura, su belleza sorprendió a los aldeanos. Walter dio la orden de iniciar la fiesta. Empezó la música, el olor de los corderos asándose, abrió el apetito, aumentando los deseos de divertirse.

Ella danzaba siguiendo el ritmo solamente, pues nunca lo había hecho, y solo bailó con su esposo.

La alegría inundó el lugar, los siervos muy pocas veces podían darse este gusto.

El sacerdote fue quien les consiguió el permiso. El mayordomo de sir Landry, de nombre Luc, los autorizó si lo convidaban, lo que no gustó mucho a Walter, pero debió aceptar.

Inmediatamente, Luc mandó un mensajero para avisar a su amo, pero no comentó con nadie dicha diligencia.

El baile estaba en lo mejor, cuando divisaron cuatro jinetes que venían bajando del castillo a toda velocidad.

-¿Qué sucede aquí?, dijo sir Henry, primo del señor de las tierras. El Conde Manfredo recién ha llegado, mas no os encuentra trabajando.

Walter y Wilfredo temieron por Gwendoline. El sacerdote explicó que se celebraba el matrimonio de una doncella, que tenían permiso del mayordomo. Este se encontraba borracho como cuba, no pudiendo confirmarlo.

-¡Ah, sí, entonces mi señor reclama su derecho a pernada- acto seguido se abalanzó sobre la joven, subiéndola al caballo.

-¡La tendréis mañana en la mañana, si así lo estima mi señor!

-¡Padre, padre! ¡Sálvame! -gritaba la niña, que no entendía nada de lo que sucedía.

La fiesta continuó, Walter y Wilfredo, se retiraron a beber para pasar la pena.

Al llegar al castillo, llevaron a Gwendoline a un enorme dormitorio, hermoso, elegante. Ella estaba deslumbrada, a pesar de su temor. Nunca había visto cortinas, alfombras, ni camas con dosel. Esperó los acontecimientos. Estuvo cerca de una hora llorando, tiritando de miedo. Luego se sentó en un enorme sofá, quedándose dormida por la tensión del día.

Así la encontró el conde, vestida de blanco, con el cabello salpicado de pequeñas flores adornando su rostro, durmiendo apaciblemente. Venía con un siervo, que encendió las velas de la habitación. Pero ella no despertó. Él despidió al criado, corrió el dosel, sentándose en la cama a contemplarla ¡Qué hermosa era!

Cuando ella abrió los ojos, quiso huir, pero él le habló dulcemente.

-No temáis, dijo. No os haré daño, solo os amaré.

Era un hombre tierno, que al ver aquella muchachita tan frágil, se portó como el más gentil de los hombres. La amó con delicadeza, teniendo en cuenta su condición de virgen. Ella no se resistió, se enamoró de ese hombre que no olía a estiércol, ni a cerdo, cuyo perfume propio, era distinto a los que siempre había sentido en la villa. Se prendó de sus ojos azules, de su cabello rubio, de su cuerpo hermoso, de sus manos acariciantes. Esa fue la noche más intensa, más hermosa que había vivido hasta ahora.

Al amanecer, Sir Henry tocó la puerta:

-Excelencia, dijo, debéis devolver a la muchacha.

-Retiraos, me quedaré con ella por varios días.

-Pero señor, Fray Boniface está aquí con su padre.

-Decidles que vengan a buscarla a fin de semana, dijo Manfredo, no quiero oír más.

-Escuchad mi señor, insistió sir Henry, Fray Boniface insiste en hablar con vos.

¡Es urgente, mi señor!

-Os ordeno que me dejéis tranquilo.

Ellos se retiraron.

Gwendoline y Manfredo se amaron sin notar el paso del tiempo.

Él nunca había sido más feliz, estaba verdaderamente enamorado. Ni siquiera se acordaba que tenía esposa e hijos, pues éstos tenían prohibido ir a verlo sin anunciarse. Cuando él deseaba a su esposa, acudía a los aposentos de ella.

Ahora había un comidillo de rumores en el Castillo y en la Villa.

Nunca sir Landry había permanecido tanto tiempo con una mujer. Siempre estaba preocupado de defender, de agrandar sus tierras, en escaramuzas con los otros señores.

La amaba, tanto como ella a él. Todas las mañanas, el sacerdote con Walter acudían a buscar a la muchacha, pero él siempre se negaba. No querían separarse.

A través de la puerta, la joven le pidió a su padre que la dejara allí.

-Hija, entiende que no podéis, él es casado y vos también. Nuestro Señor Jesús os castigará por lo que hacéis.

-Lo amo padre, dijo Gwendoline.

-Mirad, dijo él sollozando, si el señor conde, después de conversar conmigo, aún quiere quedarse con vos, no os molestaré más.

El conde salió a conversar con él. Demoró mucho rato, ella temblaba ante el temor de perderlo.

Cuando Manfredo volvió, venía pálido, tomándola de los hombros le dijo:

-Lo nuestro no será posible. Nosotros nos quemaremos en el infierno, ambos somos casados, pero eso no me importaría, la desgracia es que ¡somos hermanos!

Dice Walter, que mi padre, poseyó a tu madre en el derecho a pernada. Quedó encinta, él nunca la tocó. Al nacer vos, ella murió. Debido a eso está cierto que vos sois hija de mi progenitor.

Miradme, nuestro cabello, nuestros ojos, nuestra tez, somos iguales. Ambos se abrazaron y lloraron.

Manfredo mirándola a los ojos, tomó su cuchillo de caza enterrándoselo en pleno corazón. La tendió en el lecho, besándola por última vez. Apoyando su espada en el suelo, se dejó caer sobre ella, su enorme filo apareció por su espalda, derrumbándose en la cama, junto a la joven.

Así los encontraron cuando abrieron la puerta. Su amor fue verdadero, no pudieron resistir la terrible verdad.

Cuando Walter lo supo, le comentó a Wilfredo.

-Antes muerta que entregársela a él. Su padre me quitó a mi esposa por el maldito derecho a pernada, ella era tan hermosa como una flor. Cuando volvió a mí, no estaba encinta, pero nunca me conformé con este abuso de los señores. Mentí, estoy seguro que mi hija era mía, porque nació después de dos años de matrimonio, físicamente era igual a su madre.

Su amigo lo miró espantado, preguntándole:

-¿Por qué Fray Boniface no dijo nada?

-Llegó después del nacimiento de Gwendoline, a estas tierras, igual que vos.

Wilfredo y Walter, entraron a un Monasterio por el resto de sus días.

Los amigos

Robert y Max se conocieron de pequeños en un lujoso colegio de U S A, ubicado en Washington DC. Robert era norteamericano, Max alemán. Este último, hijo de un diplomático. Tenían cinco años, se hicieron inseparables, prácticamente crecieron juntos. Sus padres también llegaron a ser amigos, debido a la gran afinidad de los niños.

Compartieron su niñez, su adolescencia, con ello, sus penas y alegrías. Se contaron sus aspiraciones, sus primeros amores, respetando siempre a la chica, del cual el otro, estaba enamorado. Se convirtieron en dos hermosos jóvenes, el alemán muy rubio, alto. El yanqui, un poco más bajo y de cabello castaño, ambos de ojos claros.

Para la graduación, se hizo una gran fiesta en el colegio. Cuando ambos se preparaban para entrar a la Universidad, el padre de Max fue llamado a Alemania debido a los acontecimientos mundiales. Corría el año 1912.

Lloraron al separarse, tenían 16 años, aires de guerra corrían en el ambiente, no podrían ni siquiera visitarse.

A un principio Max escribía a menudo, lo mismo Robert, pero de a poco, las cartas se fueron distanciando.

Debido a la guerra, la correspondencia se hizo cada vez más difícil. Lo último que supo Robert, fue que Max se alistó en el ejército, su carta era muy, muy triste. Luego, aunque Bob siguió escribiendo, no obtuvo respuesta.

Cuando alrededor del año 1917, los norteamericanos entraron a la guerra, el joven debió alistarse. Era la Primera Guerra Mundial, conocida como la guerra de trincheras. Como oficial, quedó al mando de un grupo de soldados.

En una ocasión en que habían resistido todo el día en esos horribles hoyos, hechos por ellos mismos, a un batallón alemán que poseía el gran cañón Bertha, que era prácticamente invencible, se produjo el toque de tregua de Navidad. Como esta era una guerra de caballeros, salieron alemanes y norteamericanos, al grito de ¡Alto el fuego! Se abrazaron deseándose una feliz Navidad, compartiendo botellas de champaña, para celebrar el nacimiento de Jesús. Reían y bebían alegremente, olvidándose de las terribles circunstancias que estaban viviendo.

De pronto Robert distinguió entre las otras, una voz amiga, de un alemán que hablaba perfecto el yanqui, reconociendo a Max. Fue una alegría inmensa para ambos, se abrazaron emocionados, lloraron, se preguntaron por sus familias, bebieron, rieron, recordaron su niñez y adolescencia, cantaron canciones que solo ellos conocían, por último hablaron de la terrible guerra.

Cuando terminó la tregua se despidieron llorando.

Ambos bandos volvieron a sus trincheras, los alemanes devastaron a los norteamericanos con su gran cañón.

El único que quedó vivo, a pesar de ser valiente y aguerrido, fue Bob. Pero estaba herido en una pierna, las ratas pasaban sobre él y sus compañeros muertos. Permanecía casi enterrado en el barro, no sabía si Max continuaba con vida, su única esperanza era él.

Max seguía al mando de sus hombres, dio la orden de tirar bengalas, para alumbrar las trincheras enemigas con el fin de descubrir soldados vivos, para rematarlos.

Sus órdenes eran “Exterminar a todos, ningún prisionero”.

De pronto vio a un oficial que se movía entre los muertos y reconoció a Robert.

-Max, ayúdame por favor, suplicó este, con un suspiro de alivio, estoy herido.

Max lo observó fríamente durante un instante, luego dijo con voz de hierro en idioma alemán:

-Lo siento Herr Oficial, la guerra es la guerra. Ud. es mi enemigo. Levantó el brazo, mientras Bob lo observaba horrorizado. Apuntándole con su pistola, le dio un balazo certero en medio de la frente. Robert murió en forma instantánea.

Entonces hizo un saludo militar con todo su batallón, prosiguiendo la marcha.

Flor de durazno

Preciosa como una muñequita de cera, pequeñita, de casi seis años, Flor de Durazno se encontraba sentada en un banco del jardín de la hermosa mansión de su padre un noble Manshú. Su carita pálida, de ojos rasgados y oscuros como aceituna y de boquita roja como cereza, enmarcada por dos gruesas trenzas intensamente negras que caían sobre sus hombros, denotaba tristeza. A su lado, su hermana Luna Azul, pronta a cumplir los siete años, bonita, pero nunca tanto como Flor de Durazno, también sufría.

Ambas lloraban en silencio, en tres días más sería el cumpleaños de la mayor y le vendarían sus pies, pues si no lo hicieran, ningún hombre la aceptaría como esposa. Desde la cuna estaban comprometidas, pero este requisito era necesario como un signo de nobleza y hermosura.

Ya no podrían correr por los puentes de ese hermoso jardín, ni esconderse para jugar como todos los niños entre los macizos de peonías y de rosas. No se sentarían más en los bordes de las diferentes lagunas para mojar sus pies en los días de intenso calor.

¡Cómo habían saltado y reído escondiéndose de sus criadas, que no las dejaban ni a sol ni a sombra!

Una vez vendada Luna Azul debería permanecer en

su cuarto por dos años, y cada vez le tensarían más las vendas para conseguir que sus pies fueran tan pequeños como los de un bebé. Todo el peso de su cuerpo debía quedar en el dedo gordo ya que el resto era doblado hacia el talón. Si se conseguía un vendaje perfecto, el pie tendría la forma de un capullo de loto.

A una señal de la más pequeña, las niñas salieron corriendo para ocultarse de sus criadas, hacia una madriguera abandonada por algún animal mucho tiempo atrás, que se encontraba bajo el puente de la laguna verde, y poder tramar un plan. Siempre se ocultaban allí y las siervas nunca las encontraban hasta que las pequeñas decidían salir, sin que las descubrieran.

Su inocencia las hacía creer que podrían desligarse de aquella terrible tradición.

Acordaron que esa noche Flor de Durazno fingiría tener fuertes dolores de estómago y cuando sus cuidadoras fueran por ayuda, Luna Azul se escondería en la madriguera, mientras Flor de Durazno pondría una almohada en la cama de su hermana, que reemplazaría su cuerpo.

Todo sucedió como lo planearon y a la mañana siguiente se descubrió la desaparición de la niña.

Por orden del padre, Flor de Durazno debió acudir a sus aposentos, tiritaba de miedo pues lo veía muy pocas veces. Después de ser duramente castigada, debió decir la verdad. Se prohibió terminantemente que se comentara el asunto, pues si llegaba a los oídos de la familia del novio que la muchachita había permanecido sola en el jardín una noche entera, ni él, ni nadie, se casaría con ella.

A las niñas no les permitieron verse más. Flor de Durazno se enteró, por las criadas, del vendaje de pies de Luna Azul y al mes después de esta ceremonia supo que su hermana había muerto. Se produjo una terrible infección y a pesar de la riqueza de su padre no fue posible salvarla.

Flor de Durazno cayó en una tristeza indescriptible, se negaba a comer, no quería ver a nadie, ni siquiera a su madre. Esta la consolaba a pesar de su pena, pues Luna Azul también era hija suya, e intentaba convencerla que los espíritus se la habían llevado porque era una niña de otro mundo, por su bondad. Pero además de dolor, la pequeña tenía mucho miedo, nunca imaginó que por ese vendaje se podía morir.

Mucho habían preparado a las niñas para este instante las mujeres mayores, pero las criadas se habían encargado de contarles que era doloroso, y que miraran a sus madres que apenas podían caminar. A causa de eso las pequeñas no habían aceptado aquella tradición.

Corrió el tiempo y se acercaba el día de la ceremonia en la cual se empezarían a reducir los pies de Flor de Durazno, quien cada vez recordaba con más pena a su hermanita. Estaba segura que moriría igual que ella, se sentía prisionera en una cárcel sin su compañía. Ya no corría por el jardín, ni buscaba pajarillos entre los árboles. No adornaba con flores su cabello para hacer relucir su rostro. Estaba segura que algo espantoso sucedería.

Tan metida estaba en sí misma y en su angustia, que no se percató de los movimientos y murmullos de inquietud que se desplazaban por la mansión, de lo

que se comentaba en todas partes. Esa noche la niña estaba en su cama, pero no dormía, eso sí se dio cuenta que los siervos cuidaban todas las entradas de la casa, pero ella tenía en su mente solo sus pies.

De pronto se sintieron fuertes golpes en las puertas, los criados traicionaron a su amo y abrieron. Entonces se inició la matanza, disparos y sablazos por todas partes. Flor de Durazno corrió a refugiarse en la madriguera de la laguna. Allí permaneció sollozando, temblando de miedo, mientras exterminaban a su familia, apoderándose de todo, esos crueles soldados.

Se mantuvo oculta un día entero, luego se escapó hacia los bosques, corrió, corrió, vagando de un lado a otro con el fin de salvar su vida. Había perdido a todos sus seres queridos, sus ojos se nublaban por el llanto.

En lo alto de unos árboles sintió cantar unos pajarillos y recordó su jardín y su ansiedad.

Bajó la vista y miró sus pies, ¡eran normales!, pero para ello debió perderlo todo, sus padres, sus seres queridos, todo, absolutamente todo. Pero sus pies ¡eran normales! Había oído decir que aquellos soldados representaban a un gobierno que impedía que se llevara a efecto la tortura de los pies, sollozando por la pérdida de su familia pero feliz porque sería normal, la pequeña niña agradeció a sus dioses y a la hermosa naturaleza que la rodeaba.

El cinturón de castidad

Sir Cedric mirando a su hija Maribella que bordaba junto a la ventana de la enorme habitación del castillo, dijo a su mujer:

-Es muy hermosa, voy a casarla.

-¡No! , dijo doña Catalina ¡es demasiado joven!

-Cómo demasiado joven, ¿acaso no cumplió ayer quince años?, vos os casasteis a los catorce. Lord Bonifacio me la pidió ayer, necesito unirme a él, para estar preparado frente al barón Richard y sus secuaces.

Catalina suspiró, en el matrimonio había engordado, pues tenía ya diez hijos, treinta y cuatro años y según pensaba llevaba otro en su seno.

¡Pobre hija suya, se casaría con un viejo que podría ser su abuelo! Sin que ella pudiera hacer nada, el marido era el amo de la casa.

-Mujer, dijo Sir Cedric, vuestra labor es convencerla porque no quiero berrinches. Está decidido, la boda es en dos semanas más.

Así fue, por más que Maribella suplicó llorando de rodillas a su padre, tuvo que obedecer.

Lord Bonifacio, viudo, era un hombre viejo, desgastado

por las batallas. Tenía hijos grandes, que formaron sus propios hogares con la herencia que les dio en vida su padre, más las continuas guerrillas con otros caballeros feudales. A sus sesenta y cinco años estaba lleno de cicatrices, usaba bastón, por un reumatismo que lo aquejaba. Le era muy conveniente este matrimonio, los señores se unían para defender sus posesiones, viviendo en continuas guerras entre ellos. La alianza con Sir Cedric sería para él muy provechosa.

La noche de bodas fue un suplicio para la niña, el viejo era más que potente todavía, portándose brutalmente con la muchacha, la cual sufrió lo indecible, pues no respetó su condición de doncella.

A los nueve meses Maribella tuvo una hermosa bebita, después de tres días de sufrimiento, sin poder ver a sus padres, porque el monstruo de su marido la tenía encerrada, tratándola como una esclava.

El viejo se enfureció cuando nació la niña, en aquella época siempre deseaban varones, estuvo a punto de golpearla si sus otros hijos que estaban presentes no la hubieran defendido.

En cuanto pudo se puso a la tarea de tener un niño, para eso mantuvo cautiva en su habitación a la muchacha, entraba solo para poseerla.

Maribella nunca creyó que podría odiar a nadie en su vida, mas a este hombre lo detestaba con toda su alma. Pedía perdón a Dios por ello.

Entre la servidumbre todos captaban lo que ocurría, pero también vivían aterrorizados por el Señor del

castillo. Solo un hermoso joven de la edad de Maribella, llamado Julián, uno de los diez hijos del herrero, que cuidaba los caballos y participaba en la limpieza del castillo, se desesperaba por ayudarla, pero no encontraba la forma, porque Manfredo el hombre de confianza de Bonifacio, estaba siempre como carcelero en la puerta del dormitorio, con las llaves de la habitación.

Un día el Lord anunció a la muchacha que en dos semanas más partiría en la próxima Cruzada con su padre, Sir Cedric. Ella suplicó que la dejara verlo, se negó rotundamente, entonces la joven dijo:

-Estoy esperando un hijo mi señor, como regalo ¿me dejaríais ver a mi madre?

-¡Si nace hombre, sí! ¡En caso contrario, no! Pero habéis de saber mujer, que mientras yo esté en la Cruzada, vos usaréis un cinturón de castidad.

-¿Qué es eso? preguntó Maribella.

-Ya lo veréis contestó el malvado, riendo.

Cuando salió de la habitación la nodriza explicó a la muchacha lo que era, le dijo que debía avisar a su madre, pues aquello significaba una muerte segura. Los hombres demoraban años en volver de las Cruzadas o no volvían nunca, pues eran muertos por los sarracenos. Las mujeres que quedaban con el cinturón, morían a los dos o tres meses de unas fiebres malignas. ¿Cómo iba a soportar ella esos fierros, si su cuerpo iría creciendo al crecer el niño?

Cada vez que el viejo entraba, Maribella le suplicaba de rodillas que no la dejara con ese horrible aparato,

pero este se burlaba, insultándola, hasta la golpeaba, pues según él quería quedar libre, para engañarlo.

Hasta que un día gritó:

- ¡Si seguís molestando, os quitaré a vuestra hija!

Todo se escuchaba dentro del castillo, Julián que adoraba a Maribella ya no soportaba más.

Fue a la mísera casita de su padre a preguntarle si estaba haciendo un cinturón de castidad para la joven.

- Sí, dijo este ¡tú no te metas en nada!

Desde entonces el joven iba cada vez que podía por allí, entrando a la Herrería cuando su padre no estaba.

Llegó el terrible día, Bonifacio puso el cinturón a la muchacha. Una tortura de hierro cerrada por un candado con llave, la cual se guardó, burlándose.

-Hasta la vuelta. Si es que vuelvo. Si es que os encuentro. Salió riéndose.

La joven quedó destrozada, apenas podía caminar, los criados estaban muy apenados, pero no podían hacer nada.

Adina la nodriza, también fue nodriza de Maribella, la adoraba, ya no podía más viéndola sufrir, pero ambas estaban custodiadas por Manfredo.

Como Dios se apiada de las criaturas que sufren injustamente quiso que el guardián tan cruel como el amo cayera enfermo y muriera repentinamente,

reemplazándolo Julián. Entró en la habitación con su hermoso rostro iluminado por una bella sonrisa, sus ojos cafés tan claros que casi se veían amarillos, brillantes de alegría, se inclinó ante la joven diciéndole:

-Señora, perdonad, pero os traigo la solución. Sacó de su bolsillo una tosca llave que copió de la otra en la herrería, no tan bien hecha ni pulida, pero que sirvió para abrir el candado. Fue un alivio inmediato Maribella estuvo a punto de besarlo. Nunca se había fijado en él, pero ahora vio lo hermoso que era: su pelo rubio, ondulado, alto, pobremente vestido, tan tierno que se hacía querible.

-Ahora, dijo Maribella tomando el cinturón, lo esconderemos. No nos queda más que rezar para que no vuelva nunca más.

A los pocos días un mensajero de Sir Cedric, que se había condolido de su hija, llegó al castillo enviado por él. Contó que en el camino, el viejo había botado la llave en un arranque de rabia. Su Señor, Sir Cedric, le avisaba para que se quitara eso como pudiera. Luego de ser atendido en la cocina, durmió unas horas. Antes de partir explicó a Julián a qué altura del camino, había Bonifacio lanzado lejos el objeto más preciado de Maribella. Después se marchó tras su Señor.

Corrieron rápido los años, Catalina podía ver a su hija y nietos, todo era paz en el lugar, Maribella y Julián se adoraban con los ojos. El muchacho se convirtió en un hombre, manejaba el lugar defendiéndolo de los acechos de ladrones y señores que no habían ido a la Cruzada. Tomó fama de valiente, y los hombres que dirigía lo respetaban.

Una mañana, amaneciendo, llegó un vigía para avisar que habían avistado a los hombres de la Cruzada, que volvían a sus hogares. Maribella tuvo un desvanecimiento de terror, Julián le puso de inmediato el cinturón en presencia de Catalina. Venían derrotados, con Sir Cedric a la cabeza, Lord Bonifacio herido en una camilla.

-¿Quién es este niño? preguntó el viejo.

-Vuestro hijo señor, contestó ella. Tuve que quitarme el cinturón para tenerlo.

Pero lo he vuelto a usar.

-¿Con qué llave?

-La que vos botasteis en el camino.

-¿Dónde está Manfredo?

-Murió de catarro.

-¿Quién os cuida?

-Mi madre y Julián.

-¿Dónde está ahora?

-Fue a buscar la llave para entregároslo, la guarda su padre.

Julián corría a caballo por el campo, buscando la llave con el corazón apretado. Todos los días lo hacía, no había logrado encontrarla, la que él había hecho era para salir del problema, al verla el viejo se daría cuenta de la mentira.

Bajó del caballo para buscarla mejor, como lo hacía siempre, cuando por un recodo del camino por donde entraba el sol entre los árboles, vio brillar algo en el suelo ¡Era la llave tan buscada! Se arrodilló dando gracias al Señor y volvió a todo galope. Habló con su padre quien cediendo a los ruegos del muchacho accedió a entregarla a Bonifacio.

El viejo estuvo mucho tiempo en cama por sus heridas, pero según el dicho “Hierba mala nunca muere”, se repuso. Para suerte de Maribella ya había perdido la potencia sexual y muy rara vez la molestaba.

Se había tragado la mentira, Julián se convirtió en su brazo derecho.

Todo era tranquilidad, el viejo estaba feliz con su hijo varón el que llevaba el nombre de Alfredo.

Alfredo que era un muchachito muy travieso, recorría el castillo por todos los rincones, le dijo a su padre:

-Padre ¿qué hay en el baúl del dormitorio de mamá? ¿Me dejaréis verlo? es enorme.

-Está dividido en dos, en un lado solo armas de las conquistas hijo, os las mostraré.

Abrieron el baúl y Bonifacio mostró a su hijo algunos recuerdos de sus batallas.

Espadas, yelmos, escudos, que había quitado al enemigo. Pero el niño entró al baúl y siguió buscando al otro lado en el que Maribella guardaba la ropa blanca. De pronto levantó algo pequeño en su mano, envuelto en un pañuelo de mujer

-¿Esto qué es padre?, dijo.

Bonifacio lo miró, lo desenvolvió. De pronto se transformó en un loco incontenible ¡Era la copia de la llave del cinturón de castidad! ¡Había sido engañado como un imbécil!

Lo que sucedió en el castillo nadie lo supo, pero nunca se volvió a ver ningún ser viviente.

El Teléfono Fijo

Soy un teléfono fijo, ya nadie me toma en cuenta, solo en las oficinas. Antes formaba parte importante del hogar, ahora hasta el perro de la casa tiene esas porquerías chicas que llaman celulares, que empezaron siendo verdaderos tanques ambulantes y ahora son flacos, planos y estilizados. Toman fotos, graban, comunican, tocan música, tienen internet, son un verdadero robot ambulante, si lo único que les falta es convertirse en personas y hacer sus necesidades.

¡Me da una ira! Y yo, que había empezado a surgir con un montón de novedades modernas, me quedé arrumbado en un rincón de la casa y nadie me da boleto.

Antes recurrían a mí para todo, incluso para ser infieles, conmigo era muy difícil que fueran sorprendidos tanto ella como él. ¡Ahora no! Ahora recurren al celular, hasta se hacen videos piluchos, los muy sinvergüenzas. Tienen que andar con el aparatito pegado a los pantalones, pero como son muy huevones a veces llaman al cónyuge y no lo cierran, parten a un motel y se escuchan a través de mi tocayo todos los ayys los uyys los iiiiuiiiiiiiiis. Después tienen que dar muchas explicaciones en la casa para que no les den una PLR.

Y yo aquí estoy botado, ni los críos, ni los adolescentes siquiera se preocupan de mí, ya ni siquiera dan mi número, hasta me cambian de compañía, pagando la más penca, la más barata, no importa que sea “reguleque”,

lo que interesa es tener un celular de última generación, para tirar pinta.

¡Ah! y los pelotudos que se ponen a hablar en plena calle y pasa un lanza a chorro y sale pegando con el aparatito tan simpático y el gil o la gila se queda con la mano en la oreja. -Aló linda por qué no te escucho, holy, holy, contesta. Bah ¿Qué habrá pasado?, no entiendo.

Pero no, no se dan cuenta que soy mejor yo; paradito aquí esperando sin que los huevones me pierdan. A mí no me pasa, los ladrones no me roban, en cambio lo primero que hacen cuando asaltan a un gallo o una mina es robarles el celular.

Antes lloraban por mí, pasaban años para poder conseguirme en una casa y a veces colocaban dos por línea, o sea había que compartirme con un vecino. Lo terrible era cuando me tocaba una familia tranquila por un lado, y una vieja rota y copuchenta por el otro. La veterana pasaba escuchando las conversaciones de su co-usuario. Armaba unos cahuines y unas peleas porque según ella los otros eran los que ponían oreja en sus tremendas latas.

Yo era el rey, el señor, en esos tiempos. El que me poseía se sentía importante. Sonaba el timbre y...Sr. ¿Me presta el teléfono por favor? No faltaba el cagado que cobraba por la llamada y estiraba la oreja para escuchar si marcaba otro número, para cobrarle más platita.

Ahora estoy arrumbado, mientras el huevón chico se siente Rey y cada día estrena más cosas nuevas. Si ya parece humano el saco de peras, lo único que le falta es comer, sentarse al WC. y tirar la cadena, en lugar de su dueño, para que el otro no gaste los dientes, ni se ensucie el traste.

¡Qué miserable vida la mía. Si, esa porquería chica se ríe a carcajadas de mí.

De repente se va a parar a mi lado, va a levantar el fono, va a marcar un número el muy desgraciado y va a decir -¿Quién sería el que inventó esta cagá?

Pero lo único que le digo es que sea bien hombrecito, porque cuando tiembla en este país sísmico, se queda "Múo" y no sirve "pa ná" como dirían las gentes de las poblas. Dicen que en esos eventos, se hace en los calzoncillos. Jaja.

Un bicho fregado

Creo que todos han oído hablar de mí, soy un bicho muy chico pero terriblemente fregado. Les contaré lo que me sucedió días atrás.

No sé cómo, en una casa de la Dehesa, se coló un quiltro que parecía que venía de un basurero, por lo sucio. De inmediato lo sacaron a patadas, ahí fue cuando caí aturdida, porque justo el zapato dio en la parte del perro en que yo dormía. Entonces empecé a buscar donde anidarme, quedándome con la boca abierta al ver la “casita” que tenía esa familia. Yo, que estaba acostumbrada a ver cosas feas, aquí vi puras cosas lindas, hasta la dueña de casa era “rica”. Sin pensarlo más me metí entre sus ropas. Cuando me daba hambre me iba donde uno de los perros pitucos especialmente del más tranquilo, un Pastor inglés terriblemente lanudo, que se rascaba como loco, pues lo bañaban todas las semanas y lo cepillaban todos los días, por eso no estaba acostumbrado a tener pulgas.

Sí, eso es lo que soy, una jodida pulga a la que nadie quiere. Una vez que comía, volvía donde mi ama porque era tan suavecita, que me producía un placer tan grande sentir su preciosa piel en mi cuerpo. Bueno, así me pude dar cuenta que la pobrecita siendo tan bonita, tenía un marido como las huevas.

Se iba con amantes, ella pasaba las noches llorando. Entonces con el quiltro que viví un tiempo nos colábamos en los cines de las poblaciones, para picar yo, comer él, y ver películas. Quise dárme las de James Bond y espialarlo. Me salté a su vestón en la mañana, el que se puso ese día porque siempre cambiaba terno el muy vanidoso. Tenía una pinta de pituco que no se la podía.

Partió al trabajo, era dueño de una empresa de esas de papel, que yo no entiendo. Entró arrasando, era más pesado que un elefante, pidiéndole perdón a esos animalitos porque son tan simpáticos, me refiero a sus Klgrs.

Acosaba a la mayoría de sus empleadas. Había una Pochy, que lo llamaba en todo momento, se comprometió a ir a un motel con ella esa tarde. Yo pasé todo el día durmiendo en la pretina de sus calzoncillos porque me había nutrido bien del perro ABC, pero estaba atenta a sus llamadas telefónicas y mis necesidades las hice todas en sus bóxers, como le llaman ahora a esa prenda interior masculina.

En la tarde dio varias instrucciones antes de irse y los empleados corrían cuando los llamaba, con unos nervios que se les notaban en los ojos porque parecían sapos saltando en la charca, cada vez que el huevón les daba una orden.

Se subió a su Mercedes y se juntó con una mina llena de silicona, hasta la boca se la había aumentado de tamaño para qué decir el poto y el tetamen. Era harto linda la tonta, pero su belleza era muy diferente a la de su esposa, esta parecía una reina y la siliconuda “una putita cara”. La echó arriba del auto y se fue a un Motel, de ahí llamó a su mujer:

-Mira Monona, tengo reunión con unos socios así que llegaré tarde. Entonces yo me fijé cuál era el número que marcó, y cuando dejó el celular a un lado, a puros saltos volví a marcar el teléfono de su mujer. Ella contestó, pero como los dos tortolitos estaban bebiendo y escuchando música, no se percataron y la Mony no lo cortó, por lo que el teléfono quedó abierto.

La Pochy se quejaba de que algo la había picado, pero el pituco no le hizo caso y se la llevó a la cama. El huevón se las daba de macho y la trataba bien mal, pero le decía:

-Rica, eres lo mejor que he tenido.

-Sí ¿y tu esposa?

-Ni se te asemeja, nunca haría las cosas que hago contigo.

Claro pensé yo ella es linda y decente, esta parece lo que es, cuando se la mira.

Cuando el pituco cargante estaba en lo mejor, lo piqué, y allí quedó la grande, el asunto no pudo llegar al final.

Al pelota le dio una rabieta formidable, llamó por citófono diciendo que él había escogido ese lugar porque se las daba del mejor motel y resulta que tenía bichos y alimañas. ¿¡Yo, una alimaña!?

¡Qué gallo más engreído y patudo, si la alimaña era él!

Se fueron de inmediato, la Pochy llorando porque no

la llevó a comer. El desgraciado la botó en la esquina, diciéndole que se tomara un taxi. Cuando se despidió, no le dio ni un beso. Le dijo:

-Para otra vez trata de no traer pulgas de tu porquería de barrio.

Al llegar a casa el Fipo, que así le decían al pituco, se llevó la gran sorpresa. La reja estaba con cadena y candado y toda su ropa en maletas, listas para que se las llevara. Gritó, pateó, chilló, parecía el Pato Donald en una de sus rabietas. Yo me sentía como en un terremoto, porque me quedé enredado en la pretina de sus calzoncillos y como no podía salir y me puse histérica, lo picaba y lo picaba. El gallo saltaba largando todo tipo de garabatos, pero ella no le abrió. Entonces tomó su celular para llamarla encontrándose con que estaba abierto, él también se quedó con la mansa boca abierta.

¿Tuvo güena, verdad, pituquito infiel?, ahora te pregunto ¿cómo te quedó el ojo machito adinerado? Una pulga te sacó de tu casa, quedándose en el pelo del pastor inglés con el cual hizo grandes migas y la Mononita se encontró un verdadero hombre, no un Pepe Pato creído como tú.

Sicario

Cuando Sofía, de cuarenta y cinco años, salió de la consulta del médico de esa clínica de lujo, un frío terrible recorrió su cuerpo, casi no veía, iba llorando, sentía deseos de vomitar. Se subió al auto y permaneció mucho tiempo allí, apenas podía respirar. Sonó su celular y era su esposo, su amado esposo, su trabajo le había impedido acompañarla. Pensó en él. No era hermoso en absoluto, pero su espíritu sí. Alto, moreno, más bien obeso. ¡Cómo sufriría cuando lo supiera!

Su inteligencia, su cultura, la habían conquistado. Era un Ingeniero informático destacado, muy conocido.

Respondió el teléfono.

-Todo salió bien, luego conversaremos amor -dijo ella.

Él dio un grito de felicidad e hizo mil preguntas, pero Sofía insistió que conversarían en casa pues iba manejando.

Al llegar a su hogar solo estaba Raquel, su hija mayor, de veinte años, que recién llegaba de la Universidad. Se parecía mucho a ella, ambas rubias naturales de ojos grises, porte mediano, tan tierna como su madre, muy amiga de ella. Le explicó que todo estaba normal, que solo era un quiste que se disolvería con tratamiento.

Sofía había decidido no decirle nada a su familia, para no darle problemas, porque no pensaba tratarse. Su hermana tuvo cáncer de pecho, pero a pesar de la extirpación de la mama, de la radioterapia, y de la quimioterapia, no se salvó. Desde que supo que tenía cáncer, vivió para combatirlo, todos sus cercanos sufrieron mucho por esta causa, e igual falleció.

Cuando llegó Lilian, su otra hija, una morena exótica; Sofía no se extrañó que no le preguntara nada, pero justo en ese instante entró Renato que corrió a abrazarla, feliz, dichoso después de haber tenido un día de terrible tensión, según dijo. Sofía se puso a llorar, no paraba de hacerlo, todos pensaron que era una reacción por el miedo acumulado, esperando exámenes y diagnóstico.

Esa noche mientras Renato dormía, Sofía bajó al computador, ya había tomado una fuerte decisión. En Google escribió, “se necesita sicario”. No tenía idea si tendría éxito, pero quedó espantada cuando vio la cantidad de gente que se ofrecía por dinero para las más terribles aberraciones. Leyó y escogió “Paolo, celular n° xx solo por diez minutos.

Marcó, contestó una voz velada.

Ella explicó que necesitaba que la mataran sin dolor.

El hombre hizo varias preguntas: lugar de trabajo, camino recorrido, horas de entrada y salida de este. Color y marca de su vehículo.

Sofía dijo que trabajaba en una empresa constructora de la cual era arquitecto, le dio el nombre de dicha empresa.

-Debes depositar en mi cuenta el día de mañana esta cantidad de dinero, dijo él. Era bastante en realidad.

-¿Cómo podré estar segura que cumplirás con el encargo?

-Entonces déjalo en una Notaría y das fecha de entrega, antes de esa fecha estarás muerta.

Sofía se estremeció, le parecía vivir una pesadilla.

-¿A nombre de quién? –preguntó.

-“Paolo Comte Francini”.

-Quiero tus datos -dijo el hombre.

-Mi nombre es Sofía Ferrada, tengo cuarenta y cinco años, delgada, porte mediano, rubia, de ojos grises. No debo enterarme cuando lo harás, no debo sentir dolor.

-Una vez que pongas el dinero en Notaría, dentro de las dos semanas siguientes, el trabajo estará hecho -dijo él.

-Está bien -contestó ella, mientras un escalofrío recorría su espina dorsal.

-¿Estás segura? dijo él, si me haces perder el tiempo mataré a cualquiera de tu familia, eso lo haré gratis, rió en forma siniestra. Ya, suficiente agregó y cortó.

Ella quería preguntarle muchas cosas más. Que cómo lo haría, que no quería darse cuenta del momento en que la iba a matar. Marcó de nuevo, pero nadie contestó, en el aviso decía, diez minutos. Estaba apagando el computador cuando apareció Renato a buscarla.

¿No podías dormir amor?-dijo- debe ser por la ansiedad de este día.

Desde el instante en que Sofía puso el dinero en la Notaría, vivió una pesadilla. Cuando se subía al auto en la mañana, temía tener un accidente fabricado ¿Cómo sería él? intentó llamarlo, pero no respondía. En su casa y en su trabajo todos notaron su cambio de carácter, siempre nerviosa y alerta. En la noche de vuelta a su hogar iba aterrada. En el día si caminaba por la calle, si alguien se le acercaba le producía un pánico indescriptible. Ya no podía más.

Un día en su oficina recibió una llamada de la Clínica, su médico deseaba hablar urgente con ella. Al llegar a la consulta del doctor le extrañó la rapidez con que fue avisado de su llegada. Él la llevó a otro box, explicándole lo siguiente:

-Perdona Sofía, aquí ha habido una terrible equivocación. Te confundieron con Sonia Ferrada, tú solo tienes un quiste que no significa peligro, debes hacerte solamente tu control anual. Te ruego disculpes el mal rato.

Cuando Sofía salió, lo primero que hizo fue llamar al celular de Paolo, pero nadie contestó. Entonces pensó retirar el dinero de la Notaría, pero igual había dicho que si ella no cumplía el contrato, mataría a alguien de su familia. Decidió contarle a Renato.

¿Qué hacer? La angustia la dominó, por todas partes creía ver a su asesino.

Aquella noche al salir de su trabajo y dirigirse a los estacionamientos se percató que un hombre alto la

seguía, no era la primera vez. También había notado que un taxi, iba siempre pegado tras su auto. El terror se había apoderado de ella, todo estaba solitario en el lugar en que tenía su vehículo. De pronto un hombre enmascarado que surgió de la nada se lanzó sobre ella cubriéndole la nariz con un paño con éter. Sofía perdió la conciencia, el malhechor la arrastró a su automóvil, pero de inmediato tres individuos, lo redujeron y lo esposaron. Era Renato con dos policías. Cuando todo pasó, Renato le contó que esa noche, escuchó toda su conversación con el sicario. Luego entró al computador y haciendo retroceder el reloj ubicó al asesino, dando cuenta al Cibercrimen.

Ella a su vez le refirió su conversación con el médico y ambos se abrazaron emocionados reafirmando su amor.

A la mañana siguiente se dirigió a la Notaría, pero ¡el dinero había sido retirado! El pánico la invadió por completo, rápidamente volvió al estacionamiento para buscar su auto, en el parabrisas del cual, había un papel pegado que decía " Ten cuidado, siempre cumplo con mis negocios, somos dos socios, cuando uno no puede, lo concluye el otro". Destrozada por el miedo y sin pensar Sofía se subió al auto, puso en marcha el motor, estallando la bomba y haciéndola mil pedazos.

Cuando estaban en el velorio, en el cual sus dos hijas lloraban desconsoladas, Renato recibió un llamado en su celular y se alejó para poder hablar:

-Aló ¿Paolo? -dijo. No quería soltar la plata que la vieja de su madre le dejó. A la mañana siguiente bajé al computador y te localicé, soy seco para el hackeo, no

pudiste correrte -¿Le diste su parte al médico?

-Si -dijo el otro y tengo la mía. A ti te tocó la tucá más grande.

-Bueno es que me correspondía. Te propongo que sigamos siendo socios.

-¿Qué te parece? Ja Ja Ja. Nadie sospechará de mí después de la comedia que les hice a los policías con mis amigos del cibercrimen, concluyó Renato.

Celos

Eloísa estaba casada con un buen hombre, no tenían hijos, por eso se había dedicado exclusivamente a él, pero ella era terriblemente absorbente. Se daba cuenta que lo ahogaba, pero no podía cambiar, por más que lo intentaba, lo hacía desgraciado con sus terribles celos.

Roberto se había casado muy enamorado, pero ya eran diez años que soportaba esta vida de malos ratos y sospechas por cualquier detalle. A veces la sorprendía tomando el olor a su chaqueta, o revisándola, y si encontraba algo que le parecía mal, se transformaba, empezando a martirizarlo con sus acusaciones, hasta que salía a buscar la compañía de sus amigos.

Nunca la había engañado, oportunidades había tenido muchas. Era un médico de prestigio, trabajaba en un Hospital, una Clínica y en su consulta. Su situación era muy buena, a ella no le faltaba nada. En realidad sí, lo más importante, los hijos, pero ningún tratamiento resultó y ella no quiso adoptar. Se rodeó de mascotas, un perro faldero, un labrador, un gato angora blanco, con la nariz achatada. Él la dejó satisfacer todos sus gustos, por si cambiaba, pero cada vez era peor. Mientras avanzaba el tiempo, más se le ponía en la mente que él tenía otra mujer, y continuamente lo molestaba con aquello.

Eloísa era una mujer hermosa, de esas que los hombres se vuelven a mirar; alta, esbelta, de ojos claros y piel tostada. Roberto también era atractivo, tenía algo que llamaba la atención de las mujeres. Sin ser muy alto, su cuerpo era elástico y flexible debido a que acudía al Gimnasio para conservar la línea y mantenerse joven, era moreno, de ojos oscuros. Practicaban la vida social los fines de semana, por el intenso trabajo de Roberto, y no siempre, porque su profesión se lo impedía, debido a los turnos que tenía que hacer de vez en cuando.

Ese verano, Roberto le propuso que fueran a una hermosa cabaña que tenían en los bosques de Llico. Allí disfrutarían del mar, del campo y de las lagunas que había en la zona.

Ella preguntó si convidarían amigos, Roberto insinuó que irían solos una semana, para tratar de arreglar un poco la situación actual, que cada vez seguía más tensa. Después, podía invitar a quien quisiera. Pero llevarían a la nana, dijo ella. Él guardó silencio, le molestó que siempre tuvieran que servirla, cuando juntos podrían acomodarse, con los alimentos que tuvieran mientras duraba su estadía.

Como siempre Eloísa salió con la suya, y la nana, Gertrudis, los acompañó. Era una mujer de mediana edad, mayor que ellos, pero sumamente hacendosa, siempre lista para atender a sus patrones.

Aquella primera noche discutieron, pues Eloísa recordó cómo Roberto le había pasado una copa a Carmen, la coqueta esposa de un amigo de ambos, en una reunión social. Esta preguntó por su trago y no lo encontró, entonces Roberto le cedió el suyo y fue a buscar uno

para él, eso suscitó una escena de celos al llegar a casa, que se estaba repitiendo esta noche de nuevo, en el momento en que se iban a servir un pisco sour.

Él salió a la luz de la luna y la dejó hablando sola, la verdad es que ya no la soportaba. Volvió a la cabaña, que estaba muy cerca de una de las lagunas, se puso traje de baño, y corrió al agua. Nadó durante mucho rato, era muy buen nadador, luego cuando se sintió relajado, se paró en el borde del pastizal que rodeaba la laguna sin salirse de ella, hundiéndose profundamente. Esto lo pilló desapercibido, no sabía que en ese lugar fuera tan hondo, se elevó, aunque se desesperó un poco, debido a la sorpresa, y salió hacia la ribera.

Cuando volvió, Eloísa lo miró fríamente y continuó molestándolo con sus celos intransigentes, pero esta vez fue peor ¡Estaba bastante bebida! ¡Era lo único que me faltaba! pensó Roberto.

Nunca la había visto así, y recordó lo que le habían contado sus hermanas, que en varias reuniones de mujeres, tomaba tragos de más haciendo el ridículo.

Aquella noche se acostó en el otro dormitorio, llegando a Santiago le pediría el divorcio ¡Hasta cuándo la soportaba! estaba empezando a odiarla. Casi no pudo dormir, se daba vueltas y vueltas en la cama.

A la mañana siguiente, ella le pidió que después del desayuno, fueran a bañarse a la laguna. Eloísa nadaba muy poco, siempre que entraba en el mar o en partes profundas iba acompañada por él.

Un relámpago de maldad cruzó por la cabeza de Roberto ¿Y si la hacía entrar por la parte profunda para

que cayera al hoyo? No podría salir de él, no le quedaría más que esperar los acontecimientos. Después diría que andaba dando una vuelta por el bosque. Nadie lo culparía, incluso Gertrudis tampoco la quería, porque su mujer era muy dura con ella.

Fueron a la laguna, ella llevaba un quitasol para enterrarlo en la arena que se formaba en la pequeña playita, lo golpeó con un martillo y tendió las toallas.

-Primero tomaremos sol -dijo.

A pesar del nerviosismo Roberto se quedó dormido, estaba muerto de sueño por la mala noche que había pasado. De pronto sintió un inmenso golpe en su cabeza, se enderezó para tomar el objeto que lo golpeaba y vio a Eloísa con el martillo, lista para darle otro golpe. Lo pilló tan de sorpresa, que intentó tomarle la mano para quitárselo, pero no alcanzó y recibió otro terrible martillazo que lo aturdió. Ella estaba enfurecida y lo golpeaba fuerte en la cabeza, aún después de muerto, hasta que se convenció que le había quitado la vida al verlo sin movimiento y con su cráneo sangrante y destruido. Según se decía ella, ya no soportaba más a ese infiel, que se burlaba y la ponía en ridículo ante todo el mundo. En seguida, se puso a gritar, destruyó su bikini y se golpeó fuertemente en las rocas, para contar que lo había matado en defensa propia. A la pobrecita, todo el mundo le creyó, nadie dudó de sus palabras, hasta Gertrudis declaró en su favor.

Ahora vive feliz con su amante, y heredó todos los bienes de su marido.

¡Qué mujercita más buena se encontró el pobre Roberto! ¿No?

Hola Pelusa:

Te cuento que me robaron mi celular y como estoy acostumbrada a hablar contigo, te escribo esta carta para que copuchemos como todos los días.

¿Por qué será que los hombres son pa dentro y las mujeres p'afuera? Fíjate linda que el Checho hace días que anda como si le hubieran pegado un chute, cuando yo no le he hecho nada para que esté tan callado. Cuando le pregunto qué le pasa no responde, igual que el computador, cuando dice no responde y a uno le dan deseos de pegarle una patada y tirarlo por la ventana. Se queda mirándome como si yo fuera una cucaracha a la que tuviera ganas de ponerle la pata encima.

Estoy bien amargada porque es harto fome andar por la casa dándose encontrones sin decirse nada. Tú me preguntarás si tengo alguna idea por qué anda así.

Bueno, te voy a contar. El otro día nos convidó la Maiga a su fiesta de cumpleaños. Estuvo más o menos no más en lo que se refiere a comida, pero el copete llovía por todos lados.

No debería decirte por qué no te invitó, pero cuando le pregunté dijo que le caías mal desde que le echaste el ojo a su marido ¿Es cierto eso? Yo quise decir algo pero no se me ocurrió qué, y preferí hacerme la huevona. Luego lo que sucedió es que al marido de la Maiga que

parece que es bien picado de la araña y nadita de feo, le dio por bailar conmigo ¡toda la noche m'hija!, ¡toda la noche! A las dos de la mañana el Checho empezó a molestar para que nos fuéramos, yo no quise porque estaba harta entretenida y copeteada, pero me acuerdo de todo. Total nos quedamos hasta las seis y él con la cara más larga que un caballo y la Maiga amurrada. Felipe (su marido) y yo, ensayamos todos los pasos de baile que se nos vinieron a la cabeza, haciendo mil piruetas como en la tele, lo pasamos divino querida. Iba con mi minifalda roja, esa como de cabra chica, así que me pude mover de lo más bien. ¿Tú encontraí algo malo en eso? Y de ahí que no me habla.

Al otro día llamé a la Maiga y la yegua me cortó el teléfono como si le hubiera echado un garabato.

Ahora el Checho este fin de semana ha pasado durmiendo y mirando tele como si yo no existiera. Cuando le pregunto algo me ladra, pero no dice nada linda, nada de por qué está enojado ¿Qué tipos raros son los hombres, no? En vez de darles una pataleta si algo no les gustó, como nosotras, se lo tragan todo, pero se ponen tan pesados que nadie los soporta.

¿O será que tiene alguna mina y se está haciendo el huevón? Porque cuando le empecé a preguntar de nuevo qué le pasaba, recurrió a la otra que tienen, dar media vuelta y salir con un portazo. Llegó como tres horas después y no venía copeteado ¿Será que se encontró con la Maiga? Tanto que estuvo con ella, los dos con cara de pescado, que terminaron gustándose. No creo ¿Qué piensas tú? Estoy frenética me dan ganas de agarrarlo de las mechas para que diga algo, pero fíjate

que anoche se quedó dormido en el sofá del living y no se acostó conmigo. Estoy verdaderamente preocupada ¿No se me habrá pasado la mano? ¿Qué dices tú linda? Contéstame pronto, nadie comprende a los hombres. La carta te la mando con mi cartero que es un cabro tan rico y buena persona, que me dijo al tiro que sí. Un besote.

Coty.

CARTA DE MAIGA A COTY

Cachai que prefiero escribirte una carta para no tener que escuchar tu voz, yegua traicionera. ¿Te acuerdas cuando viniste a mi cumpleaños con el traste al aire, porque te pusiste la mini más corta que tenías, mina escandalosa? Le diste duro a mi marido, estuviste toda la noche arriba de la pelota, echando jugo contra mí y el Checho. Y ¿qué te creís huevona, que yo me quedé encerrada en una pieza llorando y lamentándome, porque el maricón de mi marido me gorrea delante de todos?

No, ¿cachai que el Checho y yo lo estamos pasando del uno? Esa noche nos dimos cuenta que existíamos y no nos hemos dejado de ver. Dice que tú eres la mina más aburrída en la cama que ha conocido, y que yo soy una princesa. Que todos en tu familia son unos flytes y que no sabe cómo se casó con una yegua tan fea como tú. Que los besos más buenos los tiene reservados para mí y que a ti te pesca de vez en cuando, para dejarte tranquila porque más lo que lo jodís cuando estáis caliente, parecis que estuvierai en celo.

La Molly Bascuñán, me dijo el otro día en el Supermercado, que todas las amigas están pensando enseñarte a respetar a los hombres ajenos. Por eso en cuanto tengan la oportunidad, se reunirán conmigo para sacarte la xuxa, por mina levantadora de maridos. Dijo que hiciste el ridículo en mi fiesta mostrando el poto, que a cada rato te tocaba el Felipe cuando bailaba contigo. Incluso dice que comentan que estabas sin calzones, porque salieron volando en una de las tantas volteretas en el aire que te dio el Fipo.

Mina cochina, hubiera sabido tal no te habría convidado. Ahora nadie te invitará a su casa porque te portaste como una yegua alzá. El Fipo está caliente contigo, pero lo tengo cortito, le tengo el ojo puesto, así que no estés esperando que lo verís de nuevo huevona, porque soy capaz de agarrarte de las mechas y arrancártelas, ¿cachai?

Ándate con cuidado, que te aseguro que puedo hacer mil huevás por conservarlo. La carta te la lleva el mino rico del cartero al que también te estai comiendo, pedófila.

Chao, mina caliente.

Maiga.

Carta de una niñita ABC1, de seis años al Viejito Pascuero

Viejito Pascuero:

Me estoy convenciendo que erís un viejo cabrón. El año pasado te pedí que me trajeras una muñeca grande, de mi porte, que caminara y hablara, tomara agua e hiciera pipí. Pero no, me trajiste una barbie con un montón de porquerías chicas, haciéndose la enfermera. Cuando te pregunté por qué no me mandaste lo que te pedí, me contestaste que el enano encargado de enviar los paquetes se había equivocado. Pero no me diste ni siquiera el nombre de ese funcionario público, para haber pedido de inmediato su despido por mediocre.

Ahora te envié mi carta de Navidad muy anticipada, para que no tuvieras ninguna disculpa, en la que te pido un muñeco mamón de esos que están de moda en Europa, porque uno se los pone al pecho para que chupen y siente que les está dando papa, como una mamá, pero me contestas que no están en Chile. Entonces eris “mula” pus viejo, mentiroso y cagado, no sé cuál de todas esas cosas, porque ¿cómo decís que viajas por todo el mundo?

¿Tú creís que no cacho que el asunto tiene cara de cuento? Mire que con los calorazos que hacen aquí, andar con un traje para el polo y una barba más falsa que las pechugas de mi “amá”.

¿Por qué si estamos en Chile no te ponís una polera, un short, te dejai la barba cortita y usai unas condorito, porque con esas botas debís tener las patas más hediondas que queso chanco?

¿Qué te creis que todos los cabros chicos somos giles?

¡Y esos renos más producidos que el traste de la "Blanquita Niebes", aquí tenís que usar caballo si querís animal, o bien un auto bien estirado, pero esos renos cornudos están totalmente fuera de lugar en un país en que casi nunca cae nieve ¿O será porque hay tantos cornudos en Chile, según cuenta mi "apá"? ¿Qué querrá decir con eso?

El que más mal me cae es el reno Rodolfo porque con esa nariz roja parece que siempre estuviera arriba de la pelota.

Te aseguro viejo embustero que si no me traís "el mamón", voy a contar por todos lados, que erís un viejo "chanta" y "mula".

Ten cuidadito conmigo veterano "barsa" mira que yo soy como mi amá, cuando prometo algo lo cumplo.

Chaíto no más, recuerda si no llega el mamón, te voy a tirar de esas barbas postizas y te voy a dejar en vergüenza delante de todos, por andar engañando a los cabros chicos.

Espero tu respuesta. (Perdona las faltas de ortografía porque soy una niñita chica).

Pelusita

El Picaporte

¿Alguien ha pensado todo lo que tiene que ver un picaporte en una pieza de hotel barato?

¡Terrible! ¿Verdad?

Cuando se cierra la puerta con él, por algo será.

Este, al que me refiero, ya estaba viejo, cansado de tener que observar sin querer, tanta miseria humana:

Prostitutas, gigolós, mafiosos, golpes, asesinatos.

Por eso, aquella tarde, unas pequeñas gotitas de aceite roñoso cayeron de sus ojos de metal. Llegó a la pieza una pobre mujer, a alumbrar a su hijo en aquella sucia cama. Cerró el picaporte, tendiéndose estremecida de dolor. Con cada quejido el picaporte sufría, pues de tanto ver todo tipo de crueldades en esa asquerosa habitación, se formó en su cuerpo, un corazón, un alma. Como no podía ayudarla, entonces le pidió al Tata Dios, que aunque él muriera, le diera la facultad de hacer algo por ella.

En ese instante, cuando terminó su oración, la joven empezó a gritar, cada vez más fuerte, mientras él trataba de zafar sus tornillos. El Señor, que todo lo ve, escuchó la petición del pequeño objeto, ya todo corroído, haciendo pasar por el pasillo del hotelucho, a un médico que atendía por caridad, a los pobres del barrio. Junto con el empleado del

lugar, empujaron la puerta, dándole varios golpes, haciendo saltar al picaporte, que quedó destrozado, debido a lo viejo que estaba. Se llevaron a la mujer al hospital, donde tuvo su bebé.

Lo que quedó del picaporte permaneció arrumbado en un rincón de la pieza, entre la mugre, pero su corazón estaba feliz, a pesar que moría.

Cuando llegó al cielo, San Pedro lo puso en la enorme puerta, en un sitio de honor, para distinguirlo, en premio a su bondad.

Porque ustedes saben que allí no puede haber picaportes, ni cerraduras, que las llaves son simbólicas, ya que en ese lugar no se oculta nada, porque todo está en la Grandeza del Señor.

Vacaciones enchuladas

¡Qué vacaciones, Dios mío!, ¡qué vacaciones!

La Titi me llamó por celular a fines de Diciembre, para convidarme a su departamento de Reñaca a pasar con los niños el mes de Enero, pues iría sola con sus hijos. El Pocho se juntaría con ella en Febrero.

-Debo preguntarle al Quico, dije yo.

-Que te venga a ver los fines de semana, con el Pocho.

Partimos una calurosa mañana en la Cuatro por Cuatro de la Titi, con cuatro chiquillos, mercadería, maletas, mascotas y dos nanas.

¡Cómo voy a decir que lo pasé bien, si lo pasé como las huevas!

El departamento era grande y cómodo. Así que nos arreglamos perfecto para dormir. La Titi y yo en una pieza para copuchar, las nanas y los niños distribuidos en otras dos.

Salimos de la cama como las once y media, partimos a la playa como la una de la tarde, la peor hora para el sol, pero es que los cabros chicos nos demoraron tanto. Duchándolos, encremándolos, poniéndoles los trajes de baño etc, etc.

Al llegar a la orilla del mar quedamos impresionadas, unas minas con enormes trastes y tetas, con piernas como columnas, cintura de avispa, en mínimos bikinis, se movían por la arena o tomaban el sol.

Nosotras parecíamos gusanos salidos de la tierra, pero no rosados, sino como pantrucas, y como éramos naturales nos miraban como bichos raros. Nos habíamos llenado de factor 45, pero estas, no sé cómo lo hacen para verse cada vez más tostadas, sin que les de cáncer.

Lo que es yo, si no me pongo el protector, quedo como jaiva, y si me lo pongo, parezco sábana de fantasma. A la Titi le pasa lo mismo.

Lógico que ningún mino se fijó en nosotras, mi amiga estaba terriblemente enrabiada, ni siquiera podíamos tirar el ojo y no nos decidíamos a sacarnos el pareo de puro acomplejadas.

-¡Qué les va a costar nadar a esas minas! le dije a la Titi, ¡si con tanta silicona flotan en el mar!

Los hombres andaban con anteojos negros para mirar a su gusto, porque llevan el traste prácticamente al aire, lo que se dice a poto pelado.

Y nosotras las huevonas con unos bikinis del año de la pera, porque el Pocho y el Quico no aceptarían otros, pero los ojos se les saldrían de las órbitas para mirar a las tontas.

Olvidé decir que llevamos las mascotas a la playa, yo a la "Chumi", una poodle toy, Titi, a la "Cleo" una yorkshire, malas pulgas, pequeñísima.

Un día que fuimos al mar, a mojarnos los pies con nuestros pareos puestos, dejamos a los niños y mascotas cuidados por las nanas. De pronto se sintió un terrible barullo, la Cleo se puso a ladrarle a una de las minas con piernas de columna y traste al aire, esta le lanzó una patada.

¡Qué le han dicho a la Cleo!, pegó un salto y se le tiró al traste. Nosotras mirábamos de la orilla, escondidas entre la gente, cómo la María, una de las nanas, la tiraba para que la soltara y esta perra bandida creía que estaba comiendo algodón, de ese que fabrican a veces en las playas. La mina gritaba a más no poder, la Cleo salió con un pedazo de silicona en el hocico. A la muchacha, se la llevaron a la posta más cercana y nosotras arrancamos al auto, con niños, bolsos, quitasoles, mascotas y nanas. Nos fondeamos en el departamento temiendo que llegara un paco y nos quitara a la Cleo, trayéndonos una demanda.

Decidimos cambiar de playa, pero sin mascotas. El mar era aquí mucho más bravo, pero ubicamos un lugarcito para tomar el sol, cuando de pronto sentí que me cayó un cerro de arena en los ojos. Era una de las yeguas, que sacudió su toalla en mi cara.

-¿Qué te pasa tetona?, le dije, las ¿tetas no te dejan ver? Empezó a burlarse de la Titi y de mí, dijo que parecíamos tallarines de enfermo, sin ningún aliño, con trajes de baño, sacados del baúl de la abuela.

Me paré y ella me pescó de las mechas, era una tremenda tonta y lo que encontré más cerca fue una de sus tetas, la que agarré y no solté hasta que sentí que se desprendió dentro de su envoltorio. La Titi para

ayudarme la agarró del pelo y se quedó con todas las extensiones en la mano. Se veía casi pelada.

-¡Mira Maca! dijo, mostrándome un montón de cabellos.

Les contaré que Quico y Pocho tuvieron que venir a buscarnos a la Comisaría, nos presentamos al otro día en el Ministerio Público y quedamos firmando todos los sábados. Además de una multa. Noté que los presentes se morían de la risa.

-Ay, pucha, dije yo, a cualquiera le puede pasar.

Ahí se acabaron las vacaciones.

-¡Titi!, ¡¿Cuándo me convidas de nuevo, donde esas yeguas enchuladas?!

Carta de un niño "ABC1" a su papá, antes del Día del Padre

Estoy harto confundido en cuanto a lo que te voy a regalar para el Día del Papá, porque he visto que te gusta más jugar con mi amá al caballito que conmigo, porque a ella le decís "¿listo amor? o ¿te espero? Me da harta rabia, ya que cuando vas a salir a jugar conmigo, te ponís bien pesao, y me retai, si no estoy listo, para salir a los juegos. A mí no me decís ná, "amor ¿está listo, yo lo espero? Me decís "crío molesto" ¿por qué no me esperai arreglao pa salir?

En cambio cuando juegas con mi amá casi te la comís a besos y la esperai, pa seguir jugando todo lo que te pide. No dejan ni dormir, pero como me tienen prohibido acercarme por allá, no puedo decir ná.

Había pensado regalarte un par de guantes, porque he escuchado a mi amá que te dice cuando están jugando, que tenís las manos muy heladas, así si te los pones, ella no se quejaría.

También se me había ocurrido regalarte un sándwich de "potito" porque el otro día cuando te llamaron por teléfono y atendí yo, ya que tú estabai en el baño y el celular se te quedó en mi dormitorio, y te enojaste tanto porque lo contesté, te llamaba una mina, y tú le decías bien calladito, para que yo no escuchara "super rico su potito m'hijita". O sea que vende esos "sandguches" del estadio donde tú nunca me querís llevar. Ya los dejé de

lado porque, no sé ir tan lejos, en una de esas, le cuento a mi amá, pa que me lleve y compremos algunos. Como te gustan tanto.

¡Ah! ¿Y si te regalo un par de calcetines? ¿De qué color los quieres? Obvio que negros no, porque mi amá te dijo el otro día, que ya parecías “patas negras” que te llamaban tanto al celular, y que estaba segura eran minas “calientes”. Ahí sí, que no entendí ná ¿Por qué tienes que usar calcetines negros y para eso las minas tienen que estar calientes?, ¿Muy abrigadas papi?, ¿Eso es porque tienes las manos heladas?

Ya sé, el regalo que te voy a hacer es quedarme callado y no le voy a contar a la mami, que el otro día cuando salimos al parque en bicicleta, le dijiste a esa cabra rica, como dices tú, de pechugas grandes y pototo parado, que te estaba esperando, que yo era tu sobrino y no me quedó más que llamarte tío, porque si no, no me habrías comprado un helado.

Así que como regalo me quedaré callado y te daré un beso, ese será mi regalo. Pero te anticipo que se me caerá el cassette si me retas, o me acusas por algo, a mi amá. Lo del beso lo voy a pensar, porque te gustan más lo de esa mina flayte que te espera todos los domingos en “bici”.

Chau viejo y “cuidaito”, mira que si le cuento a mi amá, queda la “cagaíta”, tú sabís lo rabiosa que es, se enoja por ná.

Tu hijo regalón

Mateíto.

El Apagón

La Tati tomó el teléfono para copuchar con su amiga Vivi.

-Fíjate Vivi, a mí no más me tenía que suceder, se me ocurrió el sábado pasado, ir a buscar dos nanas peruanas que estaban en el Fundo de la Pochy Undurraga. No se acostumbraron, en esas tierras rancagüinas. Como la Mily Pérez Cotapos también necesitaba una, me acompañó. El Pedro Pablo y el Polo, nuestros respectivos, se fueron con los niños al departamento que tenemos en Reñaca, lógico que se llevaron a la Juanita, porque no se saben preparar un huevo solos, menos van a atender a los críos. Eso sí que llevé a mi perrita poodle-toy la Mumú, tú la conoces, sabes como la quiero.

Lo pasamos del uno donde la Pochy todo el día. Nos volvimos de noche.

Veníamos de lo mejor, comentando sobre los vestidos tan cortos que usa la Pochy, cómo el Chicho no reclama, cuando ¡Zas! Se produjo el apagón.

-¡Mierda!, dije yo, ¡se me apagaron las luces del auto, no veo nada!

-¡No!, dijo la Mily, ¡se apagaron las luces en todas partes, esto parece poto de lobo!

-¡Por la cresta!, estaba pensando parar en la próxima bomba, para llenar el estanque, no me queda nada de bencina, ¡qué horror!, ¿si nos quedamos en pana con este “black out”?

Mira Tati tú tenís la culpa, por andar con una gota de combustible, ¿vís como la cagai?, dijo enojada la Mily.

Las peruanas se pusieron a rezar: Dios te salve María, llena eres de gracia, etc, etc,... Si se sentía un siseo sonoro en el asiento de atrás. Estaban más asustadas, que cuando aparece el Freddy en las películas de terror con sus garras de acero a través de las paredes, para luego asomar su rostro horrible, de viejo degenerado.

Íbamos tanteando el camino, ¡cuando un peñascazo atravesó los vidrios laterales delanteros, casi pasando a llevar la recién respingada nariz de la Mily!, ¡si la hubiera tenido como antes se la habría arrancado de un sopetón!

-¡Ay xuxa!, dijo mi amiga, ¡cuatro palos que se habrían ido a la cresta!

Yo rezaba un Padre Nuestro, para que alcanzáramos a llegar a la bomba. Por fin lo logramos, había un montón de autos esperando, nos pusimos a la cola. Nos eternizamos, pues, no se movían estos pelotas. ¿¡Por qué no se apuran!, dije bajándome, en el colmo de la histeria, ¿qué se han creído rotos mugrientos, acaso no les vamos a pagar, picantes de mierda?

-Señora, buenas noches, bienvenida a Koppecc, gracias por preferirnos, fue la respuesta, pero sin energía eléctrica no podemos echar combustible.

-Pero cómo no vai a poder echar, roto flojo ¿tú acaso no sabís quién es mi apá?, ¿dónde trabaja él?, si le cuento, salís volando de una patá en la raja en este mismísimo instante. Y tomé mi celular marcando el número de mi apá, pero resulta que no funcionó. Todos los que estaban alrededor se pusieron a reír, yo creo que de nervios, porque ¿por qué se iban a reír de mí, no es cierto Vivi?

-Sí poh, dijo la Vivi.

La Mily se acercó, aconsejándome.

-No te metai con estos flaytes Tati. Vamos a tener que hacer la cola no más.

-Señora, dijo un viejo entrometido, cuando no hay luz, no funciona la bomba, salvo que tenga motor propio.

-Cállate tú, viejo intruso, seguro que ya te atendieron y estai listo pa' irte.

Me tuve que meter al auto porque todos me empezaron a gritar cosas, que prefiero no recordar, entre todo, me sacaron a mi pobre amá, que no tenía na' que ver en el asunto, pero lo peor me trataron de vieja huevona. Lo de huevona no me importa, ¡pero vieja!, cuando todavía no tengo ni treinta y cinco, me acabo de poner botox para las pequeñas arruguitas que tengo, alrededor de los ojos.

-¿No se te habrá caído una zota? dijo la Vivi. Ja, ja, ja.

-Ya córtala, déjame contarte. Nos dio hambre y sed, entonces mandamos a las peruanitas a comprar algo al

autoservicio, pero se negaron porque dijeron que en la oscuridad se aparecía el diablo, que podía violarlas.

-¡Ya, les dije, se fueron no más ¿Me oyeron?

La huevá estaba cerrá, así que no pudimos comer ni beber.

-Bueno, aquí viene lo peor, Vivi. Hacía hora y media que estábamos ahí, cuando me doy cuenta que no está la Mumú. Pegué un chillido que hizo saltar al techo a las peruanas y a la Mily. ¡La Mumú! Nadie la tenía, me bajé del auto a buscarla por todas partes, alrededor de los vehículos, cuando de pronto veo un bulto blanco en brazos de la vieja, que iba de copiloto, del veterano, que se hizo el simpático conmigo, para explicarme lo de la bomba.

-Entrégame mi Mumú le dije histérica, arrebatándole un chaleco angora, que la veterana tenía en los brazos. ¡Socorro, ladrones! gritó la vieja, todos se abalanzaron sobre mí, en eso veo un copito albo, que mordía las canillas de la viejuja, la cual se había bajado del auto para quitarme el suéter. La Mumú no la soltaba, tenía sus dientecitos atenazados en las piernas flacas de la veterruga, la que al fin levantó la pata, entonces pude sacarle a la perrita de su cañuela.

El viejo se tiró a pegarme, entonces me saqué el zapato para defenderme, al ver el menso taco aguja, con plataforma, se acobardó, empezó a atender a la veterruga.

Yo volví feliz de haber encontrado a mi mascota.

De pronto llegó la luz, las peruanas se bajaron y

arrancaron corriendo patitas pa que te quiero. Allá ellas, ya encontraremos otras acá, se levanta una piedra, se encuentran cien.

Eso sí, que esos rotos flojos de la bomba me las van a pagar, ellos no saben quién es mi apá, por eso este gobierno no se puede lucir, porque los flaytes atornillan al revés, de todo le echan la culpa a las autoridades.

Pero lo más terrible sucedió al llegar, durante todo el camino la Mumú se vino durmiendo entre la Mily y yo, mientras pelábamos de lo lindo, no dejábamos de batir la lengua.

Pasé a dejar a la Mily, me vine de inmediato. Entré el auto, me bajé, me volví a tomar en brazos a la Mimu y... ¡horror! ¡ me encontré con el chaleco angora de la vieja de patas flacas!

El grito que di, se sintió en toda la Dehesa: ¡Mumú, Mumú, mi perrita regalona, dónde te quedaste! ¡Ay, ay, ay! El apagón tuvo la culpa de todo. Sniff, sniff...

En eso sonó el teléfono, era la Mily.

-Tati, perdona, no me di cuenta, de tanto conversar me bajé con la Mumú, cachai?

Es que la traía encima del chaleco de la vieja, ¡me gustó tanto!

¡PLOP!

-¡Buena la copucha! ¿Cachai Vivi?

-¿Cachai que sí?, ja, ja, ja.

Habla la tierra 1

¡Puxas que tengo mala suerte! La primera vez me poblaron con unos monstruos tan grandes, peleadores y feos, que me llegaba a doler la columna cuando caminaban pisándome con sus enormes patas. Más lo que me asustaba cuando estaba durmiendo, y aparecían unos pajarracos horribles volando por el cielo. Un día a estos pelotudos se les ocurrió irse todos pa' una punta dejando la escoba. La nieve se desparramó por todo mi cuerpo con el peso que hicieron, lograron que me diera una voltereta catastrófica, quedando todos enterrados en los hielos. ¡Si casi me morí de frío por culpa de esos giles!

Pasaron, pasaron los años por millones o más, como se cuentan en el universo, y...

¡Mire lo que me fue a tocar ahora! ¡Si el Tata Dios no tiene misericordia de mí! Un montón de animales encantadores (algunos, no tanto), y ¡el Ser Humano!

Claro, el hombre hablando de hombre y mujer. El lindo, desde que llegó ha hecho mil fechorías. Primero, él no podía andar en pelotas, no se podía acostumbrar con su vestido de piel con algunos pelos, tuvo que matar más animales de la cuenta para alimentarse y vestirse. ¿Cómo los demás se quedaron tal cual los dejó el Tatita? Ellos solo mataban para alimentarse, pero él

no, “el encachao”. No se conformó con eso. Todos los otros se acostumbraron al frío, se adaptaron, pero él “el florerito” descubrió el fuego para calentarse, pero cuando al “huevón” se le olvidaba apagarlo, quedaba la mansa escoba, quemaba cantidad de árboles. Los pobrecitos tiritaban de miedo cuando lo veían, porque además inventó el hacha, empezando a derribarlos, ¿saben para qué? Para hacer fuego con la leña, para hacerse casas, porque tampoco se acostumbró el muy “exquisito”, a vivir en cuevas como las otras criaturas.

Él, el ambicioso, quería cabañas y se largó a romper los bosques como desalmado.

El único inadaptado que el Tata me mandó es este “gil”, todos los demás se adaptaron, hasta la serpiente que dejó la tremenda cagá cuando se metió a contarles a Adán y Eva “lo rico” que era el pecado original ¡Qué le habrá importado a ella la “hocicon”! Si no se hubiera puesto a chismosear, todavía estaría yo como un Paraíso, llena de bosques, flores, límpidas aguas, pájaros, etc.

¡Ah, a propósito, me olvidaba, el mar está “requete” contra enojado, porque no le dejan a su fauna tranquila, ya que se está muriendo, por todas las mugres y desechos que le tiran, ya se sabe que cuando le da la rabia, arremete contra estos pelotas dejándolos idem.

Pero yo soy la que estoy más cagá con esta huevadita, tengo un calor terrible, porque con sus autos, sus fábricas y todas las porquerías que han inventado, estoy ardiendo como brasa, si parezco vieja menopáusica, me dan unos bochornos terribles, ahí es cuando se mueren de susto estos carajos, porque me desequilibrio entera;

si empiezo a tiritar, se produce un terremoto; si me lleno de gases, explota un volcán; si me enfermo de los riñones, se sale el mar. Entonces con tanta enfermedad, me pongo a llorar. Se larga a llover en partes que nunca ha llovido, se salen los ríos y queda la grande. El calor me ha enloquecido. Una estrellita amiga me ofreció mandarme un abanico para refrescarme. Cuando lo tenga, ahí van a ver los terrícolas, lo que es bueno, porque cuando me abanique van a producirse vientos de todas clases, entonces va a quedar la cagá, capaz que salgan volando por el espacio y al fin me libre de ellos, el Tatita se compadezca, me mande otros pobladores, más buenos, menos egoístas, más generosos. Mejor que no sean inteligentes, porque éstos lo son, pero la ambición no los deja ver.

O bien, que me deje con los animalitos que están conmigo en estos momentos, porque hasta ellos están desesperados con estos bárbaros, que les quitan su hábitat, que les arrebatan sus dominios.

“Tatita Dios compadécete de mí, vuelve a vestirme con el Paraíso”.

Tu planeta más jodido por sus habitantes.

La Tierra

Carta de la luna a la tierra

Un día la Luna decidió escribirle una carta a la Tierra, pues tenía que decirle muchas cosas y empezó así:

¿Qué te creís huevona?; ya parezco tu lámpara de velador!

Si yo no existiera, no existirían los romances, ya que alumbro tus noches, poniéndome distintos vestidos. El que más me gusta es cuando parezco una tajada de sandía, porque me veo delgadita, muy estilizada.

Con el de Luna Nueva me siento más joven, visto de gasa. Con el de Luna Llena me asemejo al sol, dicen que ahí estoy preciosa, pero me encuentro guatona, claro que yo soy lisita, sin rollos, no como las gordas que comen comida chatarra, pero me da vergüenza verme tan obesa.

Hace unos años pasé un susto terrible. Se les ocurrió a unos habitantes tuyos, venir a verme en una máquina gigante. Bajaron, parecían robots con unos trajes extraños, que los cubrían enteros, saltaban como locos arriba de mi cuerpo. Pusieron un género con estrellas y rayas, parado con un palo, conversando todo el rato por unos aparatos, con otros que no se veían, que les contestaban "puras huevás". No me dolieron sus pisadas, a pesar que tenían las patas grandes, porque más bien volaban que caminaban. Antes habían enviado unos triciclos

chiquitos que venían solos, luego se quedaron aquí como chatarra. Allí me acordé que tú me contaste, que a ti te tenían hasta la coronilla, que te llenaron de mugre. No contentos con ello, tenían el espacio saturado de basura. Por suerte en mí no encontraron agua, por lo tanto, vida, por eso me han molestado menos. Pero ahora van a “joder” a Marte. Supe que le mandaste un relámpago, para avisarle que se preparara escondiendo todo lo que ellos buscan, ¿te fijas tú? donde estos “pelotudos” llegan dejan la cagá. No se conforman con cubrirte de desechos destruyéndote de tal manera que las abejitas están desapareciendo. Los suelos están cambiando, por eso estos bichitos, se desorientan y no saben volver a su colmena. ¡Si serán jetones estos “sacos de pelotas”, si se acaba la polinización, se acaba la vida!

¡Porfiados los huevones! ¿Qué sacan con tener “money”, si con esas fábricas que no quieren cerrar, están terminando con todo?

Oye ¿capaz que arranquen para acá, cuando vean que no pueden vivir ahí?

Entonces no seré tu lámpara, ni regularé las mareas, va a quedar la “mansa embarrá”.

No sé por qué el Tata nos castiga a nosotras, si los “pelotudos son ellos”.

La verdad es que tengo un miedo terrible. Yo quiero al ser humano, lo ayudo en sus romances, ilumino sus noches de amor, “le pongo color” a sus idilios.

Me da un poco de susto cuando tú “mansa guatona”, te ponís delante de mí y el Sol, quedando todo oscuro. Creo que esa “huevá” se llama eclipse ¿no es cierto?

Ahí, los choros de los barrios, los matones, los narcos, hacen de las suyas. Todo oscurito, regio para ellos, pues “trabajan” mejor sin la lucecita, eso que yo no tengo una Empresa que corte la energía.

Bueno amiga Tierra, perdona que te haya tratado tan mal al comienzo, pero es que te ponís hartito maricona conmigo a veces, te creís la muerte, cuando si no fuera porque te alumbro de noche ya te hubieran destruido los asesinos y ladrones. No habría pobladores en tu seno, porque cuando aparezco, es cuando laten los corazones, aflora el amor, ese sentimiento tan lindo que debería perdurar en todo el Universo, que conserva las especies, prolongando su existencia. Pero, bueno, a pesar que los “huevones” se han puesto hartito estúpidos ¡Pucha que son lindos sus cachorros!

Hasta la noche guatona créida.

Chao

Tu lámpara eterna.

INDICE

Carta en una botella.....	3
La casita en el árbol.....	7
La madre.....	15
El terceto.....	19
El arriendo.....	22
La trampa.....	26
Locura de amor.....	32
Venganza.....	37
Milagros de la cirugía plástica.....	41
El trasplante.....	45
¡Tremenda burocracia!.....	51
La confesión.....	55
La cartonera.....	63
Encuentro en el metro.....	66
El error de San Pedro.....	72
El Inquisidor.....	76
Aventura en el Barrio Alto.....	79
La Silicona.....	87
El clon.....	92
La villana.....	97
Los amigos.....	104

Flor de durazno.....	107
El cinturón de castidad.....	111
El Teléfono Fijo.....	119
Un bicho fregado.....	122
Sicario.....	126
Celos.....	132
Hola Pelusa.....	136
Carta de una niña ABC1, de seis años al Viejo Pascuero.....	140
El Picaporte.....	142
Vacaciones enchuladas.....	144
Carta de un niño "ABC1" a su papá, antes del Día del Padre.....	148
El Apagón.....	150
Habla la tierra 1.....	155
Carta de la luna a la tierra.....	158